



¿Qué debió ocurrir para que las lanzas de esta época quedaran abandonadas, sepultadas por la acción del tiempo y protegidas por el nuevo ambiente desértico? Los cambios ambientales serían la causa de que la huella de este hombre, con sus templos y aldeas, quedaran olvidados.



EL APOGEO DE LAS LANZAS JAIME DEZA RIVASPLATA

ANTROPOLOGÍA AMBIENTAL

EL APOGEO DE LAS LANZAS

12 MIL AÑOS DE CAMBIOS CLIMÁTICOS ANDINOS

JAIME DEZA RIVASPLATA



UAP UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS



Jaime Deza Rivasplata. Arqueólogo y antropólogo con reconocida experiencia de campo, ha ejercido la docencia en las principales universidades del país, y es actual Director de Investigación de la Universidad Alas Peruanas. Desde sus inicios como estudiante se dedicó a buscar la relación entre los restos arqueológicos encontrados y zonas de vida hoy desaparecidas. El resultado de sus investigaciones, plantea una línea de investigación arqueológica de los restos culturales, como indicadores para el estudio de los cambios ambientales.

Sus propuestas lo llevaron a ubicar, entre el desierto de Pajón y en la costa norte del Perú, más de un centenar de extensos talleres líticos, en los que el cazador paleolítico de hace diez mil años dejó sus instrumentos de caza, planteando la teoría que los desiertos fueron bosques.

Sus investigaciones lo llevaron después a publicar hallazgos de una sucesiva cronología cultural existente en los ríos de cuenca costera y brazos afluentes de los actuales, además de la presencia de huellas de riesgo prehistórico en todos los desiertos e intervalos actuales, cuyos orígenes ubica hace tres mil años.

Como arqueólogo ha publicado:

El apogeo de las lanzas (1991), El valle de la luna (1995), Nequepeque (1997), Cuando los desiertos eran bosques (coautor, 2000), ¿Se seca la costa? (2001), El agua de los incas (2007), Los dioses de la economía (2008), El origen de la palabra escrita (2011), Sechura, mar y desierto (2012), Incas y Faraones (coautor, 2014), entre otras obras.

Como dice el historiador De Waldemar Espinoza Soriano, uno de sus más importantes prologuistas: "...sus publicaciones parten del estudio de las formaciones económicas sociales y no meramente como una jadeante y agotadora descripción de artefactos, que nos hace evocar los libros de Gordon Child. Reconstruye la vida y preocupaciones de los andinos prehistóricos con enfoques económicos, sociales e ideológicos, es decir, estructurales y supraestructurales. Es realmente un arqueólogo social".

EL APOGEO DE LAS LANZAS

Mi agradecimiento

Esta edición es dedicada al Rector Fidel Ramírez Prado Ph. D.

En memoria de: Josefina Ramos de Cox, Frédéric Engel, Augusto Cardich Loarte, Herman Busse de la Guerra, Oscar Lostaunau Rázuri, César Rodríguez Razzeto, Víctor Rodríguez Suy Suy, Jorge Zevallos Quiñones, Raul Sotil Galindo, Jacinto Bazán Odar y a Eduardo Quiroz Sánchez, que visionaron una costa boscosa y apoyaron esta investigación desde mis años de estudiante.

Mi agradecimiento a Yohny Ramírez Núñez, Nancy Ramírez Gallegos, Waldemar Espinoza Soriano, Zaniel Novoa Goicochea, Teresa Rosales Than, Liselotte Diehl Mariluz, Víctor Vásquez Sánchez, Luis Tapia Samaniego, Walter Alva Alva, Alberto Bueno Mendoza, Lorenzo Samaniego Román, Daniel Morales Chocano, Segundo Vásquez Sánchez, César Gálvez Mora, Mario Vigo Portella, Enrique Vergara Montero, Lucero Angulo Valdeiglesias, Jaime Deza Santibáñez, Odón Rosales Huatuco, Arturo Ruiz Estrada, Miguel Cornejo García, Carlos Deza Medina, Miriam Vallejos Arce, Gloria Villarreal Silva, Bernardino Ojeda Enríquez, José Mora Benites, Oscar Tacsá Laura, Fernando Arana Monge, Toru Matsumoto, Luis Lumbreras Flores, Gustavo Pérez Honorio, Mónica Rivera Alvarado y a Santiago Vergara Montero.

EL APOGEO DE LAS LANZAS

12 MIL AÑOS DE CAMBIOS CLIMÁTICOS ANDINOS

ANTROPOLOGÍA AMBIENTAL

**JAIME DEZA
RIVASPLATA**



UN LIBRO
SIEMPRE ES
UNA BUENA
NOTICIA
FONDO EDITORIAL UAP

Prohibida la reproducción parcial o total de esta publicación. Ningún párrafo o imagen contenida en esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa del fondo editorial de la Universidad Alas Peruanas. Cualquier acto ilícito cometido en contra de los derechos de propiedad intelectual que amparan a esta publicación, será denunciado de acuerdo al D.L 822 (ley sobre el derecho) y con las leyes internacionales que protegen la propiedad intelectual de autor.

EL APOGEO DE LAS LANZAS

© Jaime Deza Rivasplata

© UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS

Rector: Fidel Ramírez Prado Ph. D.
Av. Cayetano Heredia 1092, Lima 11
Teléfono 266 0195
e-mail: webmaster@uap.edu.pe
web-site: www.uap.pe

FONDO EDITORIAL

Av. Paseo de la República 1773
La Victoria, Lima.
Teléfonos: (01) 265 - 5022 anexo (27)
Website: <http://www.uap.edu.pe>

Director :

Vladimir Velásquez Aleman
e-mail: o_velasquez_a@uap.edu.pe

Arte, diseño y edición gráfica: Jaime Deza Santibáñez.

Cuidado de textos: Pilar León Velarde

Fotografías: Jaime Deza Rivasplata.

Colección: Jaime Deza Rivasplata y

Universidad Nacional Agraria La Molina.

Ilustraciones: Santiago Vergara Montero

Impreso en los talleres gráficos de la Universidad Alas Peruanas

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-12775
ISBN: 978-612-47031-8-8

Librería UAP

Av. Nicolás de Piérola 444 La Colmena - Lima

Teléfono: 330 4551 website: <http://libreria.uap.edu.pe>

Tiraje: 1 000 ejemplares

Edición: Agosto de 2017

ÍNDICE

Prólogo a la primera edición	09
Introducción	19
CAPÍTULO 1: Cultura y Formación Social	27
CAPÍTULO 2: El poblamiento de los Andes Centrales	39
2.1 Los caminos de los inmigrantes	39
2.2 De los primeros habitantes de los Andes Centrales	51
CAPÍTULO 3: El Paleolítico Andino	67
3.1 Las condiciones del medio natural: El objeto de trabajo	67
3.2 Los instrumentos de producción	91
3.3 La fuerza de trabajo. Los cazadores.	103
CAPÍTULO 4: Los pueblos del Paleolítico Andino	117
El Paijanense	117
Tipología del Paijanense	139
El Juniense	159
El hombre de Pikimachay	162
El Hombre de Lurín	166
La Morada de Tres Ventanas	168
CAPÍTULO 5: Las formaciones autárquicas	173
5.1 Las condiciones del medio	173
5.2 Los instrumentos	176
5.3 Sus relaciones	180
Bibliografía	203

PRÓLOGO

El ámbito de los hallazgos

Las exploraciones arqueológicas sistemáticas, de Jaime Deza Rivasplata, con sus conexos descubrimientos y estudios, en la hoy quebrada seca de Cupisnique, comenzaron en enero de 1969, patrocinados por la Universidad Nacional de La Libertad (Trujillo). Pero los primeros resultados de sus hallazgos principió a difundirlos en agosto del año siguiente, enseguida de diez y seis meses de solícitos análisis.

Entonces anunció haber encontrado aproximadamente cinco mil ejemplares líticos que exhibían hasta quince modelos y formas de tamaños diversos. Unos alcanzaban entre 20 y 25 centímetros de largo, lo que vale decir, una dimensión nunca antes vista en América. Las cinco mil piezas que pudo reunir lo condujo a elaborar la hipótesis de que pudo existir por allí hasta cuarenta y cinco talleres dedicados a confeccionar dichas herramientas.

Jaime Deza inició sus indagaciones prácticamente solo. Pero años después retornó e intensificó sus investigaciones; esta vez (1989) compartiendo sus preocupaciones de campo y debates teóricos con otros tres jóvenes arqueólogos: Oscar Tacsá, Fernando Arana y Toru Matsumoto, miembros de la Asociación Peruana de Arqueología. Los tres, con los auspicios del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

El estudio ha sido pues, superado y llevado a cabo en los lechos ya secos de lo que fueron cinco ríos. Tres de esos cauces tienen su origen en las faldas del cerro Yugo (Paiján), el Cupisnique y el Mocan. Son ríos que, actualmente, apenas arrastran agua en ocasiones excepcionales. Es en aquellos parajes que ahora ha ubicado más de un centenar de talleres en total, suceso que persuade cómo fue el teatro de una intensa ocupación en la edad de los cazadores superiores andinos.

Nuevas áreas han sido ubicadas al norte y sur de Cupisnique, una de ellas está localizada entre las provincias de Chepén y Pacasmayo

(Departamento de La Libertad). Pero concretizando aún más la señalización, comprende las pampas de Charcape (Guadalupe), cerro Santa Rosa (Santa Rosa), cerro Colorado (Chepén) y Mocupe - Zaña, donde han hallado sobresalientes muestras.

En suma, Deza, con resistencia, tenacidad y buen ojo, ha rastreado más de mil kilómetros cuadrados de desoladas pampas y arenales, un auténtico desierto, por donde quedan los álveos de aquellos ríos secos, en cuyas márgenes justamente le fue dable recoger restos líticos del hombre cazador de la costa norte de hace 10 000 - 20 000 años antes de nosotros.

Como tenía que ser, tan notables conocimientos realizados cerca de Trujillo, desde 1970 han provocado fascinación en el ruedo de los historiadores. Es que el trabajo emprendido con meticulosidad, dejó clarificado varios puntos de vista sobre los relictos aludidos, en lo tocante a las épocas iniciales o tempranas de la vida humana en el antiguo Perú, y no únicamente para esos lugares sino para toda la costa.

La zona auscultada es la comúnmente conocida como Valle Seco de Cupisnique, que tiene un ancho aproximado de 80 kilómetros. Los hallazgos fueron efectuados en las estribaciones o quebradas. En el referido ámbito abundan los artefactos de piedra, especialmente puntas de lanza en forma de hoja de laurel y otras con pedúnculo admirablemente talladas.

Dichos especímenes, cuya edad se estima en no menos de 10 000 años, con la posibilidad de alargarse a los 12 000, son coetáneos y equiparables con los restos hallados en Ancón - Chillón (Costa Central); en Pachamachay, Panalauca y Lauricocha I-II (Sierra Central); y en Ichuña - Toquepala (Sierra Sur). Los de Cupisnique corresponden a cazadores nómadas establecidos en las lomas. Gente bastante "primitiva", de cultura correspondiente al paleolítico superior, practicaban la caza transhumante, organizados en hordas de escaso número; pero pertenecían a equipos que fabricaban muy bien las puntas de lanza, en cuyo manejo alcanzaron una formidable pericia para capturar animales, incluso gigantes (mastodontes).

He ahí por qué los descubrimientos hechos en el valle seco de Cupisnique, han contribuido de manera considerable para clarificar nuestras ideas sobre el paleolítico superior andino; como ha ocurrido también con otras revelaciones similares en varios puntos del país. Cada vez se está en el camino de lograr una cabal comprensión del proceso peruano, desde su génesis hasta hoy.

Puntas de lanza

A las mencionadas evidencias pertenecientes al paleolítico superior, Deza y otros arqueólogos prefieren denominarle Cultura Paiján, pese a que sus reliquias rebasan, en realidad, el contorno de las quebradas de Cupisnique y Mocan (Paiján), pampas de Charcape, Cerro Colorado y Mocupe. Su estilo, auténticamente, va de Harmey a Piura. Consecuentemente, representa la cultura paleolítica de la costa norte.

En concreto, los elementos más conspicuos de esos cazadores nómadas son las puntas de lanza de formas perfectamente simétricas. La base del citado artefacto lo hundían en el madero de la lanza o del dardo, a cuyo extremo lo ataban firmemente con cuerdas de junquillo o de otras fibras vegetales. Los extremos de las aludidas puntas, alargados y finos, retocados esmeradamente a presión, permitían cazar todo tipo de animales conocidos allí. Son puntas de piedra únicas en América. Lo que significa que se trataba de herramientas líticas certeramente impresionantes para los científicos sociales.

La diversidad de tipología y figuras de las puntas de lanza, con tan sensacionales dimensiones algunas de ellas, es una muestra innegable, sostiene Deza con suficientes razones, de cómo la costa peruana de hace 10 000 - 12 000 años no configuraba un desierto total, sino una extensa llanura cubierta con abundante flora y habitada por una megafauna. Los mastodontes son animales que requerían abundante alimentación.

Como se nota, las siluetas que les prodigaban a sus puntas de lanza no fueron producto de la casualidad, ni resultado de felices ensayos; sino la conquista intencional de acuerdo a un patrón inventado, o quien sabe heredado de otros grupos, o tal vez adquirido o aprendido a manera de préstamos, tras lentos procesos de difusión.

El indicado instrumental, en el que se mezclan modelos muy vetustos de manufacturas, trasluce de todos modos una técnica avanzada. Son artefactos que corresponden a la época primordial del Perú, a las raíces de la cultura andina. En otras palabras: son piezas pertenecientes a la técnica del paleolítico superior, inconfundibles.

Además estas puntas de lanza de los cazadores paleolíticos, muchas de las cuales exhiben hasta 25 centímetros de longitud, son verdaderamente hermosas. Tienen un inocultable aire de belleza en su talla. Prueban que quienes la produjeron no sólo poseían experiencia, sino también

habilidad y sentido del buen gusto. La agradable estética de las puntas de lanza demuestra que los individuos de la Cultura Paiján no estaban preocupados exclusivamente en los problemas materiales de la vida. Manifiestan que en ningún momento abandonaron ni relegaron a segundo plano el placer artístico, cosa común en el paleolítico superior a nivel universal, como lo constatan las pinturas rupestres de las cuevas de Altamira en Santander (España).

El avanzado deleite estético de los antiquísimos pobladores de Zaña, Guadalupe, Chepén y Paiján, queda corroborado por la primorosa talla de puntas de lanza. Pero también hay otros artefactos menos pulimentados como corolario del grado típico y peculiar de las gentes paleolíticas. Entre ellas hay despellejadores, raederas, cuchillos, raspadores, perforadores, etc. Pero la “punta Paiján” es la pieza más característica.

La vida de los hombres y mujeres de Paiján

Lo único que queda ahora de aquellos hombres y mujeres son sus testimonios de piedra, y escasamente tres esqueletos. Ningún otro rasgo ha sido posible exhumar de ellos. Apenas las piedras trabajadas nos dicen que fueron industriosos dentro de las limitaciones de su embrionario nivel de vida. Únicamente cabe imaginar que conducíanse como miembros de una o varias hordas, observando el comportamiento propio de tales sociedades: recolectores-cazadores que explotaban una apreciable variedad de recursos en los roquedales, tablazos, arenales, valles, quebradas, laderas y en los entonces bosques costeros. En siglos posteriores fue que iban a trasladarse a las playas.

Gracias a estas puntas de lanza es permisible forjar una serie de deducciones sobre el transcurrir cotidiano de los antiguos paijanenses. En primer término, hay que considerar que son armas de grandes proporciones, lo que permite hacer dos inferencias: 1° que en aquella época existían especies correspondientes a animales de enorme tamaño, entre ellos el mastodonte. Y, 2° que la subsistencia de las referidas bestias podía llevarse a cabo mediante una flora apropiada para el sustento de ellas.

Por lo visto, los mastodontes bajaban de la sierra. Era una bestia colosal, una criatura casi como un elefante. Para su captura tenían que acosarlo en grupo, clavándole en las partes vitales las puntas de lanza, para así

desangrarlo. Herido de muerte, caía, para, acto continuo, descuartizarlo y poder ingerir su carne. El mastodonte, en consecuencia, favorecía en gran manera la sobrevivencia de aquellos pobladores.

Todo eso permite colegir como los pueblos paleolíticos de Cupisnique (Paiján) llevaban una vida en un ambiente de lucha perseverante para la subsistencia en un circuito extremadamente hostil, debido a la presencia de animales: unos atemorizadores por su ferocidad y otros por su monstruosidad.

La sociedad paleolítica de Cupisnique debió ser originaria de la sierra, que acabó quedándose primero en las lomas (y mucho más tarde en el litoral, aledaño al mar y recursos de agua). De ahí que también ingerían carne de venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*); de zorro del desierto (*Dusicyon sechurae*); de vizcacha (*Lagidium peruanum*); de la falsa iguana (*Collopistes flavipunctatum*) y del cañán (*Dicrodon guttulatum*). A las que adicionaban semillas ora secas o ya partidas, o chancadas, o pulverizadas mediante moledores. Mientras vivieron por los entonces verdes y lozanos campos de Cupisnique, los mencionados recursos fueron su principal mantenimiento.

Sus casas debieron ser rústicos alineamientos de piedras, semicirculares y rectangulares, de tres lados, al parecer orientadas hacia el Este: el lugar por donde nace el sol. Conocían el fuego y poseían un vocabulario para entenderse entre sí.

Se vestían con pedazos de cuero, adornándose con gruesas mostacillas y collares de caracolillos. Ya sabemos que no fueron unos descuidados ni indiferentes con la belleza y ornato.

Social y económicamente, sin error alguno, les podemos dar el calificativo de hordas. De modo que conformarían pequeños o tal vez medianos grupos de hombres y mujeres transhumantes, personas que no reconocían una residencia fija o estable. En el plano económico no pasaron de la recolección primaria de semillas y raíces y de la caza de animales. Como hombres y mujeres de organización vagamente colectiva, vivían satisfechos por estar agregados en parte por instinto, y en parte para asegurarse y facilitar su existencia.

No obstante ser personajes de cultura tan simple, sin jefes hereditarios ni imperiosos, debieron reclamar derechos exclusivos para cazar en las zonas por las que se desplazaban sus componentes. Asimismo, pese a su sencillez ya conocían las primeras formas de especialización ligada con el régimen de vida y trabajo. Sólo manos expertas tuvieron que labrar y producir esas hermosas puntas de lanza, transformando a los trozos de piedra brindados por la naturaleza. Por igual, únicamente ojos

adiestrados fueron capaces de seleccionar el material de trabajo para confeccionar esos instrumentos.

En el valle ahora seco de Cupisnique, como en otros espacios de la costa andina, el hábitat de los hombres de aquella época no estaba contiguo al mar, ni mucho menos en sus orillas. Queda tierra adentro, por la explicable razón de que no podían resistir el atractivo de la vegetación de lomas, la que admitía la vida de muchos animales, a los que preferían cazarlos para su alimentación.

En aquellos tiempos el clima de la costa y su respectiva flora no aparecían como los de hoy. Hace 10 000 a 12 000 años el paisaje se presentaba de otra manera, con distintas condiciones de vida. Por entonces llovía con regularidad de estación a estación, si bien posiblemente con intervalos de sequías. De manera que el verdor era factible gracias a esas precipitaciones pluviales, algo parecidas a las que ahora genera el fenómeno de El Niño.

Precisamente esas manifestaciones líticas aclaran que, por los cauces ahora resecos, hace 10 000 - 12 000 años se deslizaban ríos, que desde Trujillo a Piura, en conjunto, sumaban por lo menos 20 torrentes. De los cuales, hoy apenas quedan con agua 10, que forman los valles actuales, con un recorrido total de algo así como 200 kilómetros.

Fue, en consecuencia, de esas lomas muy floridas, de donde los hombres cazadores continuaron posteriormente a las playas del mar, atraídos por el descubrimiento de favorables condiciones merced a los abundantes recursos y superiores fuentes económicas que obsequia el mar del Perú. Y análogamente porque cada vez se reducían las posibilidades generales en las citadas lomas. A partir de entonces conocieron variados productos del mar: en los tiempos iniciales mariscos y pronto pescados: lisa (*Mugil cephalus*); lorna (*Sciaena delisciosa*) y corvina dorada (*Micropogon altipinnis*).

En cuanto a las prácticas funerarias, “se han encontrado las tumbas de un adolescente, de un adulto y de una mujer que estaba acompañada de una ofrenda compuesta por una lagartija y restos de pescado, colocado sobre las bases de un pequeño fogón. Ésta ha sido fechada por los métodos modernos y se le calculan 10 500 años: probablemente los más antiguos peruanos hasta ahora encontrados”. (Guía Museo de la Nación, 1990).

“Los entierros humanos de Paján, cuidadosamente colocados en postura flexionada, revelan que hace ya 10 000 años los hombres cazadores y recolectores se preocupaban por la existencia después de la vida terrena y su deseo de trascendencia, por lo que es de suponer que tenían alguna ideología que explicaba este fenómeno. Cabe deducir que el hombre

desde épocas remotas tenía una vida espiritual que lo diferenciaba de los animales. El respeto por el cadáver del congénere se presenta solamente en la especie humana y revela la concepción de una vida más allá de la muerte. Los muertos hacen hombre al hombre y lo diferencian del animal...” (Ibid).

La cultura Paiján como otras contemporáneas a ella, patentiza que los peruanos procedemos de un pasado muy profundo. Paiján y Trujillo por ende, tienen una historia más de diez veces milenaria. Se remonta a la edad de los primeros habitantes andinos: cazadores y recolectores transhumantes, que aprovechan la abundancia de los recursos de las lomas y quebradas. Los testimonios de esa lejana era no estaban propiamente a orillas del mar, sino en las pampas y elevaciones del interior.

El muestrario de puntas de piedra, rico y diversificado, es el que certifica esa hondura de siglos de la historia peruana. Expresan cómo tenemos el mejor y más rancio abolengo en la América del Sur, realidad que lo prefieren todos los arqueólogos. Las puntas de lanza ya aludidas, configuran no sólo una reliquia sino por igual un emblema. Pueden ser finas o toscas, largas o anchas, pero constituyen armas con las que cazaban nuestros primeros antepasados peruanos. Y no sólo capturaban, sino que se defendían eventualmente cuando los rozamientos exaltaban los ánimos. Tal para cual, con ellas atacaban a sus rivales belicosos. De manera que la vida, la seguridad, la continuidad del grupo, la estabilidad del régimen alimentario, todo dependía de las mencionadas puntas de piedra. Claro que los hombres y mujeres de Paiján hacían otros instrumentos pétreos, pero las más laboriosas que salían de sus manos las componían estas puntas.

Cambios ecológicos

Como se percibe, la llanura costeña ha sufrido un recio proceso de desertificación en los milenios posteriores a la existencia de los prehistóricos habitantes que hace 10 000 – 12 000 años poblaron el valle seco de Cupisnique.

Las condiciones ecológicas se han transformado en los últimos miles de años, fenómeno que ya lo señaló Jorge Broggi para la totalidad de la costa. Broggi expuso que en el enunciado fenómeno hay dos manifestaciones

concomitantes: 1º la desglaciación de los Andes; y 2º la elevación del nivel de las nieves en la cordillera y el arenamiento de la costa. Cabalmente en su estudio “Ciclópeas dunas compuestas de la costa”, Broggi convence de cómo ha cambiado con periodos de detención que han motivado la formación de dunas compuestas en las inmediaciones del mar. En fin, la tendencia general climática ha sido hacia una menor humedad y nebulosidad costeñas. Tal tendencia ha hecho que los desiertos en la costa se extiendan hasta invadir las estribaciones andinas. Así es como estos panoramas que hoy aparecen yermos, antes fueron el escenario de una frondosa vegetación, mucho más tupida y alta de lo que ahora queda en el relicto de las lomas de Lachay, que florecen en los meses de invierno (julio-agosto).

Exactamente, al comenzar los cambios climáticos los habitantes del valle de Cupisnique pese a la parquedad y limitaciones de su modus vivendi, tuvieron que ausentarse definitivamente de las lomas ya menguadas y empobrecidas. Con el objeto de hallar un nuevo ambiente que les ofreciera la sobrevivencia, se trasladaron a esas playas tan próximas. Allí encontraron y aprovecharon los variadísimos productos del mar (mariscos, peces y algas en gran cantidad). Y fue ahí donde, poco a poco, desarrollaron las posibilidades de ensayar un flamante tipo de economía: la de horticultura o cultivo limitado, gracias a las tierras planas adyacentes a cursos de agua dulce. La mudanza de las áridas lomas a las playas dio como resultado el ocaso de la recolección y cacería de mastodontes. Y simultáneamente comenzó a nacer la horticultura con algodón, o en otras palabras: surgieron los tiempos del precerámico con algodón. Mucho más tarde el agro del maíz, iba a orientar el tránsito de las playas a los valles, o mejor dicho: de la horticultura a la agricultura

Como se notará, el clima y el paisaje se han alterado. La flora y la megafauna paleolíticas han desaparecido y en su reemplazo las arenas han amagado por todas partes. Pero quedan las huellas, o mejor diríamos las puntas de piedra de aquellos antecesores nuestros, de esos cazadores recolectores del paleolítico. Los hombres se han esfumado; pero perviven sus artefactos y algunos despojos óseos que ha estudiado Jaime Deza en este libro que tengo la satisfacción de prologar y presentar.

Ya no hay aguaceros ni florestas en los arenales de la costa. Se han eclipsado. Pero permanece su relieve, subsiste la misma comunidad de cerros, el mismo mar cercano, los lechos de los que otrora fueron ríos caudalosos. También perduran las brisas que siguen modelando las cumbres.

Ecológicamente la costa ha fallecido, mediante un proceso que ha seguido los siguientes pasos: 1º la retirada de la vegetación de loma por

las mutaciones del clima; 2º el arenamiento, partiendo de las playas, alimentados éstos por los chiflones submarinos que forman los ríos.

El arqueólogo Jaime Deza Rivasplata

Jaime Deza Rivasplata es un arqueólogo guadalupano con estudios superiores y especializados, y con una encomiable experiencia de campo y académica. Ha ejercido la docencia en la Universidad Nacional de Trujillo, la Universidad Nacional del Centro del Perú en Huancayo, en la Universidad Nacional Agraria La Molina, e inclusive en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima), en cuya escuela académico profesional alumnos y egresados siempre lo recuerdan. En el Instituto Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, trabajó a dedicación exclusiva en un proyecto interdisciplinario concerniente al hombre y los recursos marinos del antiguo mundo andino. En fin, sus actividades en la órbita de las actividades arqueológicas y difusión de conocimientos es bastante anchurosa, con un dinamismo que no desmaya. También ha participado en Congresos y Seminarios nacionales e internacionales. Sus artículos, opúsculos y libros hasta ahora publicados ofrecen un material que constituyen fuentes para calar mejor la cultura prehispánica del Perú. Su *quid pro quo*, que al mismo tiempo en él es una virtud, estriba en no atraerle publicidad y el espectáculo. ¡Cosa rara en verdad!

Hay que tener mucha vocación, como la de él, un acendrado cariño por nuestra prehistoria para cumplir tareas y horarios en unos arenales resecos en busca de vestigios culturales en la inmensidad de los desiertos. Bajo un sol abrazador, durante temporadas y temporadas, sin más defensa que un sombrero celendino, o de Catacaos, y en camisas livianas que en nada alivian del calor, Deza pasó meses y meses escudriñando de un cabo a otro de esos entornos las huellas de los protagonistas de la cultura de Paiján. Pero sus sudores han sido compensados con frutos que debemos leer en el presente volumen.

Sus aciertos son de gran magnitud, substantividad reconocida por los especialistas. Sus hallazgos en la quebrada de Cupisnique, consistentes en más de cinco mil piedras trabajadas en más de cien talleres, con una tipología que no baja de las quince formas y tamaños, hacen de la cultura Paiján un indiscutible orgullo para los peruanos.

Cabe destacar que Jaime Deza es de los pocos arqueólogos peruanos que, a base de evidencias materiales, reconstruye la vida y preocupaciones de los andinos prehistóricos. Con enfoques económicos, sociales e ideológicos, es decir estructurales y supraestructurales. Es realmente un arqueólogo social. Aplicando métodos modernos de interpretación ha determinado el inventario de los sitios y de la integridad de las piezas encontradas por él y otros colegas suyos. Eso le ha permitido arribar a la conclusión de que el yacimiento lítico de Cupisnique – Paján es uno de las más exuberantes y representativos de la costa peruana; un área ahora invadida por las arenas del desierto; pero que en la antigüedad fue un parque de caza. Sus investigaciones han revelado la existencia de cazadores de hace 10 000 a 12 000 años en las costas de Trujillo, al igual que otros asentamientos de su época, tanto en el litoral como en la serranía.

Es que Deza, posteriormente de dos décadas de indagaciones se ha tecnificado en el paleolítico norcosteño, y andino en general. Ha recorrido la totalidad del ámbito del valle seco de Cupisnique, entre Pacasmayo y Contumazá, donde hay magníficas muestras de la citada edad prehistórica. Con pie firme deja despejadas varias incógnitas sobre la existencia y devenir de los primeros peruanos, proyectando suficiente luz en cosas que, hasta hace poco, permanecían en densa oscuridad.

Por lo demás Jaime Deza en ningún momento se autopresenta como el descubridor del asentamiento arqueológico en mención; puesto que en lo atinente a las puntas de Cupisnique los más prístinos datos bibliográficos, leídos y comentados por el propio Deza, se remontan a 1880. Tal honestidad, de por sí, ya es una buena carta de presentación para el aludido autor. Su más resaltante merecimiento es haber efectuado un examen metodológico, aunado a una sutil reflexión para entender los alcances económico-sociales de las gentes que poblaron el valle de Cupisnique hace tantísimos años antes de Jesucristo. Es decir, estudiándola como formación económico social, y no meramente como una jadeante y agotadora descripción de artefactos. Esto, justo, convierte al texto que prologamos en una lectura atractiva que hace evocar los libros de Gordon Childe.

De ahí que sus páginas contribuyan a perfilar de manera más nítida y completa la profundidad milenaria del Perú, de esta patria verdaderamente antigua y vieja, que en mérito a los mencionados estudios, tiene ahora mayor significación en el campo de la prehistoria americana.

Lima, marzo de 1991
Waldemar Espinoza Soriano

INTRODUCCIÓN

El estudio del paleolítico andino, como formación social, aún no ha sido abarcado en toda su extensión. Las escasas publicaciones parecerían darnos la idea que guiados por el descubrimiento cronológico, las investigaciones han tenido como objetivo los fechados; o con excepciones, algunos estudios publicados han pasado del dato a los contextos con la descripción tipológica de los artefactos.

Parecería que la arqueología andina siendo ciencia social, no trabaja con categorías de análisis social. Que guiados por la búsqueda del resto describe con eficacia sus artefactos y transmite muy bien la belleza de los objetos que deslumbran. La escuela norteamericana ha impreso muy firmemente su racionalismo.

Por supuesto que no se trata solo de voluntad, pues los estudios son escasos y se requiere la participación interdisciplinaria, razón no frecuente en los proyectos arqueológicos. El hallazgo fastuoso y sus motivaciones, con la escasez de recursos económicos, podrían ser la causa principal del estado actual de esta ciencia para tan lejana época.

Se necesitan nuevos proyectos, que abarquen espacios mayores, que salgan del paraje desértico, de la cueva o del abrigo rocoso, para abarcar prácticas interdisciplinarias, básicamente con las ciencias antropológicas, biológicas, geológicas y ambientales que permitan descubrir la naturaleza pleistocénica andina, sus cambios ambientales y su correspondencia con el desarrollo de la cultura paleolítica con una visión regional.

Las investigaciones arqueológicas en los Andes Septentrionales o en todos en general, no tienen una frecuencia regular con la que se vaya acumulando información gradual y constante. Se iniciaron a partir de fines de la década de los cincuenta del siglo pasado, con el estudio en Lauricocha muy asociado a los ambientes glaciales de la cordillera Raura; y fueron notables las investigaciones en las décadas pasadas de

los años setenta y ochenta que abarcaron, aunque puntuales, la costa norte y la región central de los Andes y con muy escasa presencia en las otras regiones.

Lamentablemente este gran entusiasmo e impulso se ha detenido, tal vez a consecuencia de importantes descubrimientos que han enriquecido los conocimientos de formaciones sociales posteriores y motivado y reorientado nuevos estudios, en perjuicio de la más temprana.

En la actualidad, se realizan algunos estudios por temporadas cortas, agravado todo ello por una falta de oportunidades, que termina por desmotivar las investigaciones, orientándose esas iniciativas a otras actividades, como el turismo.

Esta es de manera general y simple el proceso de la investigación del Pleistoceno – Holoceno en las últimas décadas. Veinte años de importantes investigaciones, treinta años de escasa y solitaria investigación, para concluir casi desalentada por conocer tan importante época, tanto por el saber mismo de nuestros primeros pasos en el territorio, como de conocer en beneficio aplicado la evolución de los cambios ambientales.

Partiendo que los cambios climáticos no son productos modernos, acelerados sí en la actualidad por las causas que todos conocemos; su estudio es elemental, porque éstos suceden imperceptibles pero constantes, influyendo en el proceso del desarrollo humano y van a condicionar el futuro de la humanidad en general, al ofrecer un escenario distinto al que nos hospeda y para el cual no estamos preparados.

Volvamos al motivo del texto. En los Andes Centrales identificamos en líneas generales dos grandes regiones, donde se han realizado el mayor número de investigaciones, de tal manera que en ellas se pueden observar características propias que permiten calificarlas como culturas paleolíticas: La región de la sierra central, cuyos trabajos en cuevas y abrigos, han permitido interpretar climas y flora e instrumentos de caza pequeños; y la costa norte y central, cuyos restos se han identificado en la superficie de las pampas desérticas con talleres de paso, pequeños y de hasta dos mil metros cuadrados, conocida como Paijanense y nos presenta grandes avances, polémicas y misterios.

La primera abarca las regiones colindantes de Ayacucho, Huánuco, Huaraz, Junín y Pasco, en ella se han registrado más de un centenar de cuevas y abrigos, siendo representativa una punta de dardo de 2 a 4 centímetros tallada en una lámina, de forma romboidal con barbas laterales en el tercio inferior, lados rectos convergentes y base redonda, de piedra caliza especialmente, y artefactos cortantes pequeños asociados

a una fauna extinta. Pero en la planicie ubicábamos en exploraciones de superficie una diversidad de instrumentos que aparecen al roturar el suelo para la siembra, lo que nos indica la intensa ocupación de la región (Deza, 1979). A esta cultura paleolítica proponemos el nombre de Juniense, ya que la mayor frecuencia de restos con tales características se ha encontrado en la sierra central, región Junín.

La segunda región está ubicada desde Olmos por el norte hasta Huarmey por el sur y de la que se tiene mayor información, conocida como Cultura Paijanense.

El misterioso hombre Paijanense

En la década de los cuarenta, Rafael Larco Hoyle (1948) encontró fragmentos de artefactos líticos en la “Pampa de los Fósiles”, Paiján, a partir de los cuales planteó una hipótesis que hizo retroceder el poblamiento andino a inicios del paleolítico superior, tal vez guiado por la publicación de Otto Welter (1947) que declaró haber registrado en el año 1937 la caparazón de un gliptodonte asociado en superficie a artefactos “similares a los del paleolítico superior europeo...” en la referida pampa. A partir del año 1960 Emilio Choy propone el término *Paijananse* en base a las escasas evidencias de este cazador. Estudios más tarde han delimitado su espacio y áreas de tránsito por las antiguas praderas de la costa norte peruana, desde Olmos por el norte hasta Huarmey con extensión a Pisco y en hipótesis a Moquegua por el sur, y Contumazá por la sierra Cajamarquina, delimitación a la que contribuyen y refuerzan nuevas investigaciones. Además la presencia de algunas puntas de proyectil tipo “cola de pescado” y otras de similar morfología y dimensiones con las trianguladas de Alangasí (Quito, Ecuador), nos estarían indicando posibles influencias o mayor tránsito de estos hombres, de lo que estamos afirmando.

El paijanense fue un artista por excelencia, no buscó las formas simples de tallar dardos a partir de lascas laminares, sus puntas de lanza parten de un núcleo de talla grande, tienen pedúnculo, para culminar muchas en proyecciones hacia un distal muy agudo, como el pico de un colibrí (*Apodiformes*) obtenido por frotación. Otras que no buscan tales tipos, son alargadas, de formas lanceoladas con base semicircular y con muescas para asegurar el amarre al mango; ellas sino tienen la singular belleza de las *pedunculadas*, sus contemporáneas

(¿o posteriores?), presentan la finura de su acabado, delgadas, de lados rectos o ligeramente convexos y hasta parece que el material fuera escogido pensando en la belleza del artefacto. No de otra forma se podría opinar de las puntas de cuarzo cristalino o lechoso, tan difícil de tallar por lo quebradizo y no obstante se encuentran hojas concluidas, y sorpresa: no son aptas para la cacería, serían hechas por el sentido estético de la belleza *per se*.

Fue tan desarrollada su formación social en base a la economía de caza, que hicieron de sus instrumentos verdaderas obras de arte escultórico, más allá del aprovechamiento práctico de una hoja que penetre con la dinámica muscular; es que el hombre, tan adscrito a la naturaleza parece desarrollar su espíritu de tal manera que hace arte.

Las mayores concentraciones de restos se encuentran en el área de dos valles muertos: Cupisnique y Mocan en San Pedro de Lloc y Paiján respectivamente, que se convierten -por su extensión- en un gran parque paleolítico en los Andes.

Los hombres que poblaron y desarrollaron su cultura en estos paleovalles, enmiendan los conceptos del salvaje que Lewis Morgan propone, ¿salvaje? ¿puede ser aquel que domina el golpe a presión para tallar manejando una escala de dureza a suavidad?, quedar maravillado con el producto final, y luego el gran riesgo de fallar en la caza quebrando el instrumento. Los economistas tan dados a valorar el bajo costo y alta rentabilidad de un producto, qué podrían opinar al respecto.

Debieron tener una sociedad orgánica con su medio y sin apremios. Tal vez fueron grandes artistas en los géneros de la música o el canto, los que con la danza y la narrativa debieron ser sus mayores expresiones, pues el desarrollo de tales tallas no pudieron darse fuera de un contexto integral de armonía, contemplación, en fin desarrollo espiritual que lo permitiera.

Pero además de sus habilidades, resulta que el paijanense no corresponde al tipo genérico de los pueblos andinos. Otro gran misterio.

Era alto, delgado, esbelto, dolicocefalo, de gran musculatura, producto posiblemente de su actividad como caminante empedernido. Tipo racial diferente a sus contemporáneos de Lauricocha y Chilca. Ello se deduce del entierro de un adolescente hallado en la Pampa de los Fósiles, al norte de Paiján, correspondiente a un adolescente de 11 años de edad, de 1,40 metro de estatura, recostado en su lado izquierdo y las manos sobre el rostro, fechado en 10 200 años aproximadamente antes del presente; y una mujer también en las pampas de Paiján.

Otra mujer con fuerza muscular, que nos corrige la idea de imaginar para ellas las actividades menores detrás del varón. Caminante cazadora, ágil,

vivaz, corriendo en la pradera tras la presa es como debemos imaginarla, y no dócil esperando a la sombra de un espino (*Acacia sp*) el retorno de los cazadores; y a lo mejor si la belleza de las tallas salió también de sus manos.

El hombre de Paiján fue un tipo humano singular, caracterizado por su elevada talla, fuerte musculatura, dolicocefalo y bóveda craneal desarrollada. El rostro era alto y angosto, la abertura nasal estrecha y las órbitas ligeramente cuadrangulares...

Ubbelohde – Doering dice al respecto:

En 1937 encontré un depósito de huesos humanos... (pésima traducción, se refiere a sus hallazgos en Piedra Escrita, Cupisnique. Aclaración nuestra). El profesor Millison de la Universidad de Munich afirmó que pertenecieron a tipos anormalmente delgados que puede ser un adolescente, de una raza más delicada de las que no son comunes en América del Sur. (1952: 123).

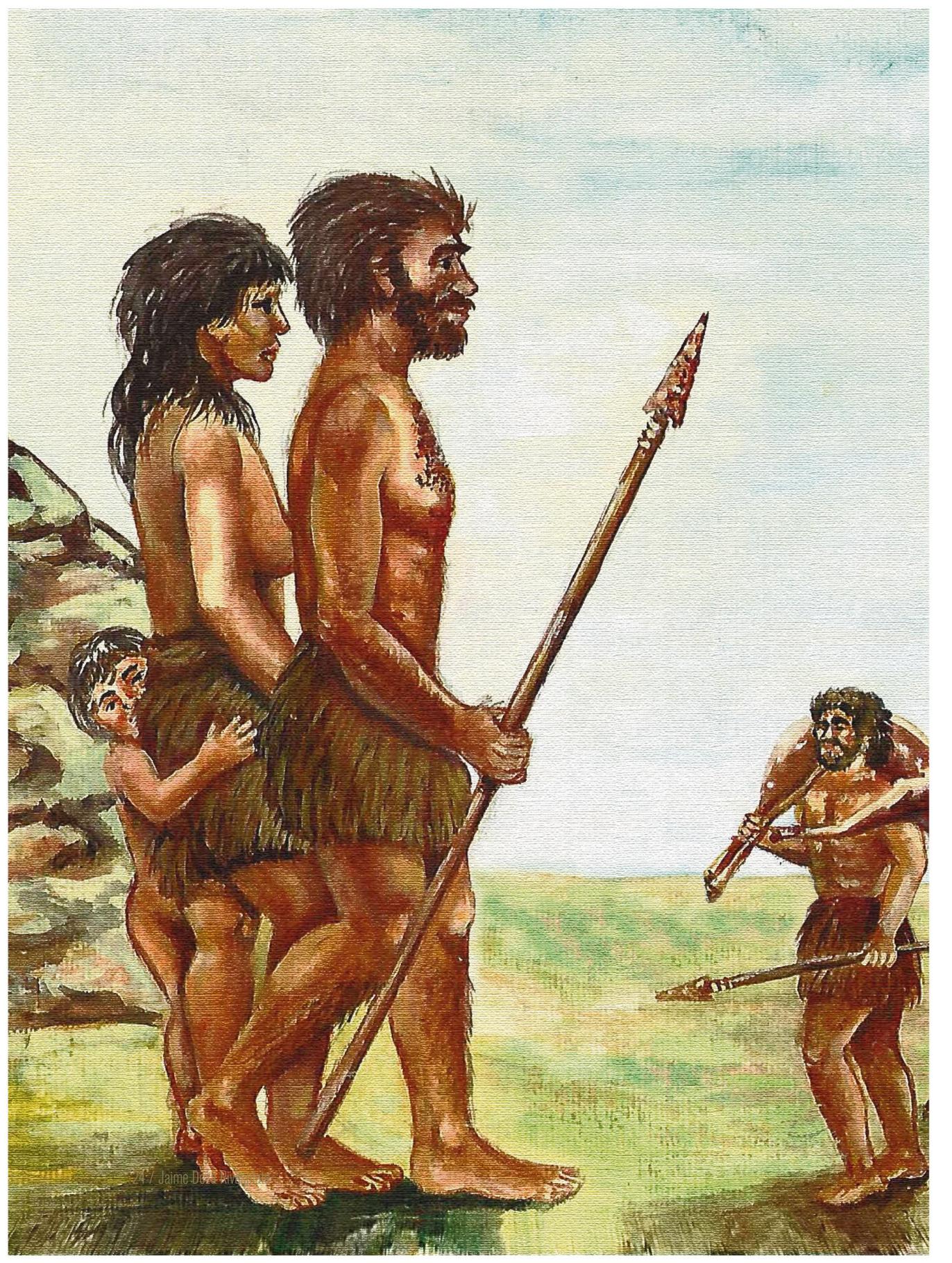
Claude Chaucaht encuentra dos tumbas juntas en las pampas adyacentes de Cerro Yugo, Paiján, dice:

... Junto a un niño de 10 a 11 años, cráneo delgado, cara larga y estrecha de 1,40 m de altura. El adulto, una mujer de 20 a 25 años, cráneo alargado y cara estrecha, de 1,68 a 1,70 de altura... al mismo tiempo que es alta y esbelta presenta un paquete muscular muy desarrollado... (Suplemento Dominical La Industria de Trujillo 02-06-1984).

Delgado, esbelto, alto, de musculatura que le daba velocidad de movimiento, de notable refinamiento artístico, de conceptos míticos de una vida más allá de lo terrenal. Tales pruebas fueron halladas casi a nivel del suelo. No significa que la tumba original fuera superficial, también los talleres se encuentran en la superficie, ello se explica porque los vientos arrastraron los estratos de arena que las cubrían para quedar todos los restos en el piso duro actual.

Pues bien, estos cazadores de un tipo racial distinto a los conocidos, hace menos de diez mil años abandonaron la región, se fueron dejando sus restos, sus huellas, en las orillas de los ríos secos y en el desierto.

¿De dónde vinieron? ¿Hacia dónde fueron? ¿Qué pasó con ellos? Desaparecieron sin dejar herederos, sin mezclarse con otros pueblos,



ya que los nuevos que poblaron la región presentan caracteres raciales diferentes, ni siquiera genotipos recesivos.

El misterio no sólo nos cuestiona por la originalidad de los instrumentos, sin el mínimo parecido al de sus contemporáneos en otras regiones; sino también por sus características raciales. No tienen relación a los fueguinos, tasmanoides, australoides, que se registran como posibles pobladores del continente americano.

¿Cuáles serían las causas por las que desaparecieron? No podría ser el cambio ambiental violento de su medio, ya que esa formación social tan bien desarrollada pudo ser capaz de responder a la nueva ecoregión. Al tener grandes posibilidades de adaptarse a nuevas realidades, podían haber cambiado de actividades económicas pero no desaparecer como raza.

La llegada violenta de otros pobladores tampoco lo explicaría, porque se registra un tiempo largo sin ocupación humana en el lugar, hasta la presencia de los braquicéfalos tres mil años después.

¿Emigraron? Hasta el momento no se ha descubierto este tipo racial en otras localidades. ¿Sería una pandemia? por un virus, tampoco. Vivieron miles de años en la región, tiempo suficiente para desarrollar sus propias defensas inmunológicas.

Tales interrogantes nos demuestran que los Andes no fueron poblados por un tipo racial único, que fue adaptándose a las diferentes ecozonas creando una cultura propia. Todo lo contrario, fueron distintas y sucesivas migraciones; mas los primeros pobladores de esta región ¿de dónde vinieron?, si no se registran sus pasos al norte, al sur y al este. ¿Sería un pueblo milenario a manera de relictos social que quedó hospedado en Cupisnique - Mocan cuyos antecesores aún no registra la arqueología? Este es el gran misterio.

Se fueron sin legar sus experiencias, quedando ocultos, sepultados por la arena del desierto durante miles de años; y los bosques o praderas con la fauna que los hospedaron, también se fueron con ellos. De todo este episodio sólo nos quedan sus restos a orillas de los ríos secos, fauna fósil y algunos relictos de algarrobos escondidos al interior de las quebradas.

Los pueblos que les sucedieron ignoraron las experiencias de sus antecesores... En la actualidad, las granjas avícolas sepultan con su desechos estos documentos... Lo que debería ser considerado el parque paleolítico más importante en los Andes, se está perdiendo.

← El Hombre de Cupisnique.
Propuesta gráfica de Gustavo Pérez Honorio. Museo de Arqueología, Antropología e Historia de la Universidad Nacional de Trujillo.



CAPÍTULO 1: CULTURA Y FORMACIÓN SOCIAL

Aspectos generales

La cultura es un proceso social que ha sido objeto de muchas definiciones. La palabra abarca tanto que ha caído en la imprecisión. Ha creado una confusión que termina por considerarla relacionada a un “culturalismo de élites”, a un comportamiento, a una expresión social y hasta un pasatiempo de intelectuales. Desde la perspectiva antropológica la definición más simple y a su vez completa, es aquella que considera como cultura todo lo que el hombre ha elaborado. Es toda la creación del hombre con la que responde a los estímulos de su medio, para satisfacer sus necesidades. En consecuencia, desde esta concepción de cultura, la arqueología, que estudia el desarrollo de las sociedades a través de sus restos, reconoce a una cultura por la frecuencia de artefactos creados para responder a una necesidad cuyas características son comunes en un espacio y tiempo.

Una cultura no es un conjunto simple de inventos y descubrimientos, es un todo orgánico, sistémico, en el que una modificación por sencilla que fuera reacciona sobre todo el conjunto, y en el que una innovación no se integra automáticamente a la sociedad, ésta debe pasar por un proceso de readaptación y aceptación, si es que responde de manera funcional a las necesidades de la sociedad que la hospeda, de lo contrario se descarta.

Hay, también, quienes definen cultura como la información transmitida por aprendizaje social entre animales de la misma especie, así J. Mosterín propone:

La cultura no es un fenómeno exclusivamente humano, sino que está bien documentada en muchas especies de animales superiores no humanos. Y el criterio para decidir hasta qué punto cierta pauta de comportamiento es natural o cultural no tiene nada que ver con el nivel de complejidad o de

importancia de dicha conducta, sino sólo con el modo como se trasmite la información pertinente a su ejecución. (...) Los chimpancés son animales muy culturales. Aprenden a distinguir plantas y sustancias, y a conocer sus funciones alimentarias y astringentes. Así logran alimentarse y contrarrestar los efectos de los parásitos. Tienen muy poco comportamiento instintivo o congénito. No existe una 'cultura de los chimpancés' común a la especie. Cada grupo tiene sus propias tradiciones sociales, venatorias, alimentarias, sexuales, instrumentales (...) (Mosterín 1998: 146-7, 151-2).

La definición clásica de cultura, en la Iglesia Católica, se encuentra en el Concilio Vaticano II:

Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano. (Constitución Dogmática. Gaudium et spes, 1965: 53).

La arqueología identifica a una cultura, considerada como sinónimo de formación social, a partir de la presencia de “restos” similares en una región determinada. Esta concepción a veces se presta a confusiones cuando los restos no son debidamente analizados en su contexto social; para ello se requiere no sólo de una frecuencia estadística elevada, sino que representen expresiones propias con las cuales se respondió creativamente al medio. Habitualmente significa “distintos grupos de gente con modos característicos de hacer cosas” (Binford 1969: 174).

Los objetos por sí solos o los trazos artísticos, no siempre representan expresiones o significados comunes, porque pueden ser coincidencias, producto de influencias o imitaciones, por ejemplo, las comparaciones de algunas palabras sin análisis lingüístico (como “masato” la bebida popular de los pueblos de la amazonía y “Mazato” apellido japonés), o

las comparaciones que suelen hacerse con algunas líneas decorativas de los pueblos de China.

La arqueología -en síntesis- reconoce como cultura a aquellas formaciones sociales en cuyo espacio los restos o industrias encontradas no sólo son similares, sino que nacen respondiendo a funciones similares en busca de satisfacer necesidades.

El estilo artístico puede ser un buen comienzo para elaborar una hipótesis de cultura, arqueológicamente hablando; pero no es suficiente para demostrarla. A partir de algunos objetos y más aún de trazos decorativos, algunos arqueólogos han abusado en “descubrir” culturas. Hace algunos años llegó a mis manos la publicación de un arqueólogo, creo que norteamericano, respecto a sus investigaciones en Sechura (Piura, Perú) señalando su descubrimiento de hasta ocho culturas prehispánicas en aquel lugar, identificadas por algunos trazos decorativos en la cerámica. A una de ellas bautizó con el nombre de cultura “Pedro en honor al obrero que cargaba la mochila...”

Para la Arqueología, la cultura se manifiesta en las formas tangibles que han dejado las sociedades pasadas y la reconoce como tal dentro de una unidad cultural, siempre que sus expresiones materiales, artefactos, industrias y conjuntos, se encuentren en varios lugares, como asociaciones repetidas, que son evidencias de una cultura. Unidades como un tipo de vaso, un proyectil, un estilo decorativo, un báculo, un ídolo, un tipo de raedera, por sí mismas no significan cultura, lo son cuando éstas son parte de un conjunto y se encuentran asociadas o repetidas en diversos lugares desarrollando una misma función.

Se parte de la idea de que las personas que habitaron un territorio común, compartieron aspectos de la vida igualmente comunes, que poseían una experiencia acumulada que les fue común, mostrando la existencia de numerosas experiencias locales, y que fueron desarrollando respuestas o adaptando su economía para la satisfacción de sus necesidades igualmente comunes.

Para el arqueólogo, la unidad cultural más pequeña es el *artefacto*. Los artefactos son todas las cosas tangibles, por ejemplo una punta foliácea de riolita, un objeto de metal, un fragmento de tela que evidencia técnicas propias en su elaboración, un vaso de cerámica que representa una tradición utilitaria común, un instrumento agrícola, etc. A la unidad inmediata superior se le denomina *industria*, y comprende a todos los restos o artefactos que responden a un mismo objetivo de producción que se encuentran en un lugar, como por ejemplo la industria lítica, la

industria textil, la industria de la cerámica, la industria de la metalurgia, la industria del vestido, vivienda, la industria de la construcción agrícola, etc. en Nasca.

Si consideramos todas las industrias que concurren en un mismo lugar, tendremos un **conjunto**. Cuando se registran diversos conjuntos similares en sitios distantes, se está ubicando arqueológicamente a una **cultura**, en este caso, continuando con el ejemplo, por haber encontrado conjuntos similares en los valles de Palpa, Ica y otros, estamos frente a la “Cultura Nasca”.

A decir de Childe, una cultura arqueológica es un conjunto de artefactos que repetidamente se encuentran asociados, artefactos que demuestran cohesión en sus respectivos conjuntos, que se les empleó en la misma época y fueron utilizados por la misma gente; hechos y puestos en práctica, de acuerdo con técnicas, ritos y estilos prescritos por una misma tradición.

La cultura no representa necesariamente un grupo lingüístico, es por lo general un grupo local que ocupa una zona geográfica continua...La cultura material, pues en una amplia medida, es la respuesta al ambiente; consiste en los recursos desplegados para afrontar las necesidades que provocan las condiciones climáticas, aprovechar las fuentes locales de alimentos y procurar protección contra los animales feroces, las inundaciones y otros males que infestan una región determinada... V. Gordon Childe (1972:35)

En síntesis, los conjuntos de industrias o restos elaborados con técnicas similares, que cumplen funciones semejantes, que se registran en diversos lugares dentro de un mismo contexto y que diferencian una etnia de otra, es más que “cultura material”, desde el punto de vista de la Arqueología, nos están indicando la presencia de una formación social, ya que no podemos olvidar que detrás de los restos materiales está el hombre.

Pero este concepto tiene limitaciones, no comprende a la totalidad de la conducta social (ideas, tradiciones, normas, música, etc.), como el concepto significa para la Antropología; pero es que la Arqueología, que trabaja con sociedades o pueblos desaparecidos, lo único que puede encontrar de ellos de manera positiva son objetos, restos, a partir de los cuales puede inferir o lograr interpretaciones auxiliadas por otras ciencias.

Manejo del concepto Cultura

El concepto cultura, aunque epistemológicamente se refiere a toda creación del hombre a través de los siglos, los autores -como hemos dicho- le dan distintos significados: para unos es la expresión del arte, es la creación espiritual del hombre, es una conducta refinada, es el conocimiento que un individuo tiene de los diferentes géneros del arte (“páginas culturales”). Se habla también de cultura laight, cultura de masas o masificación, y en el extremo se denomina anticultura o contracultura a una nueva corriente nadaista.

Al respecto el Novel Mario Vargas Llosa en su libro *La Industria del Espectáculo*, culpa a los antropólogos de esta confusión, insistiendo que el verdadero concepto corresponde a los niveles “cultos” de determinados sectores:

...el término se volvió fantasma, inaprensible, multitudinario y traslaticio. Porque ya nadie es culto si todos creen serlo... La más remota señal de este progresivo empastelamiento y confusión de lo que representa una cultura la dieron los antropólogos, inspirados con la más buena fe del mundo, en una voluntad de respeto y comprensión de las sociedades primitivas que estudiaban. Ellos establecieron que cultura era la suma de creencias, conocimientos, lenguajes, costumbres, atuendos, usos, sistemas de parentesco y, en resumen, todo aquello que un pueblo dice, hace, teme o adora... Según esta arcangélica concepción, todas las culturas, a su modo y en su circunstancia, son iguales, expresiones equivalente de la maravillosa diversidad humana... (2012:66).

Para el diccionario de la Real Academia Española el significado de cultura es:

1. Conjunto de conocimientos e ideas adquiridos gracias al desarrollo de las facultades intelectuales mediante la lectura, el estudio y el trabajo.
2. Conjunto de conocimientos, ideas, tradiciones y costumbres que caracterizan a un pueblo o a una época.

Allá Vargas Llosa con la defensa de sus ideas. Para la Antropología el concepto que tradicionalmente maneja, es el que identifica como



formación social; que, aunque aparentemente sinónimos, cultura y formación social, no es lo mismo. Para el primero, cultura, resulta de varios factores, estímulos o “condicionantes” que hacen posible al hombre encontrar respuestas; para el segundo, formación social, corresponde a la dialéctica de los elementos que la constituyen, a una totalidad en movimiento.

Si bien el trabajo de la arqueología se inicia con el estudio de los restos, que es lo único que se puede recuperar directamente de tan lejanas épocas, intentamos reconstruir la vida diaria (relaciones, ideologías centrales o primarias) auxiliados por otras ciencias y el método comparativo, dentro de la concepción de historia, entendida ésta como la ciencia que estudia el desarrollo de la producción social y su distribución.

Elementos de la Cultura

De manera muy sucinta y como un repaso por ser un tema bastante conocido por los lectores, recordemos los elementos que se deben estudiar para el análisis y caracterización de una cultura considerada como formación social:

El hombre a diferencia de los animales, para subsistir necesitó desarrollar actividades aprendidas socialmente, a producir socialmente, y esto sólo es posible por el trabajo; luego un primer elemento para caracterizar a una cultura es el *trabajo*.

El trabajo como actividad relaciona al hombre con la naturaleza; pero él no puede actuar de manera aislada, debe relacionarse en consecuencia con otros hombres. De esta interacción humana resulta la *fuerza del trabajo* (población y características de ésta, organización, lenguaje, nivel de capacitación, otros).

Todo proceso de trabajo se lleva a cabo en el entorno de las relaciones sociales de su producción y entraña determinado reparto de los medios y de los agentes productivos. Relaciones de producción que determinan las relaciones de distribución que nos permite descubrir el reparto dominante; por consiguiente, la estructura de las unidades de producción están determinando las unidades de consumo.

Pero la producción no resulta sólo de la fuerza de trabajo, sino de la combinación de:

- a) Las **condiciones del medio ambiente natural** (que es el objeto de trabajo de los hombres, del cual deben extraer sus frutos creativamente).
- b) Los **instrumentos** de trabajo o medios de producción, que son las herramientas que el hombre ha inventado para extraer mejores frutos del ambiente natural.
- c) La **fuerza de trabajo**, que es el nivel de desarrollo logrado por la población participante (Conocimientos, organización, técnicas, ciencia, otros).

Estos tres puntos constituyen las *fuerzas productivas*.

Más aún, en el proceso se establecen *relaciones* que dependen del nivel de las fuerzas de producción, presentándose de distintas maneras, según sean éstas simples o complejas (organización social de la producción, distribución social de la riqueza, control social de la propiedad), en este caso que nos ocupa: la comunidad primitiva organizada en bandas de apropiación social, se parte de entender el nivel de desarrollo material para el aprovechamiento del medio.

Dialécticamente todo ello constituye una formación social, una unidad que de manera más amplia y generalizada es llamada modo de producción, que es la forma como una sociedad en un momento histórico y en un espacio dado, satisface sus necesidades.

Aunque a raíz de los acontecimientos políticos y de las nuevas teorías económicas de mercado, se pretende señalar como caduco y pasadista a este método de análisis social, para señalar al mercado como base de la conducta social, proponiéndolo como una nueva deidad que regula la relación de los hombres (olvidando que el mercado sólo es un medio que facilita la distribución y no el agente central de los cambios), no se ha dado un método convincente de análisis más eficiente, sencillamente por que los cambios son dialécticos, no declarativos o de “moda”.

Aunque se niegue o busquen nuevos términos para expresar conceptos sólidos que no los necesitan, el hecho es que la formación social, nos explica como resulta la conducta social (educación, moral, familia, tiempo libre, arte, recreo, religión, salud, política, jurisprudencia, costumbres, y otros), de tal manera que para entender a la conducta social, tenemos que partir del análisis de la base material que la genera.

Para la Arqueología, este método de análisis es el que mejor respondería como vía de comprensión del desarrollo social del pueblo en estudio, trasciende lo meramente descriptivo de los restos, del arqueólogo como rescatador de objetos, direccionándolo como estudioso de la formación

social que es lo importante, más que el de proveedor de museos y circuitos turísticos, que aún siendo importantes no contribuyen a darle nivel de ciencia social.

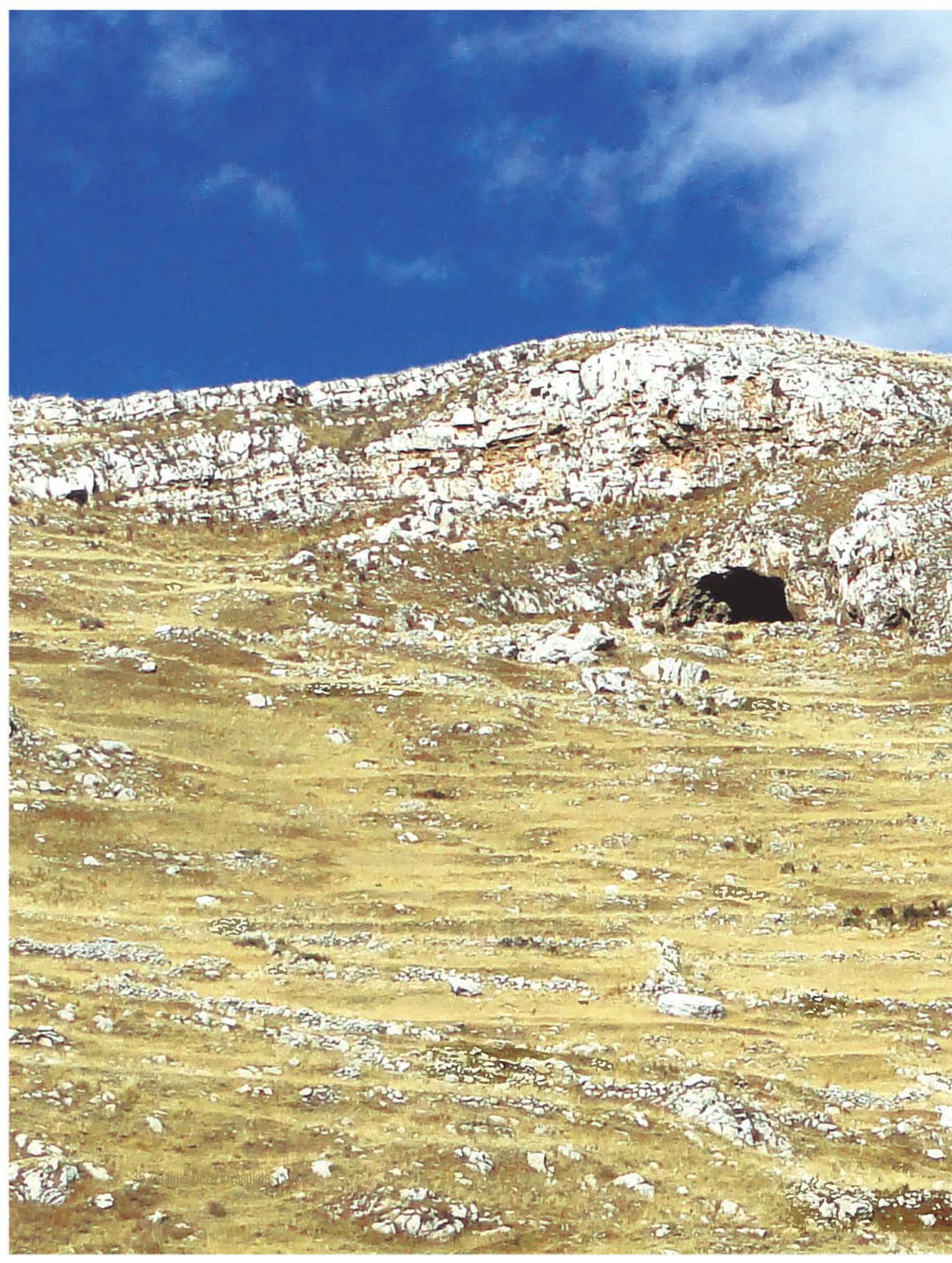
El ser social determina la conducta social. En otras palabras, las condiciones materiales para la vida de los hombres determinan su vida espiritual. Luego, debemos iniciar el presente estudio del hombre paleolítico, conociendo las características de sus fuerzas productivas, con las cuales podemos inferir sus relaciones dado el nivel primario de organización y de relacionarse los miembros de la banda, considerando que es imposible sustentar a plenitud su conducta social a partir de tan escasos restos.

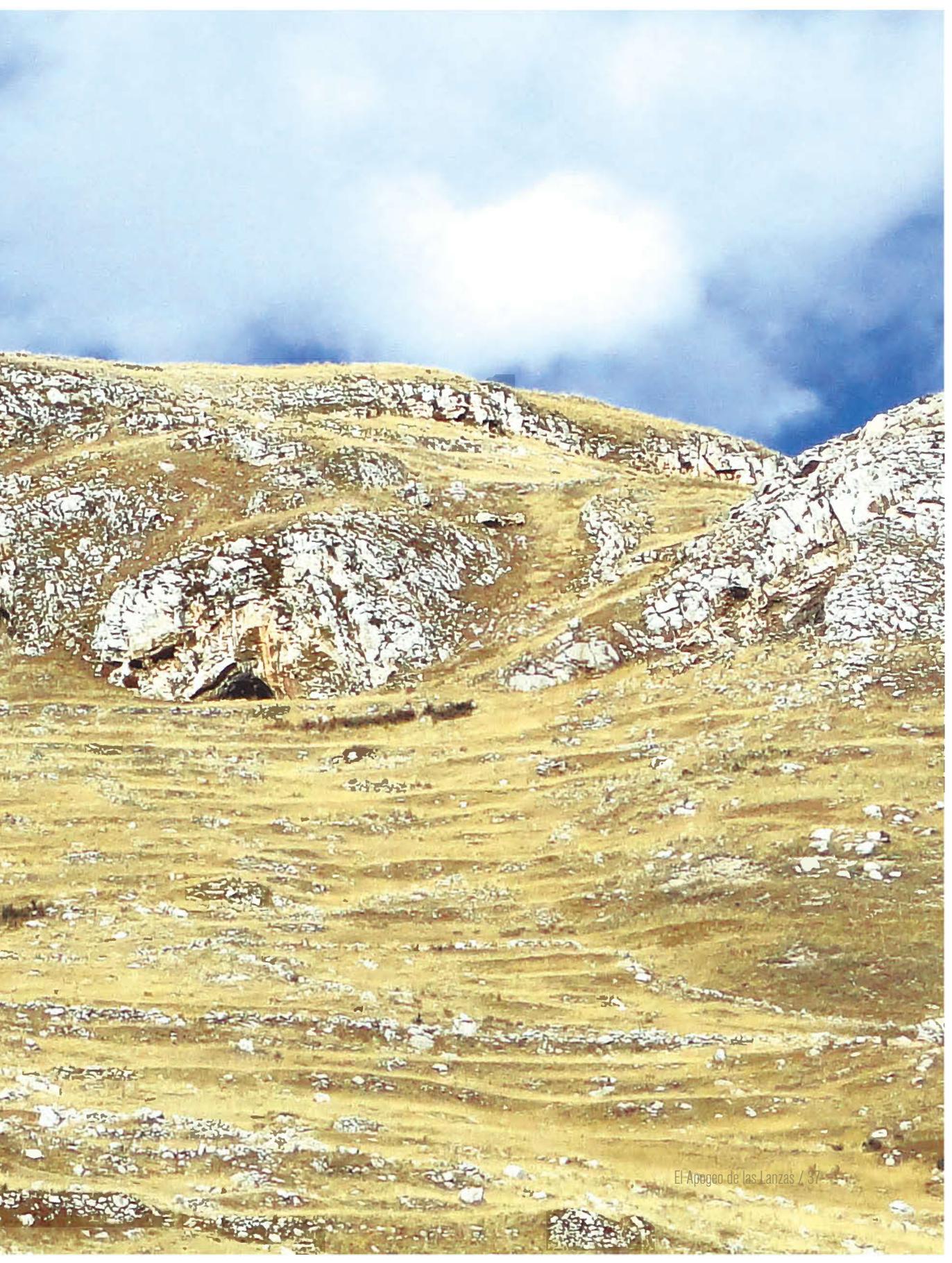
Es conveniente tratar de conocer (descubrir) los restos que componen las fuerzas productivas (hombre, medio ambiente e instrumentos o medios de producción), caracterizarlas y descubrir su eficacia técnica; es decir, el papel que desempeñaron en la producción material y su eficiencia social o el papel que desempeñaron en la producción de las relaciones sociales.

Para ello primero es necesario elaborar un inventario de los diversos procesos de trabajo que se llevaron a cabo. Consideremos que en esta formación social el trabajo está distribuido en determinadas ramas, en cada una de la cual se forman procesos de trabajo, por ejemplo una punta de proyectil es el resultado de la transformación de una materia prima en producto por acción de la fuerza de trabajo (hombre) y los instrumentos primarios (percutores, yunques, etc.).

Cada uno de los procesos puede ser simple o complejo, en el primer caso, por ejemplo, en la recolección se utiliza uno sólo. Cuando un proceso se compone de una sucesión de procesos simples se conoce como proceso complejo, por ejemplo el de la cacería: ubicación de canteras, selección de piedras, tallado de artefactos, organización del equipo de cazadores, enfrentamiento, conocimientos de sitios vulnerables del animal, etc.

Ahora bien, en las formaciones sociales que nos interesan (la comunidad primitiva), la fuerza de trabajo humana fue la principal fuente de energía, interviniendo en estado individual o en forma de trabajo colectivo. Estando el trabajo social dedicado a la producción de bienes y consumo cuasi inmediatos, en el que el productor solamente interponía entre el producto y el objeto de su trabajo (medio ambiente o paisaje geográfico) instrumentos simples que requerían sólo unas pocas actividades de fabricación, dentro de un marco de relaciones basadas en la colaboración estrecha y en la ayuda mutua de los miembros de la banda. Esta economía desarrolló estructuras y relaciones simples; lo que no significa que la banda fuera diestra, intelectual y moralmente uniforme.







No se equivocó en su deducción o “intuición” Solórzano y Pereira, al norte uniendo el continente americano con el asiático estuvo el puente formado por el valle de Anadir, la península de Seward y la cuenca del Yukón (noroeste de Siberia y Alaska), ruta que geográficamente ofrece mayores posibilidades. Fue la zona del Yukón

“Este nuevo orbe esta sin dudas, por algunas partes que aun no hemos descubierto, contiguo o tan vecino con el antiguo, que por ellos fue fácil y pronto que pasasen a el por tierra o a nado o en embarcaciones pequeñas, de corta distancia, los primeros habitantes y los muchos y varios animales perfectos de que le hallamos poblado... nuestros indios, por lo más cierto se originaron por mayor parte de los de la oriental, o de alguna redundancia de Chinos y Tartaros...” (1648:16).

La teoría más difundida y aceptada que trata de explicar el poblamiento de América, es indudablemente la de la inmigración asiática por el estrecho de Behring y las islas Aleutianas, más propiamente por el puente de Beringia que hace veinte mil años unía Asia con Alaska, con una extensión mayor que la del actual estrecho de Behring. Pero los antecedentes de esta concepción se remontan a los primeros tiempos de la invasión hispánica, esgrimiéndose esencialmente los mismos argumentos que se presentan hoy en favor de esta tesis; así el Dr. Juan de Solórzano y Pereira, planteaba una respuesta a la interrogante de la llegada del hombre al continente americano en su obra *Política Indiana*, escrita en la segunda década del siglo XVII y publicada en Madrid el año 1648, diciendo:

Los caminos de los inmigrantes

Primera Parte

DE LOS ANDES CENTRALES

CAPÍTULO 2: EL POBLAMIENTO

especialmente, una parte libre de hielos que a manera de corredor conducía al hombre, corredor que se habría y cerraba con el recrudescimiento de los glaciares. Beringia fue el puente para los primeros inmigrantes, cuando la costa atlántica se encontraba en el momento de máxima glaciación, a comienzos del Pleistoceno conocido como *Dryas Antiguo* hace 19 000 años, a 123 metros por debajo del nivel actual. Vale recordar que entre las tierras que estaban conectadas cuando el nivel del mar era más bajo, se incluyen a los extremos de Siberia y Alaska, que por aquel entonces el descenso de las aguas dejaron al descubierto un amplio territorio que alcanzó 1500 kilómetros de ancho, uniendo estas gélidas regiones. El estrecho de Bering tiene en la actualidad un ancho de 85 km y una profundidad de 30 a 50 m (NL. Bindoff ,et al, 2007, David M Hopkins, 2001. K.O. Emery y R. Edwards, 1966).

← Libro dedicado al Rey Felipe IV, escrito en 1610, valiosa fuente de consulta para la investigación histórica.

A comienzos del siglo XX, los mineros durante la fiebre de oro del Yukón al cavar en busca del precioso metal, hallaban a varios metros de profundidad huesos de animales extinguidos, conservados por la bosta (arena endurecida). Hallazgos que motivaron la presencia de hombres de ciencia en el lugar, presencia que no obtuvo las respuestas deseadas por lo complicado y costoso que resulta desarrollar investigaciones en el manto de nieve polar. Mas los descubrimientos realizados con mejores técnicas se han ejecutado en las últimas décadas, relegando la cronología difundida por Hrdlicka.

Algunos autores no vacilan en remontar la llegada de los primeros hombres al continente americano, cien mil años atrás, vale decir al Paleolítico Medio, durante la segunda glaciación/interglaciar del Cuaternario, Wisconsin/Sangamoniense (80 mil / 130 mil años), lo que supone que el área poblada por el Hombre Neanderthal incluiría territorios americanos; pero aún no se han hallado osamentas de este tipo en nuestro continente. Es posible que así sea, por qué negar tal posibilidad, los estudios hasta ahora realizados y conocidos apenas si arañan el dintel del pasado.

La teoría del avance norte - sur del hombre en el continente se ha visto reforzada a la luz de sucesivos y posteriores descubrimientos. En América del Norte hasta el momento, se han hallado los restos humanos más antiguos, cuyos fechados por el método del Carbono 14 así lo demuestra, y a medida que avanzamos al sur continental, los hallazgos de otros restos pertenecen a fechas que van acortándose. He aquí algunos ejemplos:

← "Política Indiana" uno de los libros más antiguos que se encuentran en el país.



Lewisville	(Texas)	35 000 años.
Piedra Furada	(Brasil)	32 000 años.
Isla de Santa Rosa	(California)	29 650 años.
Sandia	(Nuevo México)	26 000 años.
Tule Springs Site	(Nevada)	23 800 años.
Tlapacoya	(Est.México)	22 200 ± 2 600 años.
La Jolla	(California)	21 500 ± 700 años.
Clovis	(Nuevo México)	16 000 – 19 000 años.
Pitiquito, Sonora	(México)	13 400 años
Santa Isabel Istapán	(México)	14 000 – 16 000 años.
El jobo y Muaco	(Venezuela)	14 300 ± 500 años.
Naco	(Arizona)	11 200 años.
Gypsum Cave	(Nevada)	10 500 ± 350 años.
Folsom	(Nuevo México)	11 500 años.
El Inga	(Ecuador)	9 030 ± 144 años.
Chopshi	(Ecuador)	10 010 ± 430 años.
La Goa Santa	(Brasil)	10 000 ± 127 años.
Chivateros	(Lima, Perú)	10 000 años.
Guitarrero	(Ancash, Perú)	12 610 ± 360 años.
Paiján	(Perú)	9 500 10 200 años.
Ayacucho,	(Perú)	12 000 años.
Tres Ventanas	(Chilca, Perú)	11 608 ± 170 años.
Lauricocha	(Perú)	9 525 ± 250 años.
Tabla de Lurín	(Lima, Perú)	9 437 ± 100 años.
Huargo	(Huánuco, Perú)	13 500 ± 700 años.
Toquepala	(Perú)	9 580 ± 150 años.
Viscachani	(Bolivia)	11 000 – 12 000 años.
Ayampitín	(Argentina)	8 000 años.
Monte Verde	(Chile)	12 500 años.
Cueva de Los Toldos	(Patagonia)	12 600 años.
Cueva del Milodonte	(Patagonia)	10 750 ± 400 años.
La Cueva Fell	(Patagonia)	10 700 ± 300 años.
La Cueva Palli Aique	(Patagonia)	8 650 ± 450 años.
Caleta Oliva	(Patagonia)	11 000 – 16 000 años.

Estos descubrimientos que testimonian la época con economía de caza ocurrieron, como hemos dicho, en las últimas décadas y en verdad aún son muy escasos.

← El paso de Beringia

Recordemos que algunos fechados obtenidos, son más antiguos de lo que se suponía, y que otros están en revisión, como los 35 000 años para los hallazgos en Lewisville (Texas), Piedra Furada en Brasil o los cálculos tentativos de Edgar Ibarra Grasso para los hallazgos de Viscachani, en el altiplano de Bolivia; también los $29\ 020 \pm 800$ años asignados por la Universidad de Cambridge al Hombre de Otavalo (Ecuador) en base al fechado del aragonito depositado en el cráneo; los fechados para el Inga en 47 800 años, 45 500 años, 25 000 años y veinte muestras más, por el método de medición cronológica en la hidratación de la obsidiana; la dudosa asociación de restos líticos y osamentas en Pacacaca con fecha de 20 000 años (Ayauccho, Peru); Cupisnique - Piján en cuyas quebradas se observan restos de industrias de guijarros y otros instrumentos toscos, elementos de la más antigua tradición en América; El Garchi (Chile) que Le Paige asigna 40 000 años etc., y otros sitios más que los teóricos de la presencia del hombre en los Andes durante el Paleolítico Medio sustentan.

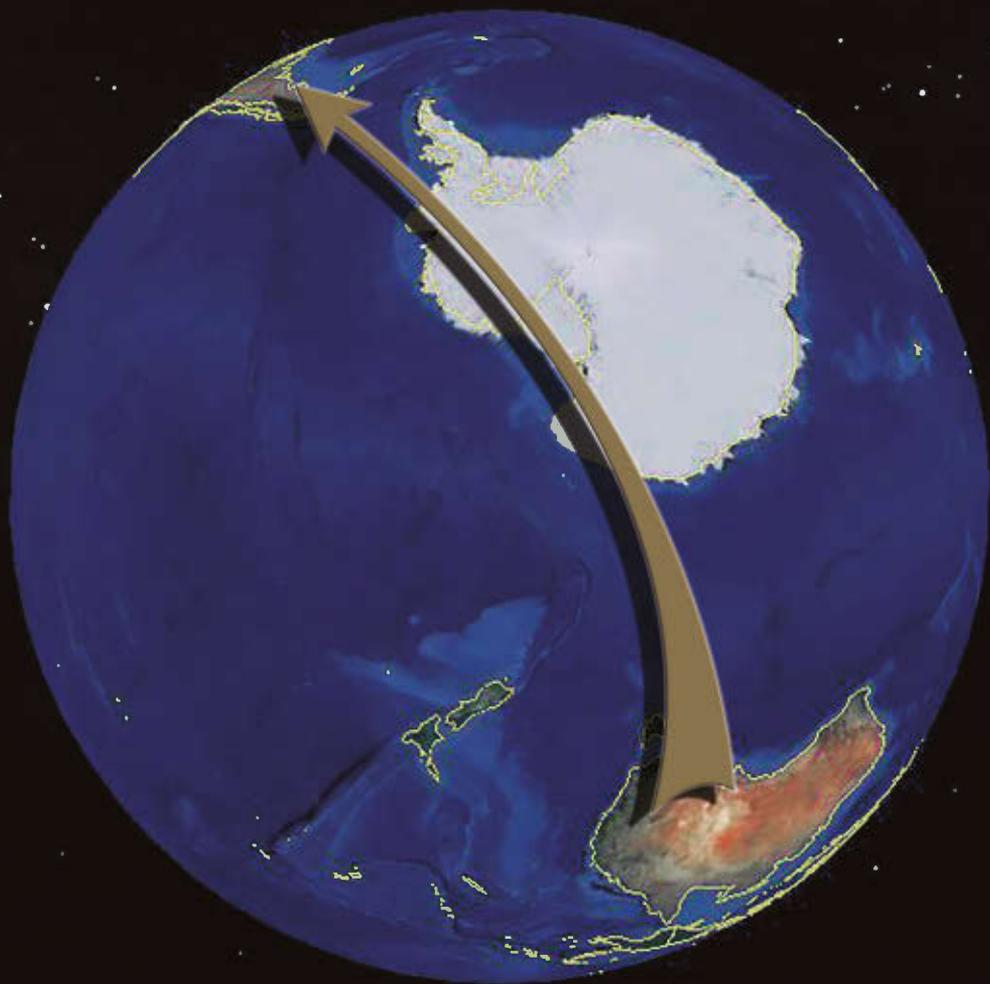
Se plantea y con buen criterio, que el poblamiento de América no se debió al paso de una y exclusiva oleada. Diferentes oleadas migratorias fueron sucediéndose y debieron continuar hasta los primeros milenios antes de nuestra era, y es posible que no usaran los mismos caminos; pero son Beringia y las islas Aleutianas, esa cadena de más de 300 pequeñas islas volcánicas que describen un arco de 1900 kilómetros de recorrido, que va del sudoeste de Alaska hasta la península de Kamchatka, los lugares por donde parecen haber caminado los contingentes más antiguos y numerosos, en una época cuando el lugar era un istmo cubierto por estepas y por la tundra, gracias al descenso del nivel del océano por motivo de la glaciación Wisconsin.

Diferentes estudios glaciológicos efectuados en América del Norte sobre el período Wisconsin, coinciden en señalar que el valle de Anadir, la península de Seward y la cuenca del Yukón, estuvieron en ciertas épocas libres del casquete glacial. Pero el hecho que el norte haya sido el paso de mayor facilidad, no descarta la posible migración polinésica quizá más tardía, a través del Océano Pacífico Sur, como estudio Paul Rivet (1960), o la ruta migratoria del Australo - Tasmánico hacia América por la Antártida en vez de la transpacífica, como propuso A. Méndez Correa (1925) partiendo de similitudes antropológicas somáticas; pues las condiciones climáticas a fines del Pleistoceno debieron ser para el sur tan favorables como fueron para el norte, pudiendo realizarse el paso a través del rosario de islas, estrechos, penínsulas y canales.

Al respecto, las investigaciones de Augusto Cardich y sus colaboradores, de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina (Cardich 2003),

Ruta de migración
de Australia hasta
la Patagonia.
Propuesta de
Augusto Cardich.





observaron que los instrumentos líticos levantados del nivel 11 de la Cueva de Los Toldos, en la Patagonia, presentaban además de una antigüedad de 12 600 años, características de talla y de herramientas desconocidas en América, menos en la ruta Asia – Behring; más bien sí se encuentran similares en Tasmania y Australia. Básicamente son dos las características que sustentan esta hipótesis: los utensilios no tienen mango, sin empuñadura, y las pinturas rupestres con simbología y manos en negativo pintadas soplando ceniza sobre la mano extendida en la pared de la cueva; las que además se conocen en otras cuevas de la Patagonia como la de Estancia La María; recordemos que no se registran pinturas similares en América salvo dos cuevas en Texas.

Concurren a reforzar esta propuesta otros trabajos de antropología física como los de Walter Neves (1996), que encuentra similitudes entre los esqueletos de Patagonia y Australia proponiendo que el *Homo Sapiens* de la expansión inicial de nuestra especie, tenía una forma similar a la de los indígenas australianos: *cráneos alargados con bóveda craneal baja, como los cráneos más antiguos encontrados en Argentina*.

Si pudieron ser diferentes las puertas de acceso, puede pensarse que también lo fueron las diversas oleadas y sus tipos raciales. Hay diversas teorías que pretenden demostrarlo, como los trabajos taxonómicos de G. Sergi (1947) que señala los tipos amerindios descritos como existentes en el nuevo mundo, y a la clasificación del antropólogo italo argentino José Imbelloni (1943), que sostiene los aportes demográficos desde el sudeste asiático, para el poblamiento de América, estudiando a siete grupos o tipos somáticos diferentes de población emigrante a América en épocas diversas y por vías de penetración diferentes: tasmanoides, australoides, melanesoides, protoindonesios, indonesios, mongoloides y esquimales, teoría que desarrolla en su polémica obra *La esfinge indiana* (1926) y más tarde *El poblamiento primitivo de América* (1943); tipología a la que el español argentino Salvador Canals Frau (1950,1955) uno de los primeros antropólogos en sostener la hipótesis del poblamiento americano en múltiples orígenes, corrientes y rutas, señala cuatro como las decisivas, contra la entonces dominante teoría del ingreso por Beringia de Álex Hrdlicka (*La agenda de Alaska 1926, 1931, 1943 Smithsonian Institute*).

Existen autores que consideran que la heterogeneidad racial que se observa en América se debe en forma preponderante a la evolución local de un tipo mongoloide, a consecuencia de una fuerte acción ambiental que generó adaptación de los tipos raciales, aplicando a la especie humana las reglas ecológicas.

Casualmente la prestigiada y más que centenaria revista *NATURE* (International Weekly Journal of Science) publicó el 11 de julio del 2012 los estudios de Andrés Ruiz-Linares, del University College de Londres (*Native American populations descend from three key migrations, scientists say*) y autor principal del estudio, acompañado de un equipo internacional con representación de científicos de los países de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Méjico y Perú; señalando que los primeros habitantes de América alcanzaron el continente procedentes de Asia hace más de 15 000 años.

Los expertos sustentan que se produjeron tres grandes migraciones, la primera abarcó todo el continente virgen y sin poblar, extendiéndose con dirección sur siguiendo la costa del Pacífico y dejando a su paso numerosas poblaciones, en un proceso que duró alrededor de mil años y cuyos linajes se pueden rastrear desde el presente; y las dos siguientes se quedaron sólo en Norteamérica, por ello que la mayoría de las tribus descienden de la primera de ellas, a la que han denominado los “Primeros Americanos”, ya que las otras dos se limitaron solo al norte. Todo esto explica la menor diversidad genética de los nativos de Sudamérica, cuyo ADN es más cercano al de los Primeros Americanos.

Durante años se ha debatido si los habitantes de América procedían de una o más migraciones a través de Siberia, pero nuestra investigación pone fin a este dilema: los nativos americanos no proceden de una sola migración. (Andrés Ruiz-Linares, Ob. Cit.).

Los expertos analizaron más de 364 000 variaciones genéticas. Se trata de la mayor investigación genética de nativos americanos hasta el momento, detectadas en el ADN de 52 tribus aborígenes americanas y de 17 grupos siberianos.

Pero no todo fue tan fácil y libre de alteraciones genéticas por el mestizaje, pues el análisis se vio dificultado por la presencia de material genético procedente de migraciones posteriores, principalmente de los europeos y africanos que llegaron a América, por lo que los investigadores se centraron sólo en las secciones del genoma que procedían de los nativos americanos.

A la luz de los estudios sobre elementos somáticos y osteológicos, se plantean las hipótesis polirracialistas que resumimos:

- a) No se han hallado pruebas que demuestren que en la región oriental asiática, hayan habitado negroides, papúas,



melanesoides, ni mediterráneos del tronco Caucasoide; en consecuencia, no se puede afirmar que tales elementos hayan contribuido a poblar el nuevo mundo.

b) El tipo mongoloide se desarrolló rápidamente en el noroeste de Asia, al final del Pleistoceno, y el grupo humano de donde se originó poseía características del llamado Caucasoide Arcaico.

c) De este Caucasoide, conocido como “Amuriano”, derivaron posteriormente los aínos (desplazados hacia las islas Kuriles) y los “murrayanos” que emigraron al sur este de Australia.

d) El continente americano fue poblado gracias a una aportación asiática de mongoles y amurianos en un principio, y murrayanos más tarde cuando éstos se habían ya independizado racialmente.

Resumiendo lo más vigente y científicamente aceptable, sin vocación de concluir, diremos que:

a) Beringia pudo ser la puerta de ingreso a América, pero no la única ni excluyente.

b) No existen evidencias de un tipo amerindio medio y biológicamente homogéneo.

c) Ha existido una preponderante inmigración mongoloide; pero también de otros tipos raciales cuya ruta nos cuestiona.

d) La Patagonia debió haber recibido a poblaciones australianas.

En síntesis, está demostrada en los Andes la presencia de dos grandes grupos raciales con cronologías diferentes: los dolicocefalos que son los pobladores más tempranos caracterizados por tener una estatura de 1,70 metros en promedio con una economía de caza o paleolíticos, hasta hace nueve mil años; y los braquicefalos que hacen su impronta dos mil años más tarde, en líneas generales, de menor estatura y compleción mayor con economía autárquica de pescadores, recolectores y horticultores.

Con las evidencias arqueológicas cada vez mejores, es posible escribir que en esas épocas pretéritas cuando las condiciones fueron muy diferentes a las que hoy se registran, el hombre avanzara por las llanuras costeras, o las quebradas andinas y por las cuencas de los ríos amazónicos. Con esas mismas evidencias, se puede también

sistematizar cuatro grupos de industrias de los antiguos habitantes de los Andes; material relacionado básicamente con el nivel de desarrollo y la forma de procurarse el sustento que tuvieron los grupos, siendo éste el más claro exponente y reflejo del desarrollo alcanzado por los mismos, tales son:

- a) Industrias de guijarros y otros instrumentos tallados con golpes de percusión, no se descarta el empleo del hueso y la madera.
- b) Industrias de bifaces trabajados a percusión, es tentativa la presencia del golpe a presión para retocar los implementos.
- c) Industria de puntas foliáceas y con pedúnculo, raspadores, cuchillos, etc. Éstas pueden subdividirse en puntas de núcleo, generalmente de 12 - 20 centímetros de largo, y puntas de láminas de 2 a 5 centímetros de largo.
- d) Instrumentos de hondas con piedras ovoides de dimensiones y pesos similares empleados en la cacería.

A esta propuesta de clasificación se puede agregar, tentativamente, la de Augusto Cardich (1991) sobre la existencia en los Andes Centrales de una industria de láminas sin puntas, a partir de sus hallazgos en la cueva de El Cumbe en Cajamarca, Perú.

La presencia de tales instrumentos líticos parecen corresponder a portadores distintos; pero bien puede que sean respuestas a estímulos focalizados; ambientes diferentes, en los que se desarrollaron aquellas formaciones sociales establecidas ya a orillas del mar, en los bosques y oasis costeros, en el fondo de un valle interandino o en los claros de la selva amazónica, que ofrecieron a cada grupo distintas oportunidades, desarrollando tradiciones adecuadas a sus circunstancias locales.

En estas pequeñas células sociales, moviéndose en determinados territorios, cuyos límites estuvieron dados por el ciclo de los frutos recolectados, el agua y las especies animales; que fueron adquiriendo experiencias respondiendo al reto de su medio, se encuentra el más antiguo rastro de la patria andina, de cuyas experiencias somos aún legatarios.

Segunda Parte

De los primeros habitantes de los Andes Centrales

(20 000 años a.C.)

Los hallazgos que intentan demostrar la presencia humana a través de restos con una antigüedad mayor de doce mil años en los Andes Centrales, particularmente, no han sido aceptados a plenitud y se encuentran en un nivel hipotético; por lo que aún no es correcto suponer diferentes técnicas de acuerdo a detalles tipológicos de las diversas industrias líticas hasta hoy conocidas, que se exponen como representativas de esta época.

La cronología tentativa que bordea los treinta mil años de presencia humana en América del Norte y los trece mil años en la Patagonia, es razón para suponer que en los Andes Centrales la huella del hombre podría ser más antigua de lo que se señala. Talvés corresponde a la primera migración de la que nos habla Andrés Ruiz-Linares (ob. cit.) aquella que abarcó todo el continente virgen y sin poblar.

El hecho de encontrarse instrumentos de caza del Paleolítico Superior cuya tipología no es registrada en América del Norte y que caracteriza regiones en los Andes Centrales, sería consecuencia de pasos previos de la presencia humana bastante temprana, cuyos grupos fueron durante miles de años desarrollando técnicas que les permitieron pasar de una economía recolectora - cazadora a una economía cazadora - recolectora, progreso técnico lento, que sucedió entre generaciones en constante diáspora.

La más temprana presencia del hombre, aceptada hasta el momento, es aquella asociada a instrumentos finamente tallados para la caza, particularmente las “puntas” o dardos, cuyo acabado sintetiza una experiencia acumulada de técnicas de caza, características defensivas y habilidades del animal, técnicas y destrezas en la talla de los instrumentos, tipo de material empleado, formas y efectividad del dardo, además del tiempo que su elaboración demanda. Todo ello dentro de un cuadro de relaciones sociales organizadas en especialidades propias de la comunidad primitiva nómada.

Este grado de desarrollo autónomo no se pudo obtener en un momento, de manera inmediata; exigió un proceso de observación, experimenta-

ción, relación causal empírica y empoderación de las experiencias adquiridas y su traslado en las generaciones.

No existen evidencias que sus logros hayan venido por difusión de otras culturas paleolíticas. Los modelos conocidos en los Andes Centrales a excepción de algunas técnicas de tallar la piedra, que fueron universales, no tienen semejanzas con los del Norte, donde deberían encontrarse estos tipos de puntas de lanza o dardos y otros restos que expliquen e identifiquen el camino de los transeúntes. Insistir en que los primeros hombres andinos tienen una presencia menor a doce mil años, que fueron inmigrantes con un grado de desarrollo elevado para su época o que éste ya no tuvo relación con los grandes herbívoros y la fauna extinguida parece no ser correcto.

Si bien actualmente se le reconoce al hombre andino una antigüedad de doce mil años, cuando se le descubre como un cazador altamente especializado, advertimos que sus parafernalia no guarda semejanzas con la de los pobladores al norte de América; luego tenemos que deducir que sus pasos ancestrales se encuentran en la región y que su inventiva e imaginación estuvo en función a este ambiente. Por lo tanto, el hombre debió llegar miles de años antes y acá fue creando su cultura, hasta alcanzar el grado de desarrollo sorprendente de los grandes cazadores.

Este período anterior a las técnicas de cazar con puntas de piedra talladas y retocadas a presión, es el que se desconoce; pero todo nos indica que en los Andes Centrales debió darse, por lo tanto la presencia humana podría estar bordeando los veinte mil o más años, es decir a finales de la glaciación Wisconsin e inicios de último interglacial, en que los climas parecen ser más benignos, propicios para una abundante biomasa y flora en las hoy inhóspitas zonas de vida.

Los sitios hasta el momento encontrados son escasos, si bien constituyen verdaderos yacimientos de superficie, lo que impide su fechado, y el estudio tipológico no es suficiente para su ubicación cronológica, ya que la “tosquedad” o el empleo de la técnica de tallar pequeños instrumentos domésticos (cortantes) a percusión, no son indicadores de mayor antigüedad, pues en los Andes esta técnica también ha sido empleada por los recolectores – horticultores miles de años después. De tal forma que un resto con tales características, hallado en la superficie, bien puede tener una antigüedad mayor a los doce mil años o ser menor a los siete mil.

La industria presentada como representativa de esta época, está caracterizada por guijarros que han recibido en uno de sus extremos varios golpes con otra piedra de mayor dureza, para obtener un filo que les permita cortar o para extraer lascas laminares o lenticulares que son





↑ Las laderas del Ilaílo.
Quito, Ecuador.

usadas a manera de navajas o cuchillas. Los primeros reciben varios nombres según las formas que representan: chopper, cepillos, raederas, etc. lo cierto es que no tuvieron modelos concebidos, simplemente les importaba la función y ésta era la de cortar.

Además de las herramientas domésticas, tenían otras como las hachas de mano que les permitían triturar huesos, romper semillas y valvas o percutores para elaborar otros instrumentos que se pueden interpretar como instrumentos secundarios; explicando ello la falta de una especialización de talladores, ya que la necesidad, función y facilidad de elaboración, permitía a todos los miembros del grupo, sean niños o ancianos, hombres o mujeres, fabricarlas.

Las características de su equipo cultural nos habla de una economía de recolectores, de diversos recursos marinos, de ríos y lagos, de raíces y frutos en los bosques del valle, lomas y praderas; de cazadores que debieron utilizar técnicas de atrapamiento de animales pequeños o grandes, unidad de producción afectada por un sólo individuo o entre los más aptos del grupo, que es la forma de cooperación utilizada en la caza, que resultó del uso o preparación de un instrumento y una técnica colectiva: la trampa. La recolección debió estar a cargo de los niños y mujeres, practicada dentro de un marco de relación simple; reflejando estos medios de producción y distribución de sus productos el carácter de una sociedad simple: la familia, de mutua cooperación, con una estructura

de dirección y de control poco desarrollada, no representada en el plano político por relaciones de autoridad institucionalizadas y permanentes.

Este hombre primordial no ha dejado mayores restos que nos hablen de sus ideas y conceptos, no pintó como sus parientes asiáticos y europeos, al menos no hay hallazgos hasta el momento que así lo afirmen. Es posible que con el avance de las investigaciones, los hallazgos de restos de estos hombres se reafirmen y multipliquen.

Los sitios más importantes, hasta el momento descubiertos, cuyas cuestionadas conclusiones parecen hablarnos de una tradición “pre puntas” en los Andes Centrales, y que resumimos, son los siguientes:

Ilaló

El sitio toma su nombre de un volcán apagado desde hace miles de años situado al sur-este de Quito, Ecuador, a quince kilómetros de los límites actuales de la ciudad y a 3169 msnm. Abarca las faldas orientales de las cumbres del volcán, desde el camino de Alangasí a Pintag hasta el de Tumbaco a Pifo, comprendiendo un área de 200 km² aproximadamente, aunque fuera de este lugar y en las quebradas y faldas próximas también se registran artefactos de obsidiana, es este sitio el que presenta huellas de mayor intensidad de ocupación.

En las laderas del Ilaló han sido explotadas las canteras de obsidiana hasta hace pocos años y ofrecen obsidianas bastante transparentes y rosadas a negras no transparentes. En ellas se encuentran restos de ocupación humana que nos hablan desde la presencia temprana del hombre en los Andes, hasta la elaboración de objetos cortantes por los indígenas actuales. Registrándose en superficie o al momento de la cosecha de papas o al ser volteada la tierra por los arados, una amplia variedad de instrumentos que van desde puntas foliáceas de 20 cm de largo a microlitos para dardo de cerbatana (?), puntas cola de pescado, de base acanalada, hojas de laurel, romboidales, instrumentos de tallar raederas, cuchillas, cepillos, etc con lamentable orfandad de asociación estratigráfica.

Se han hecho dos intentos de fechar estos restos, ambos son cuestionables: El estratigráfico, Robert Bell (1965) estudió una tipología de hojas pedunculadas y por el método del Carbono 14 señala una antigüedad de 7080 ± 144 años a.C. pero el mismo autor duda y sugiere mayor antigüedad a la industria de El Inga, sitio que toma el nombre de una hacienda y un río ubicados en el flanco noreste del volcán Ilaló, donde realizó investigaciones, ya que no se ha registrado una relación directa entre el resto orgánico para el fechado y las obsidianas, de manera convincente.

Emilio Bonifaz (1977) imposibilitado de encontrar obsidias en asociación valedera con elementos orgánicos posibles de fechar, estudió la variedad tipológica de los instrumentos y recurrió a la prueba de la hidratación de la obsidiana, consistente en medir el espesor de la capa superficial que por la humedad se hidrató a lo largo del tiempo. Mientras más gruesa es la capa hidratada, mayor antigüedad tendrá el golpe que el hombre dio a ella para tallar su instrumento, método descubierto por Irving Friedman y Robert L. Smith.

Friedman basándose en la temperatura de la región tomada por Robert Bell en El Inga, determinó que el coeficiente de la hidratación que correspondía aplicar a estas obsidias era de seis micrones de hidratación al cuadrado, por mil años de antigüedad; escala que sirvió para determinar la edad aproximada de las piezas. Este método es aún cuestionable, ya que la velocidad de difusión de la hidratación, varía de acuerdo a la composición química del suelo u otros agentes.

Los fechados más antiguos tomados, fueron sometidos a dos mediciones en su hidratación, una sobre la parte tallada y otra sobre la superficie original, con resultados muy diferentes, tomemos algunos ejemplos de los fechados que nos da Emilio Bonifaz:

Año	Número de pieza	Micrones de hidratación	Años antes del presente (aproximado)
1971	75	11,38	21 600
1971	76	16,53	45 500
1972	30 (microlitos)	8,77	12 800
1974	2	12,25	25 000
1974	13	9,97	16 600
1974	46	10,50	18 400
1974	60	16,94	47 800
1974	320	9,59	15 350
1974	320	9,59	15 350
1975	68	10,06	16 900
1975	89	11,88	23 500
1975	98	11,56	20 800
1976	55	10,58	18 650
1976	56	9,90	16 350
1972	veinte muestras	imitaciones recientes	

Superficie original, no tallada:

1971	75	18,20	55 200
1971	76	21,83	79 400
1971	137	20,19	67 900
1974	40	24,00 (estimado)	96 000

Ante la interrogante de que las obsidianas que tienen más de 10,35 micrones de hidratación sean resultado de haber permanecido expuestas al sol por mucho tiempo, Emilio Bonifaz (1977:6) responde:

“...durante el Pleistoceno la región estuviera cubierta de vegetación, puesto que las hordas humanas eran cazadoras y los animales habitaban donde la había. Restos de esta vegetación son visibles en las laderas de los cañones y de los ríos que atraviesan la región, habiendo dos niveles: hierbas y matorrales y cubiertas bastante tupidas. Por consiguiente, si las obsidianas más hidratadas quedaron expuestas al sol, no debió ser por mucho tiempo. Además la agricultura precolonial no volteaba la tierra, lo que se hizo solamente a partir de la introducción del arado. Es durante los últimos 400 años que las obsidianas pudieron quedar expuestas al sol...”

Como vemos las laderas del Ilaló, de mediar las cronologías, podrían haber sido ocupadas desde hace cuarenta mil años (?), desde entonces se ha venido aprovechando el cristal de roca que abunda en este lugar. Con el material fechado (tentativamente) a la mano podemos decir que se dan tres capítulos generales en la tipología y que obedecen a épocas o cronologías sucesivas:

- a) Raederas, instrumentos cortantes de lascas, 15 000 – 40 000 (?) años.
- b) Puntas: Pedunculadas, acanaladas, “cola de pescado”, hojas de laurel de hasta 12 cm de largo con una variedad de formas intermedias. Instrumentos cortantes y cepillos, microlitos, con fechados entre los 8 000 a 14 000 años.
- c) Instrumentos cortantes de lascas y dardos pequeños y microlitos, fechados 8 000 años a menos.

Otavaló

A fines de Abril de 1957, en el curso de los trabajos para la cimentación del edificio de la planta eléctrica municipal de Otavaló (Imbabura,

Ecuador), en forma casual fue encontrado el cráneo de un joven con la parte superior del esqueleto a 12,5 metros de profundidad (C. Vásquez, 1973, citado por Jaramillo 1974).

Víctor Jaramillo (1974: 37) dice:

“...en mi condición de Rector del Colegio y Concejal, encarecí recogieran con mucho cuidado, el material que saldría al echar abajo el promontorio de más de 12 metros de alto, e igualmente al hacer la excavación a nivel inferior del río, de 5 metros de profundidad para asentar una maquinaria... ningún otro elemento cultural se encontró en las diferentes capas estudiadas horizontalmente una sobre otras, y todas por encima de una discordancia producida por la entrada de un torrente de agua, en donde estuvo localizada la caverna en cuyo fondo fueron hallados el cráneo y los huesos de la caja torácica del hombre de Otavalo”.

Se trata del hallazgo casual de un braquicráneo, hallado en capas de toba volcánica andesítica, de arcos supraorbitales salientes tipo neanderthaloides, por lo que en aquel entonces los investigadores ecuatorianos barajaron antigüedades de 30 a 40 mil años o más.

Muchos investigadores han revisado el cráneo y son varias también las opiniones, para algunos es una farsa, para otros documento invaluable de gran antigüedad. Duda y diferencias que nacen de la manera como se le encontró: sin registro, con dinamita, reconstrucción del sitio por informes de trabajadores cuya seriedad se cuestiona, sin asociación, etc.

En 1971 por solicitud del fisioantropólogo Dr. David M. Davies, del Departamento de Zoología de la University College de Londres, se resolvió enviar el cráneo a Inglaterra, para despejar la incógnita; haciéndose en la Universidad de Cambridge los análisis para fechado por el método del Carbono 14 a cargo del Dr. U.R. Switser y análisis de termoluminiscencia en la Universidad de Birmingham, por el profesor de Radioactividad Aplicada, Dr. H.P. Fremlin¹. Las edades calculadas usando el método de Libby son: (enero 1973) Q- 1086 Depósito de aragonito² en el cráneo, 29 023 años, más 800 Q- 1087 Sal de hueso con Aragonito, 28 012 años más 750 - 26 062 a.P. Víctor Jaramillo (1974: 40)

1. Correspondencia, Dr. D.M. Davies y a C. Vásquez 1973 a V. Jaramillo, 1974.

2. Aragonito: Mineral compuesto de carbonato de sal cristalizada.

Las objeciones hechas por los resultados de estos fechados se esgrimen en base a las condiciones en que se mantuvo al cráneo durante quince años, después de su descubrimiento. Es decir pudo haber sido contaminado en el depósito donde se le guardó y por el constante manoseo de investigadores y curiosos. No obstante la seriedad de los investigadores que analizaron las muestras, creo que las dudas acerca del hombre de Otavalo y su antigüedad va a persistir por mucho tiempo.

Pikimachay y Pacaicasa (Ayacucho)

Los estudios de Richard MacNeish en 1969, ubicaron dos cuevas en el valle, que resultaron particularmente ricas en restos. Una de ellas conocida con el nombre de Pikimachay, a doce kilómetros de la ciudad de Huamanga (Latitud Sur 13° 2,437 – Long Oeste 74° 13,473) siguiendo la carretera hacia Huanta, de 12,20 m de altura y 50 m de largo, dio el resultado más espectacular de la temporada, se registraron 40 artefactos asociados con hueso de perezoso (megaterio) y caballo, uno de los cuales al ser sometido al análisis de Carbono 14, arrojó 14 150 ± 180 años de antigüedad (MacNeish, 1971).

En Pacaicasa se registraron fechas aún más tempranas: 17 650 ± 3 000 años a.C. en vértebras de perezoso y 14 100 ± 1 200 años a.C. en una escápula de perezoso.

MacNeish describe para esta época, raspadores laterales, choppers, cleavers, cuchillas de doble mango y denticulares; sin embargo, la pequeña colección Pacaicasa incluye sólo 15 piezas de basalto rosado, de los cuales tres son clasificados como artefactos y una lasca de piedra verde la cual pudo haber sido llevada hacia la cueva (MacNeish, 1970).

“Debe considerarse la posibilidad de que Pacaicasa no es más que una temprana e inadecuada muestra de los instrumentos de Ayacucho” nos dice el investigador del sitio (1970: 31), por lo que advierte en sus informes y conclusiones sobre Pacaicasa como datos muy tentativos.

Chivateros

En los cerros Chivateros sobre la margen derecha y a 1500 m de la desembocadura del río Chillón (77°08'10" Longitud Oeste y a 11°56'30" Latitud Sur), a treinta minutos de Lima siguiendo la carretera a Ventanilla, se encuentra uno de los más importantes yacimientos paleolíticos de los Andes (que ha desaparecido cubierto por la basura o recolectado para su empleo en la construcción civil). De sus habitantes sólo se han encontrado los lugares donde obtenían la materia prima,



↑ Entrada a la cueva
de Pikimachay.
Ayacucho.

canteras de metalodolita y metavolcánico, que se fractura de modo conveniente con los golpes controlados en la talla, no conociéndose hasta el momento el lugar donde se hallaban los campamentos.

Los machacadores, buriles, artefactos dentados y bifaces, que constituyen el inventario de la industria lítica son interpretados como herramientas para fabricar las primarias de hueso o madera, que aún no han sido halladas; explicándose la falta de una especialización en los artefactos secundarios, por la presencia de una economía generalizada de pesca o recolección de plantas.

El sitio ha sido estudiado por E. Lanning en 1962 - 63 y T. Petterson en 1966. El primero registró más de 100 000 instrumentos y el segundo estableció una sucesión temporal de cuatro complejos líticos, relacionando los perfiles de sus cortes con la secuencia del último glacial de Europa y Norteamérica. Estos complejos son: Zona Roja, Oquendo, Chivateros I y Chivateros II.

a. Zona Roja.- Corresponde a una de las dos pequeñas excavaciones que se llevó a cabo en el Cerro Chivateros. Es el último estrato de la trinchera excavada, quinta comenzando de arriba. Es un depósito de 40 cm de profundidad, de arena eólica marrón rojiza que representa un clima seco. El material recogido incluye abundantes buriles, núcleos piramidales, raspadores laterales, raspadores romos, cuchillos de sección transversal triangular. Sobre esta capa se superpone una costra dura de salitre originada en un período de humedad creciente. Los instrumentos se han logrado mediante un retoque marginal muy abrupto sobre pequeñas piezas tabulares de cuarcita (Lanning, 1967). Debido a la sequedad prevalente del clima en esa región no se dieron las condiciones para la mineralización de los huesos, por ello no hay asociación faunística y se supone que los instrumentos fueron utilizados para trabajar la madera, “podría creerse que se trataba de una población dedicada a la explotación del entonces boscoso valle del río Chillón”. Se le ha asignado una antigüedad de 12 000 – 14 000 años.

b. Complejo Oquendo.- Identificado en los cerros Oquendo (Latitud Sur 11° 57,421 – Long Oeste 77° 7,031) al sur del río Chillón con una antigüedad alrededor de 12 mil años. Se diferencia del anterior en que casi todos los instrumentos están confeccionados en lascas y aparecen algunas formas nuevas como laminillas y buriles hechos sobre piezas truncadas, formas distintas de raspadores, láminas denticuladas, no se observan los retoques abruptos en los bordes como en la fase anterior. Lanning (1977: 12) ve la tendencia a combinar dos o tres funciones en un mismo artefacto, revelando ello un aumento y perfeccionamiento en el trabajo de la madera; por lo demás los artefactos son casi los mismos que en Zona Roja.

La ausencia de puntas de lanza y raspadores de filos suavizados, que aparecen sólo en la fase Chivateros I, indicarían según los autores mencionados, una importancia menor en la caza y la preparación de pieles.

Años más tarde, observando las características tecno-tipológicas de los bifaces, grandes lascas, obtenidas con percutor de piedra, Claude.





↑ El "río seco" corta las pampas de Cupisnique. Área donde se encuentran posibles artefactos paleolíticos anteriores a las puntas de proyectil.

Chauchat (1993) sostiene que se trata de artefactos en proceso de talla, los cuales son transportados para elaborar las puntas de lanza a lugares especialmente acondicionados. Si bien esta propuesta nos parece válida, la duda nace al recordar que, habiéndose registrado más de cien mil restos no se han encontrado aún en toda esta región una sola punta o fragmentos de ella. ¿Vendrían cazadores a tallar bifaces para trasladarlos a kilómetros de distancia?. Si el peso promedio de cada bifaz es de 800 gramos ¿vendrían al lugar para abastecerse de diez o doce ejemplares? que es el peso máximo que podrían transportar considerando esta actividad. A ello debemos agregar que en todas las lomas de La Pampilla y frente a ésta, hemos encontrado bifaces y el tipo de roca es común en la región.

Cupisnique

En las pampas desérticas que corren entre Trujillo y Pacasmayo e inclusive en el intervalo Jequetepeque-Zaña (La Libertad y Lambayeque, Perú), hemos registrado artefactos de corte abrupto en los bordes, de talla

unifacial, especialmente en canto rodado o piedra ovoide de basalto negro.

Estos paraderos se encuentran ubicados en las pampas, distantes de los cauces de los ríos secos y sin asociación con las puntas de proyectil, que caracterizan a esa región (Paijanense). Los escasos instrumentos observados en superficie no registran trabajo a presión o escamado, y se diferencian de los instrumentos de cacería avanzada, por su técnica de talla, tipología y material lítico; por lo que tentativamente ubicamos estos restos como propios de una época anterior a las puntas de proyectil.

Viscachani (Sica Sica, La Paz)

En el Altiplano Boliviano, cerca del camino de la Paz a Oruro, a la altura del kilómetro 130, se encuentra este yacimiento (3850 m.s.n.m.), su descubridor Dick Edgar Ibarra Grasso (2012), cree que la zona corresponde a las terrazas que bordean a un antiguo lago glacial, este yacimiento ocupa un área de 10 a 12 hectáreas.

En las terrazas altas (12 - 15 m) se hallan exclusivamente artefactos toscos, como hachas de mano, lascas, raederas, cepillos, etc. a este conjunto se le clasifica como “Viscachanense I” y le señala una antigüedad de treinta mil años; en la terraza baja (8 m) hay una considerable mezcla de los artefactos anteriores con predominio general de puntas de proyectil que calcula en doce mil años, desgraciadamente tampoco se registra estratigrafía que permita dataciones válidas, no pudiéndose a la fecha intentar una verdadera diferencia cronológica y cultural entre estas dos asambleas.

El Gatchi

Cerca de San Pedro de Atacama, Chile, el sacerdote jesuita belga Gustavo Le Peige, párroco del lugar, descubrió el sitio, y nos dice: “El nombre de Gatchi nos sintetiza una extensa zona de 24 km de largo por 4 km de ancho, ubicada al noroeste de San Pedro de Atacama y que empieza tras la orilla oriental del río Vilana, llegando hasta Guatín. El material lítico se halla esparcido sobre una superficie muy amplia, ya que las lomas que las componen tienen sumadas todas, una longitud de 75 kilómetros...” (1964: 130).

Según Le Peige, el sitio (2 800 – 3 000 m.s.n.m) pertenece al “Paleolítico Inferior” caracterizado por la industria tosca de choppers, lascas grandes y medianas y hachas de mano talladas en piedra rodada de cuarcita especialmente.

Cerca a Gatchi, se halla Loma Negra, que según Le Peige, su industria parece corresponder a una fase siguiente a la de Gatchi, ambas pertenecientes a un “Paleolítico Inferior”, instrumentos tallados en basalto negro de grano grueso.

En 1962 Mario Orellana informó el hallazgo en los extensos talleres de Gatchi, de puntas de lanza, por lo que teóricamente se ha estimado una subdivisión: Gatchi I agrupando las formas más toscas, y Gatchi II con las puntas faciales y lascas mejor trabajadas. Subdivisión tentativa y por tanto no puede corresponder a una diferencia cronológica, aunque puede ser un indicio (Schobinger 1973: 78) de ello el hecho de que las puntas de unos 10 centímetros de largo aumentan en número en las partes basales de las lomas, lo que nos hace pensar que: “aunque los cazadores debieron en un momento ser contemporáneos a los recolectores (de aquí la incorporación parcial de su instrumental entre los cazadores superiores), vivieron en el post glacial cuando el clima había cambiado y el valle y sus alrededores eran habitables...” (Orellana 1963: 13).

Las dudas y contradicciones que hemos señalado, tendrían su causa principal en tres variables:

Primero, la falta de estudios integrales, ya que los trabajos que se han realizado son básicamente de análisis tipológico, sin una correlación con las condiciones ambientales y de fauna, aunque para suplir esta deficiencia se elaboren supuestos.

Segundo, los estudios son aislados o mejor dicho falta de estudios continuados. Los investigadores, en su mayoría jóvenes estudiantes o no especialistas, realizan estudios para completar su currícula por una temporada corta y sus conclusiones son puntuales y aisladas, necesitándose investigaciones sistemáticas y continuas en áreas más extensas.

Finalmente, las motivaciones profesionales para el estudio de esta época son escasas, ya que la esperanza de descubrimientos espectaculares motiva más a los medios de comunicación.

A todo lo dicho, debemos agregar que a esta etapa de la comunidad primitiva nómada en los Andes Pleistocénicos, recién hace cinco décadas se le comienza a estudiar y los sitios trabajados son escasos aún. En tal sentido, las dudas deben plantearse como nuevas hipótesis de trabajo.



Río Comiteza River, Chile





CAPÍTULO 3:

El Paleolítico Andino

(12 000 - 9 000 años a.P.)

Primera Parte

Las condiciones del medio natural: El objeto de trabajo

Cuando las bandas de cazadores especializados, conocidas como Paleolíticas Superiores, ocuparon la región andina, las condiciones del medio fueron diferentes a las actuales. El clima de la costa se caracterizaría por un soleado más considerable, con precipitaciones violentas aunque espaciadas. Luego el litoral no presentaría las características orográficas que hoy conocemos. Los deltas de las desembocaduras de los ríos tenían una serie de desembocaduras menores derivadas a su vez de los brazos secundarios del cauce en su trayecto hacia el mar.

El límite de lluvias se encontraba descargando en las primeras estribaciones andinas, yungas, áreas donde se pueden observar cuencas de pequeños ríos de cuna costeña que, en momentos de lluvias intensas, trajeron agua. Estos cauces, hoy secos, vuelven a tener caudal cuando el “El Niño” se presenta, causando descargas inusuales en la región, como los episodios observados con respecto a las lluvias de verano de los años 1925, 1972, 1983 y 1998 entre las más conocidas, y que son los canales colectores de desagüe de lluvias intensas, formando parte del ecosistema de El Niño en la costa peruano ecuatoriana.

Por aquel entonces, extensas áreas de los actuales desiertos costeros estaban cubiertas de vegetación arbórea, siendo el algarrobo (*Prosopis pallida*) el principal biotipo en estos bosques, seguido de los “espinos” (*Acacia sp.*, ¿*Acacia macracantha*?) y otros estratos de vegetación menor. “Algarrobales” que se extendían abarcando las partes húmedas de las pampas, gracias a un acuífero más superficial, o inundadas por un mayor número de ríos y sus ramales en su trayectoria hacia el mar.



← PANORÁMICA
ANTERIOR

El “río seco” de Cupisnique, con caudal durante el evento de El Niño. FOTO: 17 de abril de 1998.



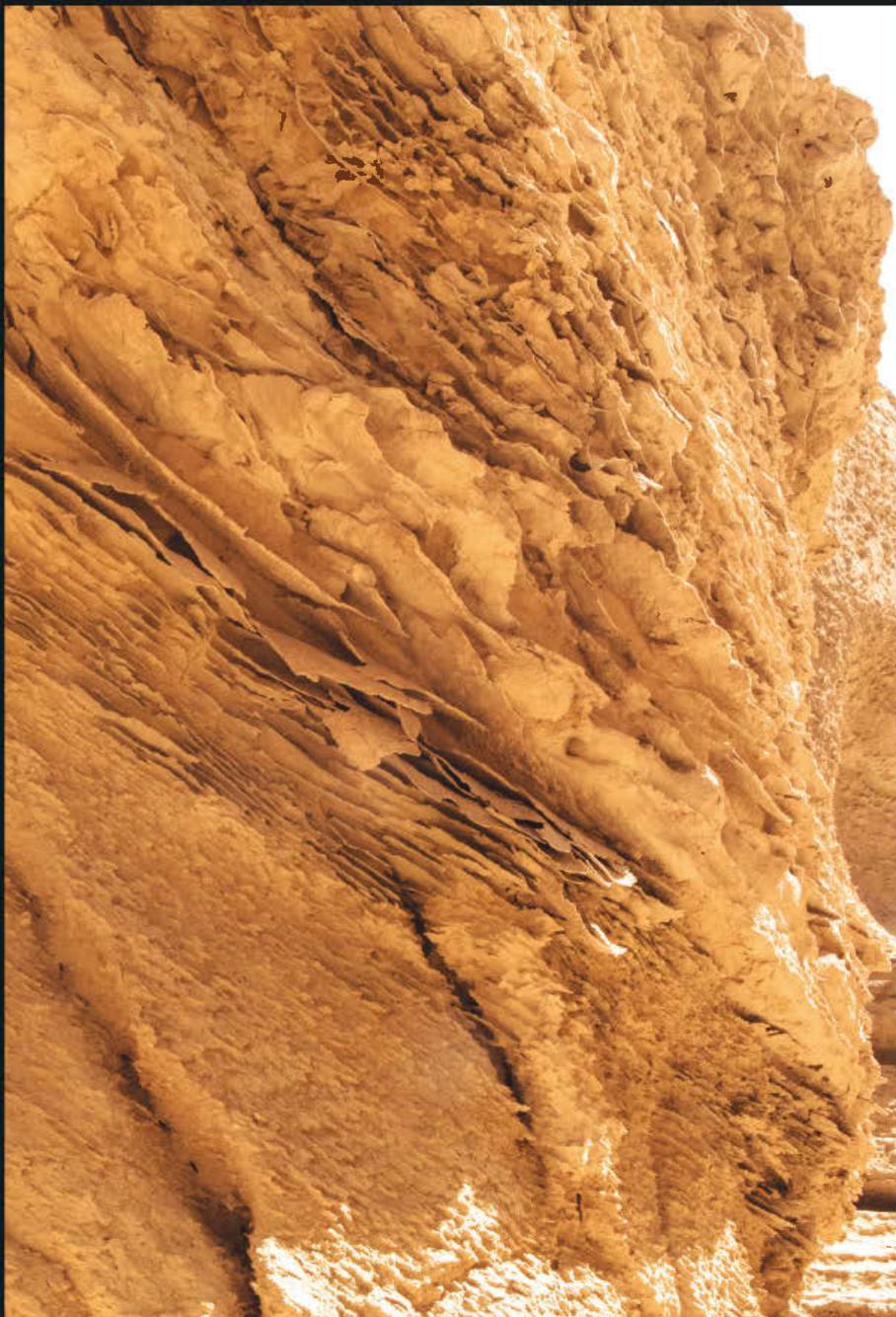
“El Cañón de los Perdidos” ($14^{\circ}45' 19''$ S $75^{\circ}30' 50.5''$ W), nombre dado por el turismo. Formado por la constante caída de agua, durante miles de años, de uno de los ríos “secos” de cuenca costera que nace en las primeras estribaciones entre las cuencas de los ríos Ica y Grande en la Pampa Gamonal, para unirse como afluente del Ica a 10 kilómetros antes de llegar al mar, en el distrito de Santiago.



En días de lluvias de verano aún tiene caudal y conserva agua en pequeñas pozas. El año 1965 el Dr. Raúl Sotil Galindo, estudioso de la región, observó un guanaco (*Lama guanicoe*) que se dirigía con dirección Oeste por el cauce, y siguiendo el rastro encontró el cañón (versión personal). Es la más temprana referencia que se tiene del sitio.



↑ Periódicas reservas de agua que dejan las avenidas del “río seco” en las pozas del cañón. Foto: 18 de octubre, 2015.
(Foto Luis Vigil Romero)



↑ Geología del cañón. Estratigrafía sedimentaria. Hace 66 millones de años, a inicios de la Era Cenozoica o Período Terciario, el tablazo iqueño era fondo marino, sin embargo, este tipo de estratigrafía (tipo láminas) es propia de formaciones lacustres... (¿?) (Foto Jaime Deza Santibáñez)

Este momento histórico está caracterizado por la pluviosidad sobre la vertiente del Pacífico peruano ecuatoriano que dio origen (según nuestras exploraciones desde Locumba en Tacna hasta el río Zarumilla, Tumbes), a 80 ríos de cuencas costeñas, sin contar innumerables quebradas colectoras, hoy secas, que se encuentran entre los 15 a 20 kilómetros del litoral, a 45 ríos cuyas cuencas se encuentran entre los 30 o más kilómetros del actual litoral y que en temporadas de lluvias intensas, cuando éstas descargan en las primeras estribaciones, vuelven a tener caudal durante unos días (Deza 2001, 2005). Finalmente los actuales ríos que dan vida a los valles costeños que conocemos.

Tales debieron ser las características generales, a consecuencia de los inicios del actual interglacial, estadio climático andino conocido también como Lauricocha I o Antacallanca (Cardich 2003:112), que por las evidencias y lógico proceso del retiro de los glaciares, hasta hace nueve mil años, hubo un clima templado – ártico en los Andes, ocasionando mayor caudal y cauces de ríos, a la vez que el aumento y elevación, como hemos dicho, del manto freático.

Por aquel entonces la temperatura oceánica, unos grados más alta, elevó el nivel del mar tres o cuatro metros por sobre el actual, invadiendo las partes más bajas de los valles costaneros y bloqueando el manto freático que se ubica detrás del cordón litoral, provocando la formación de pantanos, lagunas, albuferas y manglares.

Contrariamente hay quienes señalan que el litoral estaba retirado veinte kilómetros de la línea de playa actual (Chauchat 2006: 370), Meggard y Dillehay 2011) “debido a la retención de hielo en los casquetes polares y los inlandsis continentales como la Cordillera de los Andes”. Al respecto la costa norte, en especial, no se delimita homogéneamente, ya que se observan en amplios sectores, como Las Salinas de Chao, por ejemplo, playas fósiles de un retroceso marino desde hace seis mil años, lo mismo podemos decir de las huellas de manglares al sureste del macizo de Illescas en Sechura. Veinte kilómetros es suponer que todas las islas actuales estaban ocupadas por el Paijanense y los estudios demuestran que en ellas apenas si se registran huellas de cerámica utilitaria pero no éstos u otros restos paleolíticos.

A consecuencia del desplazamiento, ligadas al enfriamiento de las áreas parcialmente heladas en las latitudes medias y altas del Hemisferio Norte, así como del debilitamiento de las altas presiones que disminuyeron el vigor de los Alisios, las corrientes de aguas frías cerca de la costa fueron menores, y por consiguiente la llegada de las aguas calientes del norte

debieron producirse con más frecuencia, bajando más al sur de lo que episódicamente lo hace la corriente de El Niño.

Es probable que la costa peruana debió caracterizarse entonces por tener un clima soleado más considerable, por contrastes térmicos más acentuados, debido a una mayor sequedad del aire, unido a ello la desaparición de la capa de stratus que desempeñó el papel de un volante térmico, pero también por precipitaciones violentas aunque espaciadas.

Las condiciones del medio fueron diferentes a las actuales. Pero al igual que en el presente, se dieron diferencias regionales: la costa norte y central desde el punto de vista geomorfológico, baja, amplia, cuyos valles llegaban hasta el mar formando un delta, con extensos bosques intervalles y vegetación de lomas a medida que las primeras estribaciones cordilleranas se iban acercando al mar; además tenía lagunas por filtración y playas extensas y superficiales. La Costa Sur, alta y estrecha, llegando la cordillera casi hasta el litoral, naciendo los valles por lluvias andinas o deshielos.

En la sierra, los glaciares por debajo de los cuatro mil metros (Cardich 1980) permitían la formación de innumerables lagunas y lagos, y las correnteras deslizándose entre las quebradas facilitaron la formación de valles interandinos pequeños, en las faldas occidentales y centrales de la cordillera, como es el caso de gran parte del valle del Cusco, en especial donde se asienta la actual ciudad, que se afirma fue un lecho de lago de origen glaciar, denominado *Lago Morkill*, descubierto y descrito por la expedición científica de la Universidad de Yale en 1912. Lago que por acción geológica se desaguó al romperse su dique natural por la zona de Angostura. Este lago perteneció al Pleistoceno de la era Cuaternaria (10 000 años atrás) y en él se han encontrado fósiles de animales desde el Terciario, como de animales que han convivido con el hombre: mastodontes, gliptodontes, megaterios, equus, macrauchenias, lobos y otros, quedando como testimonio vivo el humedal Lucre - Huacarpay. (Museo de Historia Natural de la Universidad San Antonio Abad).

La selva, de menor pluviosidad, avanzó cubriendo con su vegetación los valles interandinos ubicados entre las cordilleras Oriental y Central, como es cada día más evidente.

Una idea del paisaje nos dan las observaciones realizadas durante los eventos de El Niño de 1983 y 1998, de los cuales podemos inferir que un ambiente similar debió corresponder, en este caso a la costa norte, y por consiguiente estos eventos fueron una variable importantísima en la formación del escenario Pleistocénico - Holeceno. Así tenemos, con el evento del año 1998 se registraron de tres ecozonas con características

de flora y fauna propias cada una, ecozonas transitorias que modificaron la costa posteriormente, dando paso al nacimiento de extensos bosques de algarrobos, que cubren en gran medida el desierto de Sechura:

a) El lago de Las Salinas, extendiéndose desde Mórrope hasta el estuario de Virrilá y la laguna Ramón en Sechura, formada con las descargas de los ríos Motupe o La Leche, Olmos, Cascajal, Piura y las pequeñas quebradas colectoras de Ñaupe, con una profundidad promedio de tres metros y un contenido aproximado de siete mil millones de metros cúbicos de agua dulce. Lago de gran riqueza ictiológica que en el año 1998 aprovecharon las poblaciones lugareñas para pescar mojarra (*Hornirum acquideus rivulatus*), lisas (*Mugil sp.*), lifes (*Trichomycterus punstulatum piurae*) especialmente, biomasa calculada en cien mil toneladas.

b) El piedemonte de Olmos, con una extensión aproximada de 100 000 hectáreas, rico en estratos arbustivos en la que el algarrobo (*Prosopis pallida*) es el principal biotipo, teniendo como biotipos secundarios a los chopes (*Criptocarpus pyriformis*), zapotes (*Caparis cordata*), bichayos (*Caparis ovalifolia*), overos (*Cordia rotundifolia*), espinos, faiques (*Acacia macracantha*, *Acacia tortuosa*), además de gramíneas y leguminosas forrajeras. Ecozona tradicionalmente ganadera con posibilidades de pastoreo en episodios post Niño para veinte mil unidades de vacunos durante tres o cuatro años.

Tomando como referencia los estudios realizados en el mes de abril del año 1998 se estima la siguiente biomasa forrajera:

Plantas por hectárea: Overo (121), Faique (111) y Algarrobo (98). (Deza 2001).

Estimándose una biomasa forrajera accesible de overo, faique y algarrobo (BFA kilogramos por hectárea) promedio de diez, siete y media y diez toneladas respectivamente.

c) Las pampas costaneras, que son notables desde Supe, y van ampliándose a medida que avanzamos al norte. Pampas con un piso forrajero intenso, en especial de la “cola de zorro” (*Aristida chilayense Ochoa*) y otras gramíneas apropiadas para la alimentación animal, con una proporción promedio de diez toneladas por hectárea.

Totalizando una franja que corre paralela al litoral y a las primeras estribaciones, se corta en el espacio de Olmos-Ñaupe, y aparece nuevamente cubriendo las pampas de Castilla y Chulucanas en Piura.

Esta gramínea se encuentra distribuida en una área aproximada de cien mil hectáreas y se puede aprovechar para la alimentación del ganado por su buen contenido nutricional, ser de su agrado en estado fresco y además ser una planta que rebrota al corte.

A las características ambientales descritas, debemos agregar el renacimiento de los siguientes “ríos secos”, cuyo caudal ocasionó grandes destrozos en las poblaciones, por construir viviendas en sus márgenes o colectores.

<i>Región</i>	<i>Cuencas de ríos secos</i>
Tumbes	Ríos secos y quebradas de Cancas Ríos secos y quebradas de Acapulco Ríos secos y quebradas de Plateritos Ríos secos y quebradas de Bocapán Ríos secos y quebradas de Punta Sal
Piura	Río seco de Máncora Río seco y quebradas de Pariñas - Siches Río Cascajal (Sechura) La Mina (Sechura) Las Quebradas de Chulliyachi Quebrada de Namuc (Illescas) Quebrada de Chorrillos (Illescas) Quebrada de Mogollón (Illescas) Quebrada del Muerto (Illescas) Quebrada Honda (Illescas)
Lambayeque	Río seco de Olmos Zona Chiquita Ñaupe Río Zaña y cauces desde sus cabeceras



La Libertad	Río Seco de Cerro Colorado
	Río Chamán
	Río Charcape
	Quebrada de la Hoyada (Guadalupe)
	Río Cupisnique
	Cerro Yugo
	Río Mocan
	Río Seco de Huanchaco
	Quebrada de León
	Alto de Salaverry
Quebrada de Tanguche	
<hr/>	
Ancash	Lacramarca (Santa)
	Río Culebras y Pampa de las Zorras (Casma)

↑ El "río seco" de Cascajal en el desierto de Sechura, con caudal durante el evento de El Niño. Foto: 19 de abril de 1998.



↑ El "río seco" de Olmos en Lambayeque, con caudal durante el evento de El Niño. Foto: 19 de abril de 1998.

Quebrada La Ramada - Río Seco (Nepeña)
 Río Jaupac, Río Capnan, Río Gramadal, Río Bermejo (Huarmejo)

Lima

Quebrada de la Rinconada (Pativilca)
 Quebrada Venado Muerto (Supe)
 Quebrada de Taita Laines (Supe)
 Cuencas secas del río Supe
 Quebrada de Huaycoloro (S.J. de Lurigancho)

Los desiertos de Paiján y Sechura, es decir todos los desiertos desde Lima hasta Ecuador se cubrieron de flora silvestre cuyas semillas conservaron su potencia vital.

Cuatro años más tarde, al centro del desierto, en el lugar conocido como Depresión Bayovar que tiene 37 metros bajo el nivel del mar y ocupa un

área de 187 km², renació un lago que en su momento de mayor extensión, en el mes de marzo (años 2003 a 2015), tiene un perfil lenticular que abarca en promedio un área de 24 km por 12 km (200 km² de espejo, considerando islotes y curvas por diferencias de altitudes en las márgenes) y en el mes de noviembre (años 2003 a 2015) de 10 km. de largo por 6 km de ancho, área en la que existe mayor profundidad de la depresión; lago que se ubica en las coordenadas: 05° 35' a 5° 47' Longitud Sur y 80° 34' a 80° 42' Latitud Oeste y a 4 m de altitud.

Nuestros estudios desde el mes de enero del año 2003 basados en un monitoreo mensual, hasta la actualidad (2015), indican que el lago ha permitido el desarrollo de una flora cuyo biotipo dominante es el algarrobo en una extensión de 800 km² con una densidad de hasta 3200 plantones por hectárea (Deza 2010).

El fondo de arena limpia y endurecida, con agua cristalina y dulce al paladar, permite la presencia de peces pequeños como la lisa (*Mugil cephalus*), carpa (*Cyprinus carpio*), monenque (*Dormitator latifrons*), robalo (*Centropomus sp.*), life (*Trichomycterus sp.*), guppy (*Poecilia reticulata*), almeja de agua dulce (*Anodonta anatina*), camarón de río (*Criphlops caementarius*) y langostino blanco (*Panaeus vannamei*).

La fauna exterior que se registra en las orillas está compuesta de: mayormente de parihuanas o flamencos (*Phoenicopterus chilensis*), garzas (*Ardea alba*), garcita blanca (*Egretta thula*), gaviota dominicana (*Larus dominicanus*), gaviota peruana (*Larus velcheri*), gaviota gris (*Larus cirraophalus*), piqueros (*Sula variegata*), pardelas (*Procellariidae sp.*), cleos (*Sterna sandwicensis*), cigüeña (*Mycteria amaricana*), cigüeña o perrito o niña (*Himantopus mexicanus*), halcón (*Falco peregrinus*), caracara (*Caracara cheriway*), gavilán bicolor (*Accipiter bicolor*), gavilán negro (*Buteogallus urubitinga*), águila (*Harpyhaliartus solitarius*), aguilucho (*Buteo polyosoma*), chilalos (*Furnarius cinnmomeus*, *Furnarius leucopus*), tordo (*Molothrus bonariensis*), putilla de pecho rojo (*Pyrocephalus rubinus*), golondrina tijereta (*Hirundo rustica*), tirano tropical o pepite (*Tyrannus melancholicus*), pelícano peruano (*Pelecanus thagus*), turtupilín (*Pyrocephalus rubino*), sarapito trinador (*Numenius Phareopus*), pato colorado (*Anas clypeata*), pato morado (*Netta erythrophthalma*), pato de pico blanco (*Fulica atra*), cormorán (*Phalacrocorax brasilianus*), gallareta andina (*Fulica ardesiaca*), zorros (*Psudalopex sechurae*), venado (*Odocoileus virginianus*), cabra salvaje “alzada” (*Capra hircus*), cañán azulejo (*Dicrodon guttulatatum*), capón común (*Microlophus occipitales*), lagartija (*Ameiva edracantha*), iguana (*Callopiastes flavipuntatus*), sapo cololo (*Bufo sp.*), culebras y aunque no hemos visto ejemplar alguno solamente sus huellas en

las orillas húmedas del lago, gatos de monte (*Lynx rufus* / *Oncifelis colocolo*).

Tenemos entonces un lago que contiene 200 millones de metros cúbicos de agua dulce apta para el riego (conservadoramente) a finales de verano y con 60 millones de metros cúbicos al mes de noviembre. Repesado de manera natural, significaría que es el lago más grande del Perú después del lago Titicaca.

El nacimiento de los algarrobos que cubren toda la extensión del bosque es un misterio. Se dice que el “Proyecto Algarrobo”, organizado en el año 1998 por el gobierno del Presidente Alberto Fujimori, arrojaba semillas desde un helicóptero, pero por la cantidad de plantones que nacieron en los últimos años (3200 por hectárea con dos años de vida) las razones son diferentes, si bien una parte de los algarrobos de mayor desarrollo serían los que primeros germinaron con este método de siembra.

Si tal ambiente es el resultado de unos días de lluvias, podemos deducir cómo sería en aquellos tiempos, con lluvias más frecuentes. El factor climático y los “eventos de El Niño” son variables recurrentes de intensas modificaciones ambientales en la región. Ambos deben tomarse en cuenta muy seriamente. La crónica de Antonio de Ulloa nos alerta sobre tal seriedad:

“En los años de 1726 llovió durante los cuarenta días continuos, con el orden diario de empezar a las 4 ó 5 de la tarde, y cesar a la misma hora de la mañana siguiente; pero de todo el resto del día estaba la atmósfera limpia y el cielo despejado...lo más notable para aquellos vecinos (se refiere a los pobladores de Paiján) que en todo este tiempo no sólo no variaran los vientos sures, sino que permaneciendo constantes, soplaran con toda fuerza, que levantaban del suelo la arena convertida en lodo...Dos años después se repetía la lluvia por espacio de 11 a 12 días; pero no con la fuerza de antes...”
(Antonio de Ulloa, 1740).

En síntesis, todo indica que hace diez mil años, el manto freático a consecuencia de las precipitaciones pluviales en la costa, con la desglaciación cuyas morrenas se encuentran a cuatro mil metros en las altas montañas, facilitaron el desarrollo de una flora que cubría casi la totalidad del territorio andino actual.

En este ambiente, los cazadores paleolíticos fueron desarrollando su cultura, considerada ésta como la expresión material de la adaptación a un medio humano y fisiográfico, permitiendo la supervivencia y el desarrollo de su sociedad.



↑ Actual lago de Sechura ubicado en la depresión Bayóvar, al centro del desierto.





Nuevo algarrobal que circunda el lago de Sechura.



Tal parece, las condiciones del ambiente se modificaron hace nueve mil años cuando en la costa se inició un proceso de desertización. Las lluvias se fueron haciendo cada vez más espaciadas y su límite de descarga avanzó hasta treinta kilómetros del litoral actual aproximadamente, los glaciares retrocedieron a los cinco mil o más metros de altitud, volviéndose las condiciones ambientales en la sierra más propicias para la vida de los hombres.

Los ríos de cuenca costeña se secaron, subsistiendo solamente aquellos cuyas nacientes se encuentran en las primeras estribaciones y los actuales. En las faldas y pampas altas subsistieron las lomas y su vegetación es la que caracteriza a estos milenios. El poblador aprovechó los frutos, granos, raíces y bulbos silvestres y recolectó su alimento en las orillas, fosas playeras, peñas del mar y *ccochas*. Prueba de ello son los miles de restos encontrados en las orillas y desembocaduras de los ríos secos en la costa, en los abrigos y en las pequeñas playas de las lagunas desaparecidas en la sierra.

El clima cambió, tal parece hace nueve mil años, dado que ya no se registran restos de cazadores en los ríos de cuenca costeña; para volver tres mil años más tarde a tener un periodo de lluvias y el renacimiento de los ríos secundarios o brazos costeros, a decir del registro de edificaciones a orillas de éstos, hace 6 mil años, pertenecientes a una economía autárquica de pescadores - recolectores - horticultores. Luego de un periodo de uno a dos mil años (tiempo no preciso), es decir hace cuatro mil años las condiciones ambientales de la costa nuevamente se modificaron, lo que explicaría el abandono de todos los edificios coetáneos, presentándose las actuales características.

Que estos cambios se dieron tal vez de manera acelerada o gradual, al respecto no existe discusión. Ello es un hecho evidente, observándose sí corrientes de opinión distintas acerca de la intensidad de los mismos. Hay quienes sugieren un régimen de lluvias en la costa, otros sólo de neblinas y afloramientos de mantos freáticos; para la sierra el aprovechamiento de las innumerables lagunas que se formaban por escorrentías de los glaciares y para el oriente un clima de sabana.

Lo característico es que con los cambios de las condiciones ambientales, extensas áreas quedaron abandonadas, por ser menos propicias para la subsistencia del hombre.

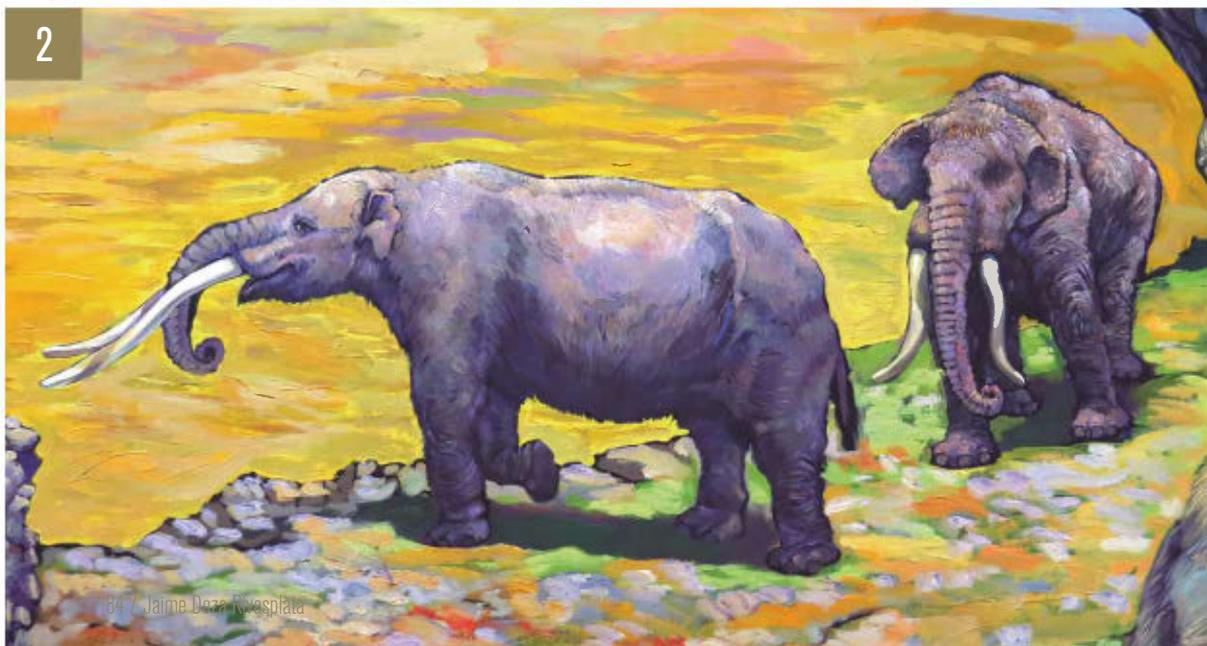
De todo lo dicho, son testigos, las morrenas descubiertas en los valles y mesetas altas, los fondos de las lagunas en las márgenes de los antiguos glaciares desaparecidos, los cauces de los ríos de cuenca costeña, los bosques y relictos en las quebradas ocultas de los desiertos o en las pampas abiertas de la costa, los relictos de flora de bosque húmedo tropical montano en

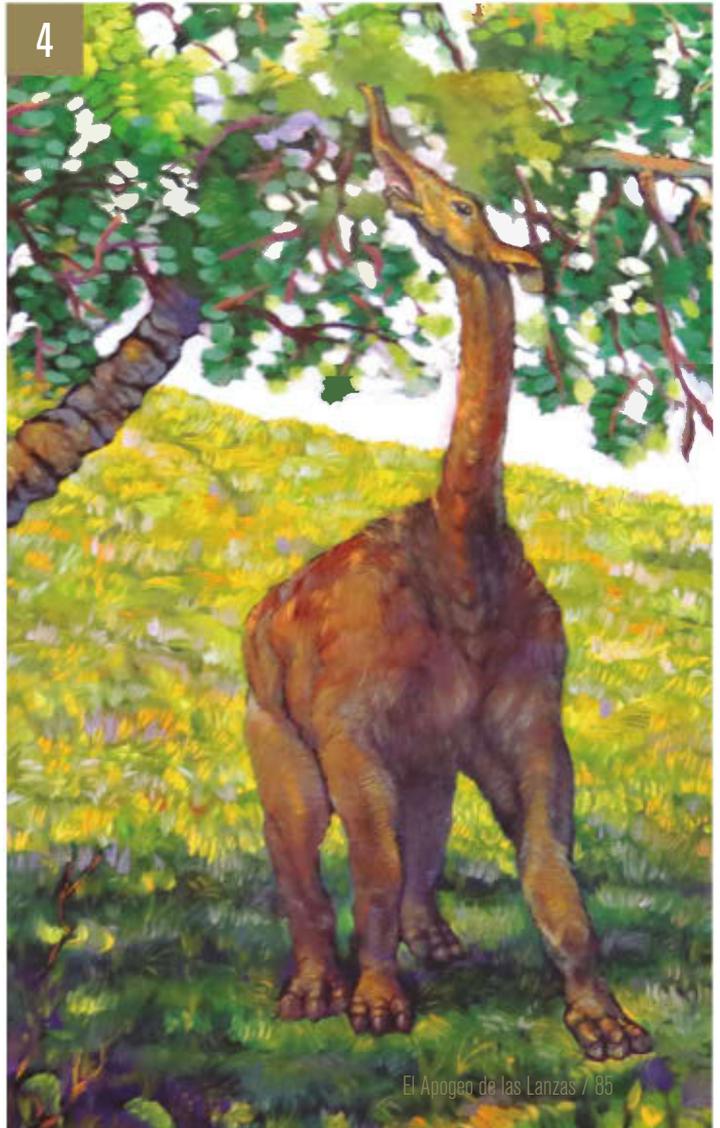
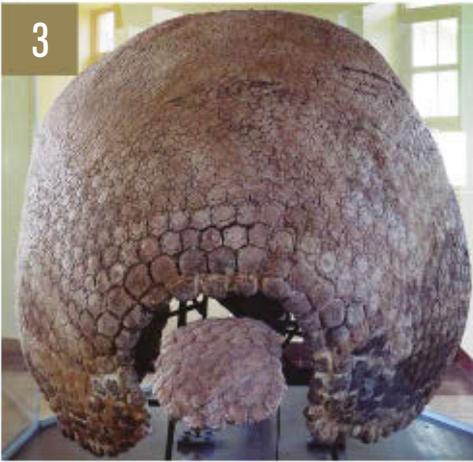
las cabeceras de algunos valles, los relictos con algunas especies de flora y fauna típicos de la región Rupa Rupa o selva alta como se observa en las cuencas de los ríos Zaña y Tumbes; y por si fuera poco, la estrecha asociación de todos estos lugares con artefactos y otras huellas del hombre que habitó en el lugar desde hace más de diez mil años.

A estos aportes geográficos y arqueológicos debemos sumar los inicios de las investigaciones de la Biología Marina en el país, cuyos datos a partir de los restos de moluscos y peces, nos hablan de movimientos de corrientes marinas como la de Humbolt y de El Niño o del desarrollo temporal de especies al serles propicios climas cálidos, húmedos o fríos que fueron alternándose. Aportes con los cuales se van definiendo y delimitando con mayor aproximación las características geomorfológicas y ambientales de los Andes históricos.

Si las condiciones ambientales fueron distintas a las actuales, debemos deducir que también lo fue la fauna que las poblaban; la que a su vez condicionó la organización, relaciones y conducta diaria de los miembros de la banda.

Si bien los estudios de paleofauna en la región aún son muy escasos y no existe suficiente evidencia directa de que los hombres la hayan aprovechado, podemos mencionar que habitaban en los Andes Centrales a finales del Pleistoceno: los cérvidos (*Fam Cervidae*); el caballo (*Equus andium*, *Parahipparion andinum*) mamífero ungulado indicador de suelos compactos y de pastizales xerófilos que pesaba en promedio 400 kilos (Cardich 1973, McNeish 1976:476, Deza 1991); el ciervo de puna (*Agalmaceros blicki*) (Wheeler, Pires Ferreira y Kaulicke 1976: 485 – 487); el megaterio (*Megatherium americanum*) aquellos perezosos herbívoros, que pesaban varias toneladas, medían cinco metros en promedio y vivieron en Los Andes desde el Plioceno hasta muy avanzado el Holoceno aproximadamente hace 10 000 años y que se han encontrado en Cusco, Junín, Paján; paleocamélidos (*Camelidae*: Guanaco, vicuña, llama, alpaca); mastodonte americano (Género *Mammuthus*) mamífero parecido al elefante que tenía el cuerpo cubierto de pelos, la mandíbula inferior corta y unos colmillos que alcanzaban hasta metro y medio en su mandíbula superior, se admite como probable extinción hace 10 000 a 8 000 años de la última especie *Mammuth americanum*; el gonfoterio (*Gomphotheriidae*, familia también de los Probosideos) es un mamut enano de 2 a 2,5 metros que se le ha descubierto en Chile, Uruguay, Colombia y en 2014 en Pitiquito, Sonora, México, rodeado de puntas Clovis; tigre dientes de sable (*Smilodon sp*); el puerco de aguas (*Neochoerus*) parecido al ronsoco de la amazonía; *scelidotherium*; gliptodonte o armadillo gigante (*Glyptodon clavipes owen*) de dos metros de largo, cuyos dientes carecían de raíces y de





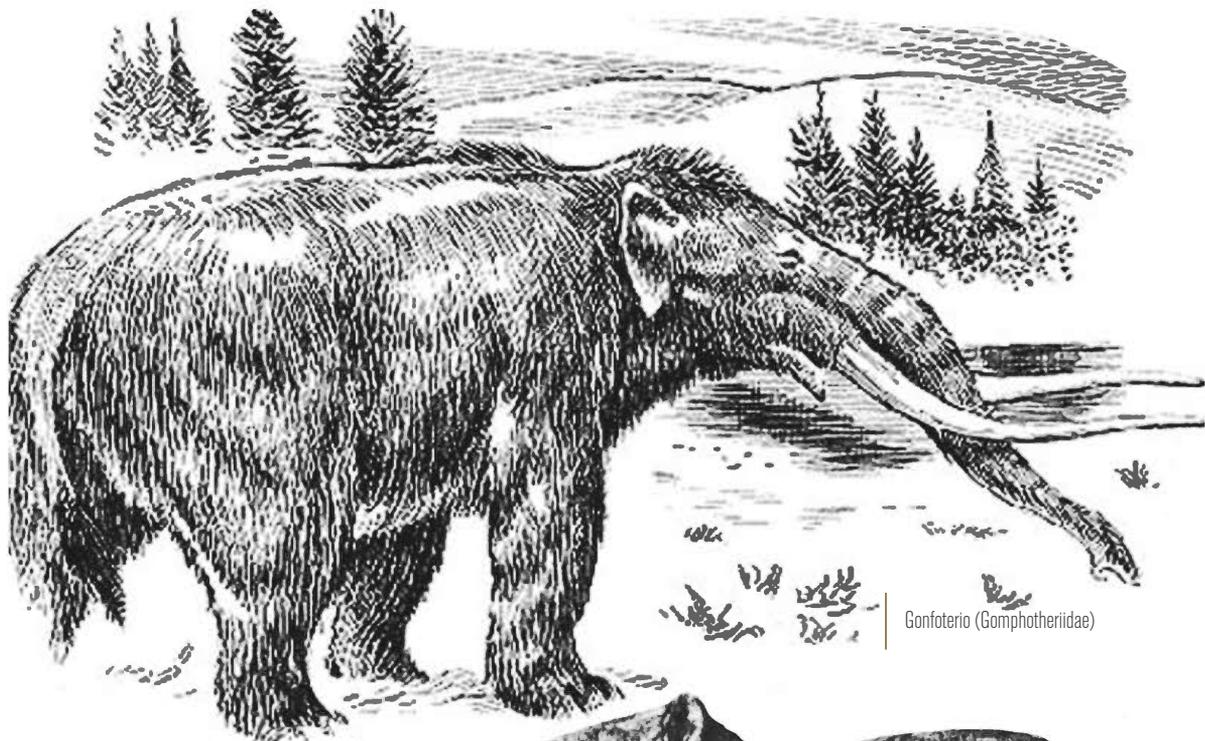
1. Megaterio (*Megatherium americanum*).
2. Mammut americanum
3. Gliptodonte o armadillo gigante (*Glyptodon clavipes owen*).
4. *Macrauchenia patachonica*,
Macrauchenia boliviensis,
Macrauchenia ullomensis.

Láminas: Museo de Historia Natural, UNSAAC (Cusco).

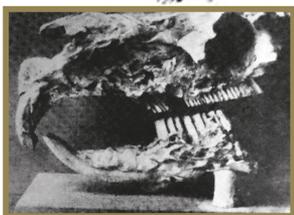


Caballo (*Equus andium*, *Parahipparion andinum*)

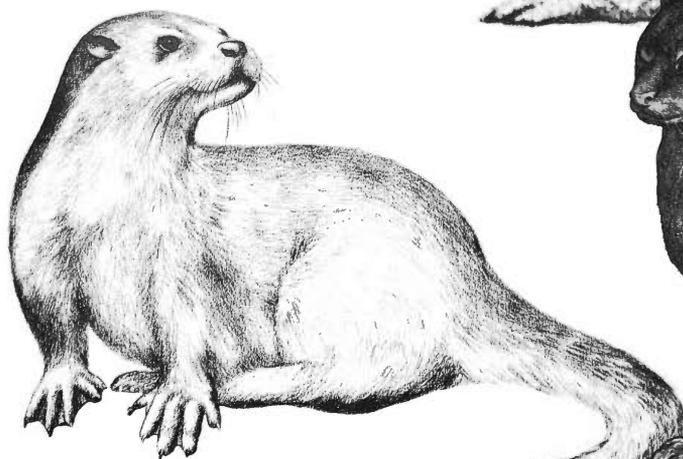
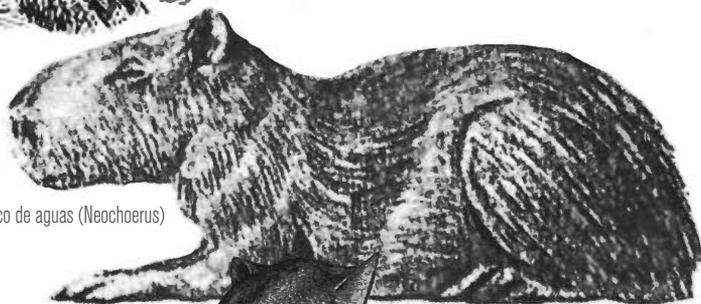
Tigre dientes de sable (*Smilodon* sp)



Gonfoterio (Gomphotheriidae)



Puerco de aguas (Neochoceros)

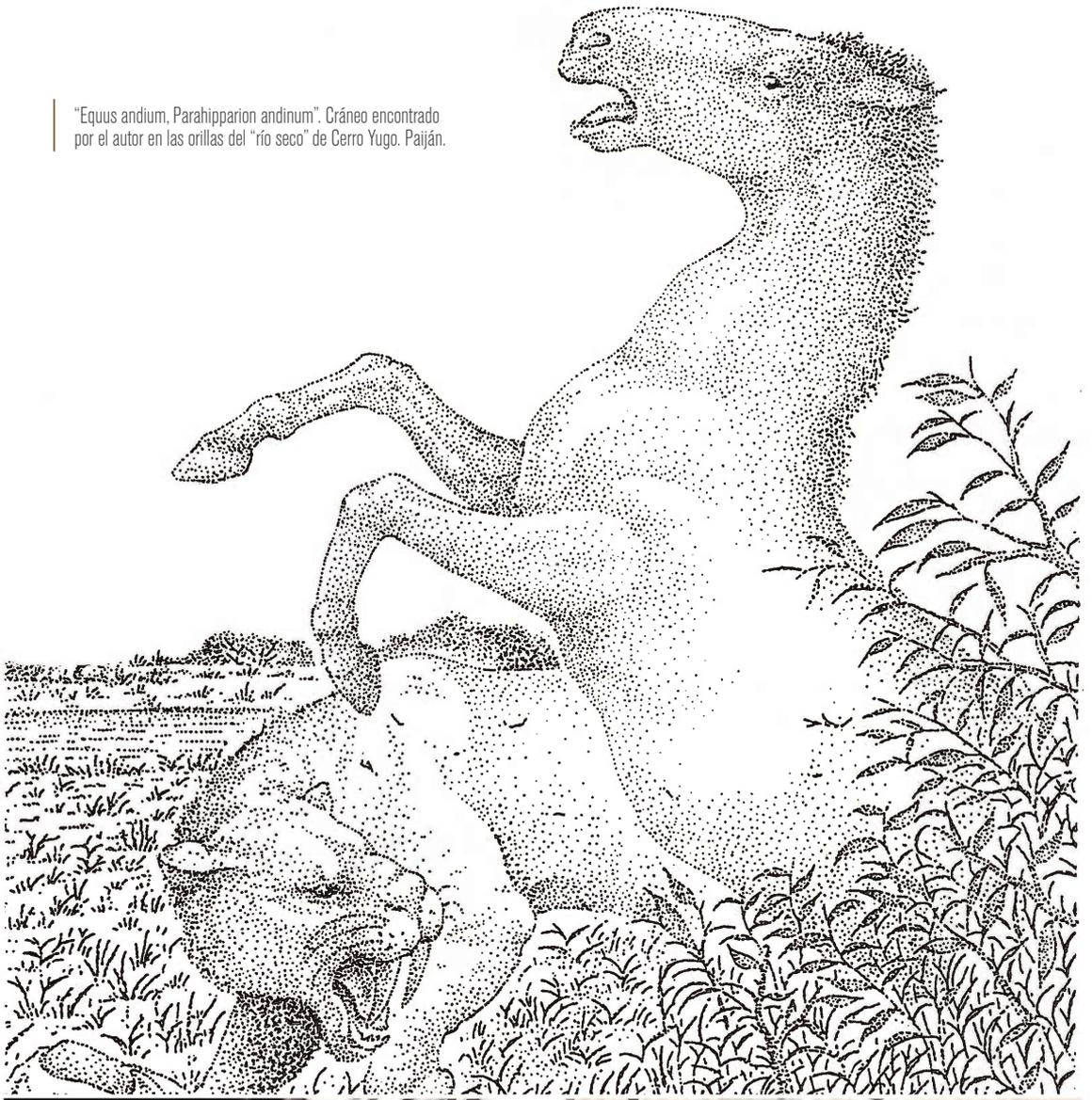


"Anzumito", nutria (*Lutra felina*)
DIBUJO: A. LÓPEZ



"Juagarundi" (*Felis yagouarundi*)
/ ¿Mayupuma?
DIBUJO: V. VÁSQUEZ

"Equus andium, Parahipparion andinum". Cráneo encontrado por el autor en las orillas del "río seco" de Cerro Yugo, Paján.

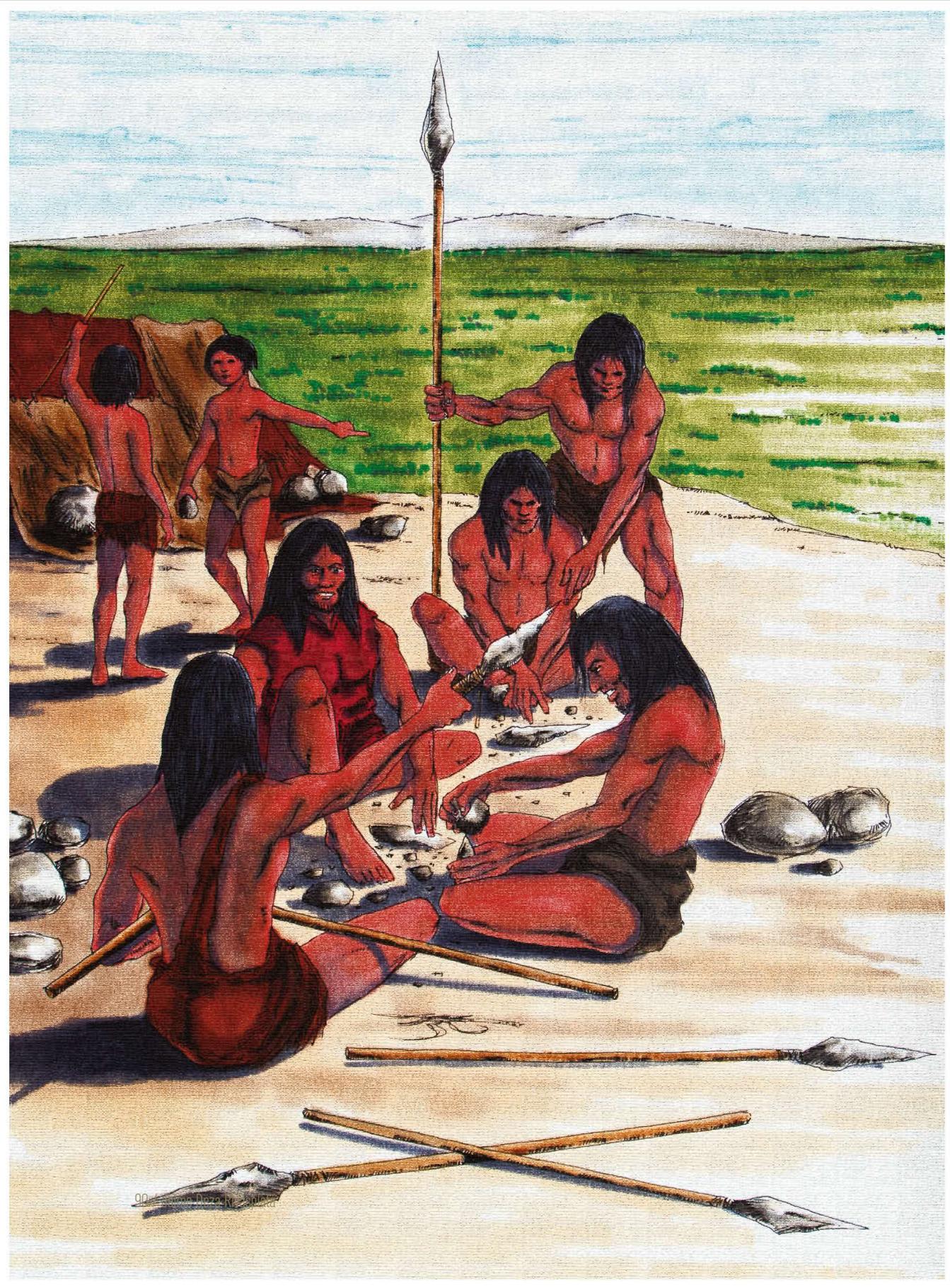


esmalte y eran de crecimiento continuo, herbívoros de patas muy robustas con una caparazón formada por capas óseas tetra, penta y hexagonales unidas entre sí por una sutura, se les ha encontrado en Argentina, Bolivia, Brasil, Perú (Cusco, Puno, Paján) y Uruguay, se piensa que el caparazón fue usado como refugio por el cazador; el *Macrauchenia*, género autóctono de América del Sur que ocupó las zonas de llanura pampeana, preandina y andina prehistórica, fue un mamífero placentario de aspecto parecido a los camélidos, pero no lo son, tenían una trompa corta, como la que hoy tienen los tapires, cuyo labio prensil le servía como herramienta de uso general, su género cuenta con varias especies (*Macrauchenia patachonica*, *Macrauchenia boliviensis*, *Macrauchenia ullomensis*), se alimentaba de vegetación arbustiva, alcanzaba los dos metros de altura, tres de largo y tonelada y media de peso. el contacto con los hombres contribuiría a su extinción hace 8 500 años por su escasa velocidad de desplazamiento; tarucas (*Hippocamelus antisensis*), osos (*Ursus Sp*), entre los mamíferos más grandes; especies que subsistirían al momento de la llegada del hombre a la región, el cual debe haber contribuido a su exterminio.

Además una diversidad de especies de menos tamaño que aún subsisten como el chuñi o “corzuela enana” o “venado enano”, aves, roedores como la vizcacha (*Lagidium peruanum*), chinchilla (*Chinchilla brevicaudata*) y el cuy (*Cavia porcellus*); reptiles como la boa (*Boa constrictor sp*), zajino (*Tayassu tajacu*), saurios: lagartija (*Dicrodom holmbergi*), iguanas (*Iguanidae*), cañanes (*Dicrodon gutulatum*), zorros (*Lycalopex sechurae*), batracios como la rana gigante que habita en los lagos (*Batrachophrynus sp.*) de las regiones de Junín y Pasco; “el anzumito”, nutria (*Lutra felina*); y el “jaguarundi” (*Felis yagouaroundi*) felino mediano de cuerpo robusto y gran trepador, estos últimos se registran en los pueblos prehispánicos del norte peruano y hay quienes afirman haberlos visto en la actualidad. Especies de las cuales el hombre se aprovechó desarrollando técnicas de entrapamiento y caza apropiadas.

En este medio el hombre desarrolló su economía que, como hemos dicho, se sustentaba en las técnicas de caza ya individual o grupal, y también en la recolección de bulbos y frutos, de crustáceos, moluscos y peces que eran varados en las playas (a consecuencia de cambios de temperatura o de ingresos de cardúmenes nocivos), entre los que se registran la pintadilla (*Cheilodactylus sp.*), lisa (*Mugil sp.*), mojarrilla (*Stellifer minor*), cachema (*Cynoscion sp.*), tollo (*Mustelus mento*), suco (*Paralonchurus peruanus*), corvinas (*Sciaena sp*), entre otros.

En este medio natural el hombre estaba limitado a lo que podía cazar y recolectar, por una biomasa bien distribuida en el territorio al que llegaba.



Segunda Parte

Los instrumentos de producción

La cultura paleolítica, tal vez como ninguna otra, fue un todo orgánico con el medio natural, silvestre, siendo imposible aislar legítimamente un componente cultural e interpretarlo; peor aún clasificarlo, hacer una abstracción y compararlo con algo formalmente similar de otras regiones. En esta época los artefactos que el hombre elaboró se explican por su función, ya que ellos se elaboran para satisfacer una necesidad humana y éstas son ilimitadas. La única ventaja de los criterios tecnológicos de clasificación, es que son más fáciles de reconocer en el registro arqueológico.

La historia andina aún presenta un cuadro complejo. Los estudios son escasos, sin embargo a raíz de las evidencias arqueológicas podemos tentar una tipología de los instrumentos y técnicas que se desarrollaron en las diversas regiones. Instrumentos de caza y derivados, que nos indican adaptaciones e invenciones de los pueblos en respuesta a las características de los diversos ambientes que los hospedaron. Es el tipo de armas u otros implementos, un indicador que nos declara la variedad de animales a los que debían cazar para sustentarse o de los que debían defenderse, influyendo esta contradicción en el desarrollo de la cultura pero ¿hasta qué grado?

Para el estudio y comprensión de tal problema: conocer el conjunto de condiciones materiales de la producción, las relaciones establecidas por el primitivo nómada, su evolución y cambio, saltan en primer plano los restos líticos y sus asociaciones. Hojas de lanzas o dardos y otros artefactos líticos que parecen caracterizar regiones. Instrumentos que nos hablan de una cacería variada y de modos de apropiación o caza diversos.

La tipología, más que una evolución unilineal, se ha desarrollado en base a las especies a cazar, las mismas que exigían habilidades y técnicas de ataque y defensa distintas (como se observa en los actuales grupos de la selva amazónica). Así notamos que se registran diversos tipos de puntas de lanza e instrumentos cortantes en un mismo sitio paleolítico. “Modelos” coetáneos que nacen en razón de una función. Tipos que son estadios de síntesis y que se encuentran asociados a variedades de un

mismo instrumento en su relación a la vulnerabilidad del animal, técnica de caza y material del artefacto.

Estudios efectuados sobre la industria de navajas, guijarros y bifaces en los Andes son escasos; sin embargo con respecto a la industria de puntas, ya podemos señalar grandes diferencias, registrándose dos grandes tradiciones: la de instrumentos que derivan de un núcleo de talla, y la de instrumentos tallados en laminillas o lascas.

En el primer caso, sus creadores escogían el guijarro o bloque de piedra para que gracias a la percusión o golpe duro, y el retoque muy delicado con pequeños golpes a presión o con un compresor muy agudo de asta de cérvido, perfilar el instrumento que necesitaban. En el segundo caso, no parecen haberse preocupado mucho por la forma que asumía el trozo o núcleo primario, les interesaba fundamentalmente las laminillas separadas, sobre las que iniciarían la talla de sus instrumentos, trabajo que producía esquirlas muy finas de pocos milímetros de tamaño.

La primera tradición se registra particularmente en la costa central y norte del Perú y la segunda en el centro y sur de los Andes, planteando serias interrogantes: ¿Por qué las puntas más comunes en la costa norte alcanzan los doce a veinte centímetros de largo y en la sierra central y sur cinco o menos centímetros? ¿Qué causas obligaron a estas diferencias? ¿Por qué no existen semejanzas, si ambas tradiciones provienen de una economía similar y son coetáneas?

Tal vez una primera respuesta nos la pueda explicar el hecho de que existieron concentraciones regionales de faunas que condicionaron técnicas de cacería diferentes. La caza de grandes herbívoros y carnívoros, llevada a cabo, no sólo requería la cooperación de un número más grande de miembros que la familia natural; sino también instrumentos grandes de caza, con capacidad de penetrar y herir mortalmente al animal. Contrariamente la caza de animales pequeños, lo mismo que para la caza con trampas, requería la habilidad casi individual del cazador. De ahí que estas tipologías están asociadas al animal y a las técnicas de cazar de las bandas, y por lo tanto a la organización y distribución del producto entre los miembros cooperantes; o para ser más precisos, a los conceptos y valores de pertenencia a la unidad de producción o grupo, que trascendió la mera sumatoria de sus miembros.

Para señalar la presencia humana en los Andes Centrales, nos atenemos al criterio del hallazgo de restos de piedra tallada artificialmente, ya que es casi el único resto que ha perdurado; pero ello no niega que el hombre pudo aprovechar maderas duras, huesos u otros elementos como instrumentos para su actividad cotidiana.

Las piedras seleccionadas con mayor frecuencia se escogieron teniendo en cuenta dos cualidades: dureza y fragilidad. Según la dureza, se dividen en tres grupos: blandas, semiblandas y duras. Las primeras (yeso, esteatita) se rayan con la uña, las segundas (caliza, serpentina, riolita, pizarra, basalto) se rayan con un cuchillo, y las terceras comprenden las rocas que no pueden ser rayadas con el acero (cuarzo, sílice, ópalo, jaspe y en sus diversas modalidades la obsidiana). Por su dureza también se pueden señalar regiones, material que se utilizó según las posibilidades locales, así las rocas semiblandas (riolita) caracterizan a la región costeña, contrariamente los cristales a los grupos sur andinos.

Considerando de manera independiente de la cronología, tradición y naturaleza técnica de los testimonios, aplicable al conjunto de artefactos que se tallaron en los Andes, sin intentar dar una visión analítica de la morfología, que no es el objetivo del presente, las técnicas más frecuentes con que los pobladores elaboraron sus instrumentos fueron:

Percusión, operación que consiste en golpear con una roca más dura o madero duro (percutor) al extremo de un núcleo (plano de percusión) con el cual se fracturan láminas alargadas y estrechas semejantes a un cuchillo, y lascas anchas, ovales o triangulares. Lascas que pueden ser empleadas para elaborar instrumentos o consideradas como material de desecho.

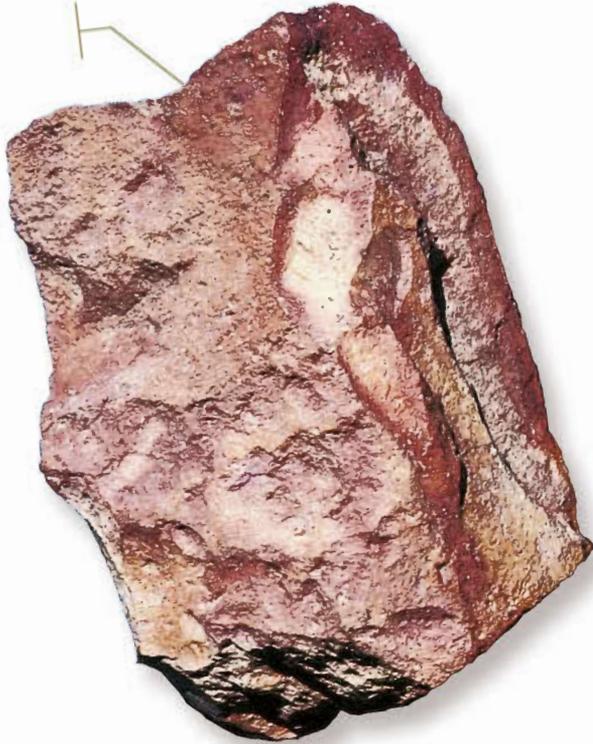
Presión, son golpes suaves en los extremos del artefacto con una piedra adecuada, madera dura, o con un pedazo de hueso o asta de venado actuando de compresor, que tienen como objetivo regularizar, modificar o afirmar los bordes cortantes del instrumento en preparación, arrancando pequeñas esquirlas cuyas huellas sobre la pieza se denominan retoques.

Frotación, técnica de raspado de superficies recurriendo a la arena húmeda como abrasivo.

Proceso del Tallado, partiendo del tipo de roca (núcleo) el procedimiento normal para fabricar un instrumento se inicia con el tallado por percusión, luego el interesado va dándole la forma adecuada arrancándole lascas y láminas o esquirlas que constituyen el desecho de talla, en este caso se trata de un instrumento de núcleo. En otros, por el contrario, las lascas o láminas que se separan representan el futuro artefacto que se desea elaborar. En este caso se trata de instrumentos de láminas o lascas.

El bloque natural, materia prima, se denomina **módulo** o **núcleo** y para arrancarle las lascas se le golpea con otra piedra redondeada que cumple la función de martillo a la que se denomina **percutor**. Este procedimiento se realiza directamente en las manos del artesano o apoyando el núcleo

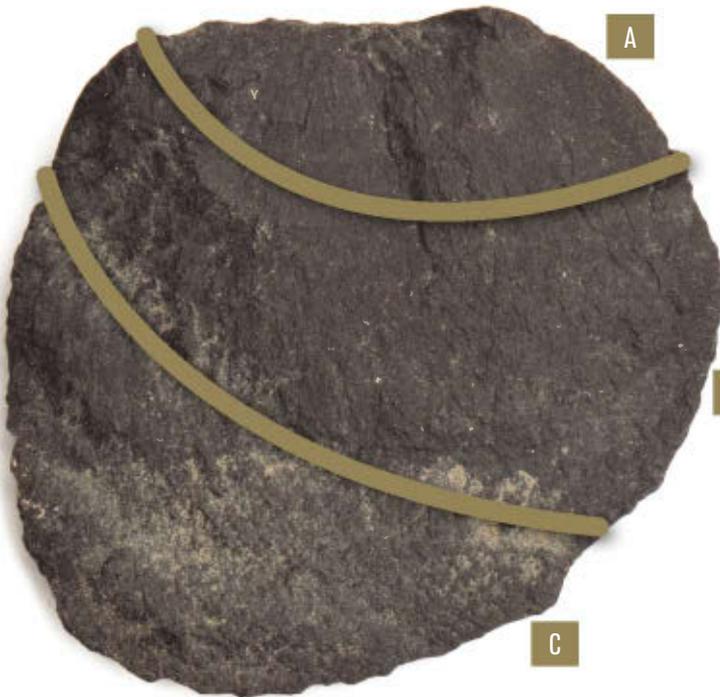
Núcleo de punta



Percutor



Chopper



A. Punto de choque o percusión, que forma un ángulo variable con la superficie del núcleo de unos 45 grados y que se diferencia de la fractura natural por tener ésta un ángulo muy obtuso.

B. Bulbo de percusión, que se encuentra en relieve sobre la lasca y se produce en el punto de choque.

C. Superficie de fractura, que es la prolongación del bulbo u honda de choque.



Butil

Hendidor



Cuchillo



Navaja

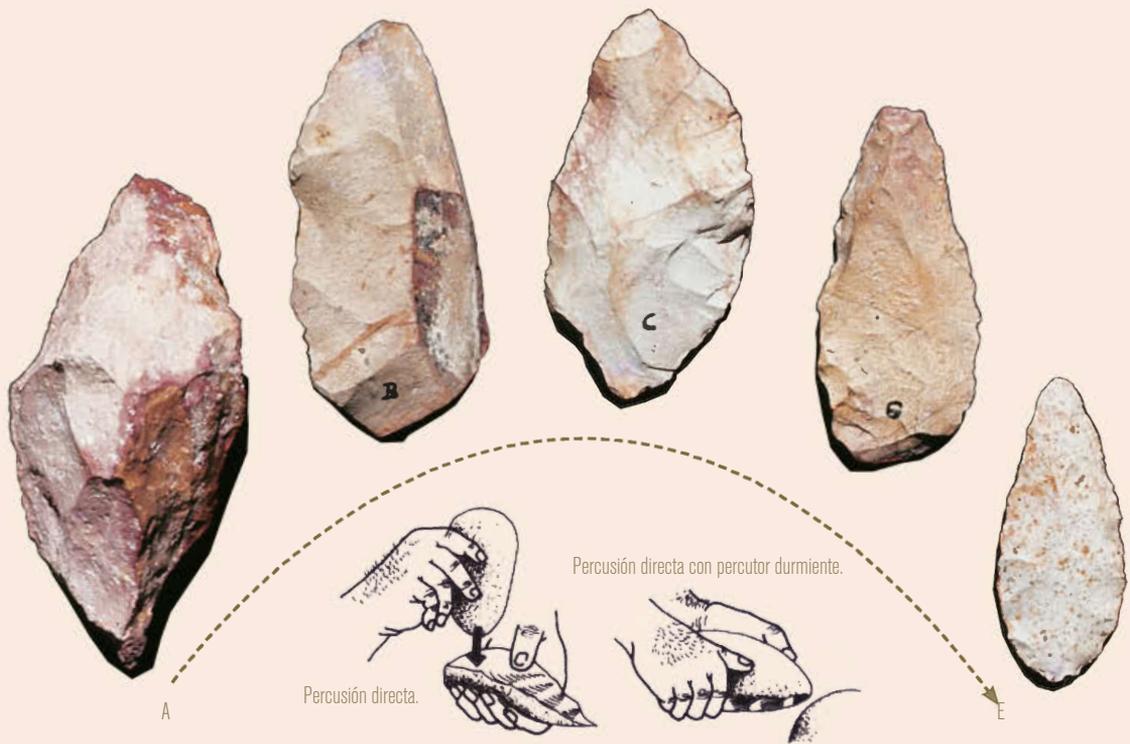


Navaja



Navaja de obsidiana,
hallada por el autor
en las laderas del
volcán Iñaló, área
de El Inga, Quito.
↓ Ecuador 2013.





sobre un bloque mayor, en el suelo, que sirve de **yunque**, también se puede sacar lascas utilizando una piedra, hueso o asta de venado, a modo de punzón entre el percutor y el núcleo.

Finalmente, para regularizar el instrumento en preparación o afirmar los bordes cortantes, se arrancan pequeñas esquirlas retocando a **presión** las orillas.

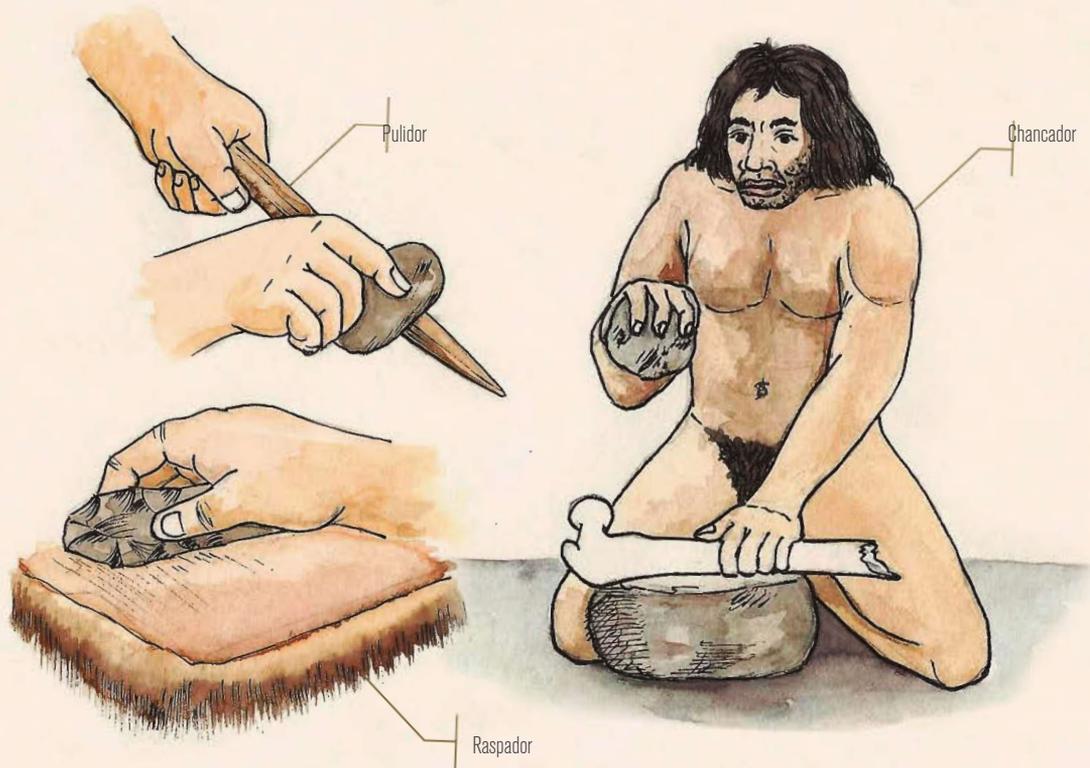
La pieza definitiva se obtiene mediante los retoques, dándole forma adecuada ya a los bordes, al dorso o a una o ambas caras de la pieza, mediante una serie de lascados pequeños cada vez más finos, o por frotación en los extremos.

Artefactos Elaborados

Entre los principales y más frecuentes artefactos en los Andes Centrales tenemos:

Bifaces, instrumentos trabajados en ambas caras, en la mayoría de los casos resultan de la acción sobre el núcleo, dejando como residuos inútiles a sus lascas.

↑ Proceso de talla a percusión para un biface.



↑
Usos de
material lítico.

Se denominan también bifaces a láminas más delgadas de forma generalmente ovalada, con bordes muy a menudo disimétricos en su contorno o por la naturaleza de su retoque. Los bordes son normalmente convexos.

Chopper, es un instrumento tallado sobre un canto rodado o guijarro, cuyo filo se ha obtenido por unas extracciones unifaciales, para ser usado como cuchilla. Cuando las extracciones son bifaciales se les denomina chopping tool (útil cuchilla).

Hendidor, es una gran lasca sobre la cual un bisel preexistente a su obtención constituye la parte cortante. La preparación de los bordes se ha logrado por golpes suaves o de retoque para facilitar la sujeción durante su empleo.

Raederas, son instrumentos cortantes de gran variedad de detalles debido a la naturaleza de la lasca inicial y a los reavivados sucesivos. El grosor y el retoque crean generalmente una zona envolvente de la base de uno de los lados.

Raspadores, o cepillos de diferentes tamaños con un borde funcional.

Es uno de los instrumentos cuya forma se halla más estrechamente sometida a la función, que es la de raspar materiales óseos o leñosos.

Cuchillas, se denominan también navajas, despellejadores, según su tamaño, conforme al cual se deduce la función principal. Básicamente podemos señalar a las de filo natural que son lascas iniciales (de canto rodado: forma lenticular), lascas de desbastado, y las de filo reavivado por presión, que puede ser en una o en ambas caras.

Buriles, caracterizados por la existencia de un filo estrecho que se ha obtenido por la extracción de una hoja llamada de golpe de buril, son de diversos tamaños. Se utilizaron como punzón para perforar o para rayar.

Puntas, son las hojas de piedra que van sujetas al mango o vara con la que constituye la lanza. Son de una variedad de formas cuyas dimensiones deben estar relacionadas al tipo animal, técnicas de caza, material empleado y función del arma.

Existen diversas clasificaciones que responden a un deseo de describir formas completas, comparadas a hojas vegetales o a figuras geométricas o de hacer todas las variantes de un conjunto local.

La clasificación generalmente se hace tomando en cuenta las características del extremo distal (parte superior de la punta), el cuerpo y la base o talón el cual puede terminar en forma semicircular, “cola de pescado”, o con pedúnculo.

Las formas determinantes son las puntas foliáceas; las triangulares de extremo distal agudo, con base o talón semicircular, pedunculadas y escotadas; y las romboidales con barbas en el tercio inferior, de caras talladas a presión y de bordes ligeramente acerrados.

Piedras para honda, piedras ovoides, naturales, recogidas por su forma, de superficies lizas y tienen dimensiones comunes: 60 mm de largo por 45 mm de diámetro.

Lascas, la preparación del núcleo produce lascas cuyas características varían según el proceso de la talla. En la cantera el proceso de elaboración deja restos grandes y toscos; en los talleres y campamentos los restos son más elaborados, unas veces son simples desechos que atestiguan las fases de la talla (lascas de desechos, terminales), otras veces la base para la obtención de artefactos determinados.

Se identifica a la lasca diferenciándola de aquellos restos de fractura natural, porque éstas tienen las siguientes características:

- a) Una zona sobre la cual se aplica el golpe, denominado **punto de choque o percusión**, que forma un ángulo variable con la superficie del núcleo de unos 45 grados y

que se diferencia de la fractura natural por tener éstas un ángulo muy obtuso.

b) El **bulbo de percusión**, que se encuentra en relieve sobre la lasca y se produce en el punto de choque.

c) Al bulbo le sigue el plano o **superficie de fractura** que es la prolongación del bulbo u honda de choque.

Si bien estos modelos sólo son los más representativos; son básicos para definir una tradición de talla, que lamentablemente aún no hemos abarcado en los Andes Centrales, no por falta de optimismo sino por que se requiere un prolongado estudio de sitios con una alta frecuencia de material, lo que está condicionando la participación de equipos numerosos para el análisis de cada una de las piezas.

No podemos aseverar cual es el tipo de lascas o de instrumentos más frecuentes, aunque sí de manera general podemos señalar que el trabajo de talla a percusión es el más antiguo en los Andes, luego es más frecuente el retoque o el hallazgo de restos con talla a presión; para nuevamente, tres mil años después, ser preponderante el simple tallado a percusión asociado al trabajo de frotación en la elaboración de metates y morteros.

Cronológica y culturalmente podemos ubicar esta secuencia propuesta como sigue:

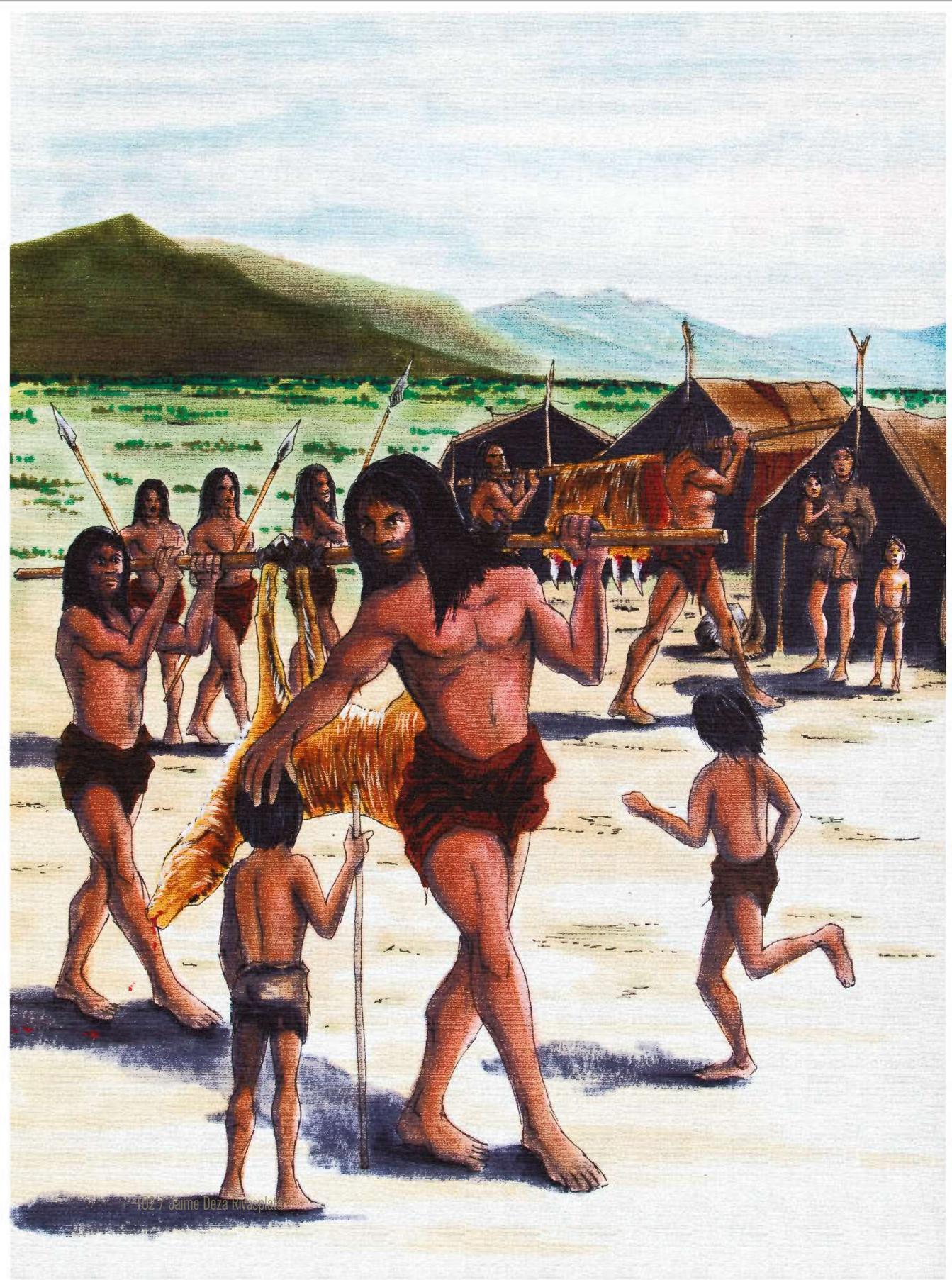
a) Cazadores con trampas y recolectores, Paleolítico Medio Andino (? 12 000 años a más (trabajo de percusión).

b) Cazadores con dardos y recolectores, Paleolítico Superior Andino, 9 000 a 12 000 años (trabajo de percusión, presión y frotación).

c) Recolectores-Pescadores-Cazadores-Experimentadores, 8 000 años a menos (trabajo de percusión y frotación).

En las lascas para cuchillas es muy clara la secuencia de las técnicas planteadas. Así, las navajas con retoques se encuentran durante el Paleolítico Superior, luego surgen (¿vuelven?) las lascas simples especialmente las navajas discoidales o lenticulares desprendidas por un golpe, las mismas que son utilizadas hasta en la actualidad.

De manera que podemos comentar que en los Andes Centrales las piezas líticas mejor trabajadas, más perfectas y hermosas, son las más antiguas; contrariamente las burdas, simples, primarias, son más recientes, a excepción de aquellas que podrían ser anteriores a los 12,000 años o pertenecer a la aún dudosa huella de los hombres del paleolítico medio andino.



Tercera Parte

La fuerza de trabajo. Los cazadores.

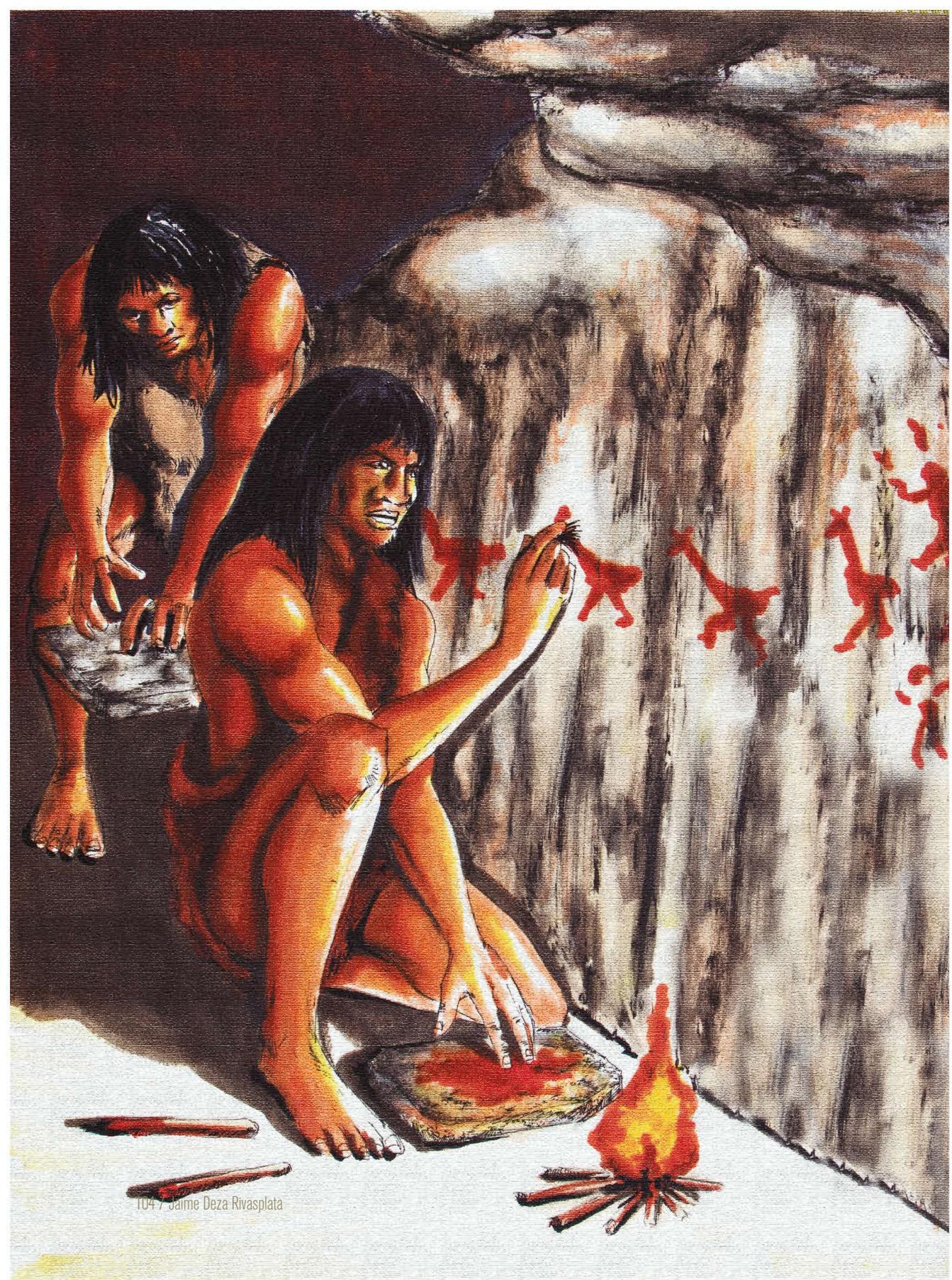
Del lento y gradual desarrollo de técnicas de caza por entrapamiento, observación del medio, recolección, fabricación de artefactos, conservación y aprovechamiento de pieles, obtención del fuego, visión del mundo, mitos y leyendas que explicarían la vida, organización de la familia y de la banda; es decir de las escenas cotidianas como los dolicocefalos fueron respondiendo a las implicancias de su medio, para el usufructo de éstos y su supervivencia, tenemos escasa información. ¿Cómo eran estos hombres? ¿De dónde provenían? ¿Cuál era su camino? ¿Cómo era su vida cotidiana? ¿Tienen un mensaje para nuestra actual existencia? He aquí grandes interrogantes que deben ser respondidas para abordar esta formación social.

Debemos recurrir, no sin temor, a la Antropología para entender esas formas de vida, observando los comportamientos de *pueblos primitivos actuales*, que aún conservan una formación económica social casi similar; sin que por ello necesariamente declaremos un determinismo que diría: *a similiar desarrollo económico corresponde una similiar conducta social*.

Por aquellos años encontramos a los Andes ocupados en su totalidad. La inquieta visión del hombre lo motivó a explorar las llanuras costeñas, los valles interandinos, las punas y mesetas y los caminos ribereños de la amazonía. De éstos tomaron posesión y en ellos fueron desarrollando su cultura, la misma que presenta diferencias regionales manifiestas en sus instrumentos de caza y parafernalia.

Son estos instrumentos líticos, especialmente las puntas de lanza, los que de manera sincrética representan a los hombres que ocuparon bastas regiones; pues éstas son no sólo artefactos utilitarios sino síntesis y proyección, producto de una experiencia acumulada, manifiesta en las técnicas de tallar y morfología de las industrias, tipo de piedra escogida, especies y técnicas de caza, conceptualización del arte y organización social. Restos que no sólo tienen un valor en sí mismos, si no que a pesar de su aparente simplicidad reflejan los alcances sociales del hombre andino de hace diez mil años.

No obstante, hay que señalar que la industria lítica es un elemento cultural más, su importancia se explica por que casi todos los sitios





arqueológicos han conservado preferentemente estos testimonios; pero ello no es suficiente. Lo que caracteriza a esta formación social, es el desarrollo de las relaciones internas de sus miembros dentro del hábitat y tomando parte de éste el desarrollo de sus instrumentos, la interpretación del medio ambiente inmersa en el contexto de una religión animista, la visión del arte, la relación objeto con sonido (lenguaje), además del empleo de maderas duras, colorantes y huesos. Sin embargo sólo disponemos del testimonio pobre y ambiguo de las industrias líticas; industrias que nos pueden explicar cómo la especialización en el trabajo por habilidades, edad y sexo, el conocimiento del territorio por los miembros de la banda, la necesidad de una segura obtención de proteínas disponibles, la aguda observación de las costumbres de los animales y la experiencia acumulada con la práctica de nuevas y variadas técnicas, condicionaron el desarrollo de una *economía de apropiación social* donde la banda es a su vez la unidad de consumo y en ella se logra la reproducción de todas las experiencias de manera directa.

El estudio de las “sociedades primitivas contemporáneas” nos habla al respecto, y muestra como cada individuo debe ser capaz de fabricar por sí mismo los utensilios absolutamente necesarios; formando pequeñas comunidades, desvinculadas unas de otras, en que cada una no sólo se abastecía con todo lo necesario, sino que tenía normas propias y sistema de organización que permitía la participación de sus miembros y la relación animista de éstos con el mundo circundante. Propiedad comunal y trabajo colectivo que se hallaban condicionados por el escaso desarrollo de sus agentes productivos; sin embargo, la superioridad de ciertos talladores es una actitud bien conocida: son denominados maestros y aunque no comercian su especialidad, tienen algunos canjeadores.

En este contexto, las relaciones sociales se dieron dentro de la banda, caracterizada por la forma de cooperación, que opera como una célula donde la familia es la organización política y se encontraba bajo el dominio de la naturaleza. Las relaciones debieron darse en base a las necesidades impuestas por la actividad cazadora, la recolección vegetal y marina; exigiendo la primera, hombres jóvenes hábiles con la flecha, honda y lanza, diestros talladores producto de la experiencia cazadora y del conocimiento de las zonas vulnerables y hábitos de los animales, que obligó tipos de dardos para diferentes especies (estableciéndose una relación mágica entre tallador y cazador), función que debió estar orientada por los más ancianos de la banda. Los niños y las mujeres intervenían en la caza menor por entrapamiento.

La diferencia en el empleo del material y tipos de hojas o puntas de proyectil que caracterizan regiones, nos hablan de grupos distintos. Para explicar estos hechos hay que tener en cuenta el factor ecológico, que constituye por entonces un factor decisivo. La forma en que determinado pueblo trabaja los bordes de una hoja, en parte depende de las condiciones locales, de las especies más numerosas, preferidos métodos de caza (tradicción) y canteras especialmente: obsidiana, pedernal, pizarra, basalto, sílex, calcedonia o riolita, y donde no es posible hallar estos tipos de piedra se aprovechan las maderas duras, configurándose una estrecha respuesta entre especies animales - material - métodos de caza, cuya tipología diferencia modos de vida, aunque no sustanciales en esta economía social que nos preocupa.

Asimismo, el registro de diferentes tipos de proyectil en un sólo lugar con cronología común, no significa la convivencia de bandas distintas; sino el resultado de una alta especialización cazadora que ha orientado el tallado de puntas especiales para especies diferentes.

El análisis morfológico, si bien es importante, no nos ayuda si descuidamos la reconstrucción ambiental, que en última instancia está condicionando en sumo grado la elaboración de los instrumentos. La etnología de la amazonía actual, por ejemplo, nos muestra como un mismo grupo emplea diferentes armas para la caza de acuerdo a la presa. Armas que varían de dimensión, material y forma, imponiéndose el dorso de acuerdo a la velocidad del animal, grosor de la piel, maneras de esquivar el impacto, etc.

La experimentación y recolección vegetal y marina o fluvial, fue también una actividad que ocupó un lugar importante y debió ser practicada casi a diario, constituyendo parte básica de la alimentación. Aunque asociadas a esta época se han encontrado vértebras de pescado, es posible que ello sea producto de recolección y no de pesca. Todo esto supone especialización; pero no eran actividades excluyentes, sino complementarias, ya que en este proceso la fuerza de trabajo intervino de manera colectiva, organizada en formas de cooperación, que les permitió evolucionar en el plano social, lograr una cohesión interna y fortalecimiento de la tradición.

El patrón de asentamiento estuvo dado por campamentos al aire libre, abrigos estacionales, cuevas, que les dan características de nomadismo; aunque el descubrimiento de grandes centros como Chivateros, Paiján - Cupisnique, Ilaló - Inga, Viscachani, etc. nos orienta a suponer que eran en conjunto sedentarios, produciéndose pequeños desplazamientos permanentes desde un extremo a otro de una región determinada, y la

existencia de un campamento central con alguna gente perenne, sin que por ello constituya un asentamiento permanente.

La forma de cooperación característica es la caza mayor, determinada por la utilización de un proceso de trabajo común: el entrampamiento, en el que participan los adultos, mujeres y ancianos como batidores y los jóvenes como cazadores; además la cooperación simple restringida practicada en la recolección, la pesca, la caza de animales pequeños y tal vez la crianza.

De esta forma de cooperación y las condiciones del medio, dependía el tamaño del grupo; luego la caza desempeñó un papel esencial en la ubicación y desplazamiento de la aldea, de ahí que el territorio común se define como un territorio de caza. Por consiguiente la caza implicó el uso de dos medios de producción: *el territorio y los instrumentos* o puntas de lanza. El primero, constituido por el hábitat de los animales a cazar, considerados como propiedad colectiva; los segundos, los instrumentos, que si bien eran propiedad individual de uso, dentro del proceso de producción son colectivos, ya que el trabajo de ubicación de canteras, trabajo de bifaces y otras formas de cooperación debieron ser actividad de todos, excepto tal vez el trabajo final del instrumento que requiere además de experiencia, habilidades natas del tallador.

A nivel de organización, debió darse la familia nucleada conformada por veinte o treinta miembros, consanguínea. El tamaño del grupo estaba condicionado por la eficiencia técnica, es decir los miembros que la unidad requería para cazar y recolectar; y la eficacia social, que corresponde al papel que desempeñaban las relaciones en el proceso de producción de bienes, apropiación y distribución de los recursos. Esta etapa debe haber abarcado desde la llegada del hombre a los Andes hasta el advenimiento de las sociedades autárquicas de economía de pesca y horticultores recolectores experimentadores (VII milenio).

Su arte es mágico y su plasticidad no es creatividad exclusiva del artista, obedece a un equilibrio que corresponde al desconocimiento de las fuerzas naturales, siendo su más temprana manifestación las pinturas rupestres con ocre, rojo y amarillo; representaciones de cacería en cuevas y abrigos, donde los ritos propiciadores debieron prevalecer. Si bien la pintura logra plasmar la plasticidad del movimiento, es en la talla donde en realidad sorprende más, pues la observación de muchos dardos, nos demuestra que más parece primar el principio estético en ellos (por lo difícil de las formas talladas) que el elemental principio utilitario.

En este contexto social, las manifestaciones artísticas estaban relacionadas a la cacería; no se conocen todas, aunque se puede afirmar:



la danza y las pinturas rupestres en cuevas y abrigos rocosos asociadas al rito propiciatorio que asegure la buena caza. Además las talladuras en piedra de figurinas, de amuletos colgantes de hueso u otros.

La pintura rupestre es la gran expresión artística del hombre paleolítico, plena de movimiento, es la manifestación vívida de la intensidad de la caza, de conjunto, de banda, de acción coordinada, de lucha de hombres y animales, de vida y muerte, de sangre de ahí el color rojo primario.

Como es de suponer en una sociedad en constante desplazamiento, tras la presa, el movimiento tiene que ser la característica de sus pinturas y así se observa, nada es estático, contemplativo, todo es fuerza y dinamismo. Además por representar animales y actividades, tratan de ser lo más naturales y realistas posibles, dibujando con siluetas negras la fauna que aprovechaba.

Mención aparte merece el color rojo indio, ocre, obtenido del óxido de hierro, que es el primer color que el hombre utiliza, y está asociado íntimamente al éxito de la caza o a la tragedia del cazador, en ambos casos la muerte. Este color no es seleccionado al azar, el hombre lo identifica con su actividad tan plena de sangre, en la que al brotar ésta del cuerpo del animal significaba el alimento y la vida, el no hacerlo el hambre y la desesperación. El color rojo más que una tonalidad antojadiza está íntimamente relacionado a la vida y por consiguiente es color sacro y forma parte del rito previo a la cacería.

La ideología se expresa en la pintura rupestre, donde el color, movimiento, tamaño, distribución y superposición de las figuras, ubicación del lugar, panel o mural, todo constituye una unidad indivisible, contextual, en la que el artista shamán no pinta para satisfacer la contemplación o decorar un ambiente; sino para un rito mágico que le permite posesionarse de la "fuerza" del animal a cazar y en consecuencia vencerlo en el enfrentamiento real. La pintura rupestre si bien está llena de inspiración mágica es naturalista, fundamentalista, responde a objetivos esenciales, como expresión de un mundo en el que aún la belleza tiene una función práctica orientada a satisfacer una necesidad humana primaria.

El estudio de las osamentas humanas encontradas no corresponde a un estándar de vida genérico, por las escasas muestras levantadas; sin embargo, dadas las características de los cráneos se puede aceptar, tentativamente, que osciló alrededor de los cuarenta años (aunque en Lauricocha fueron hallados dos adultos con edad promedio de 60 años) el índice de vida. Están definidos dos tipos raciales: a. El hombre de conformación dolicohipsicéfala, con cara medianamente ancha, cuya estatura del adulto ha sido determinada por sobre el 1,60 m *con características relacionadas a la raza paleoamericana Lágida y a la vez al tipo Paucarcancha de Newman*

← Pintura rupestre en Lucanas, "La vicuña gestante de Pampa Galeras". 9 000 años a.P. estimado. (resiente descubrimiento) Ubicada a 4 800 m.s.n.m. Ayacucho, 1.22 m de largo

(A.Cardich 1983:159); y b. El paijanense, *de cráneo delgado, cara larga y estrecha 1,70 de altura...al mismo tiempo que es alta y esbelta presenta un paquete muscular muy desarrollado...*. (Chauchat 1984) *“que pertenecieron a tipos anormalmente delgados de una raza más delicada de las que no son comunes en América del Sur...”* (Ubbelohde-Doering 1953:123).

Contrariamente a los estudios sobre esta formación social, pesan aún conceptos sedimentados, que constituyen incluso base de interpretación para algunos autores. El más importante es la concepción de sus posibilidades alimentarias que la escuela de Lewis Morgan (1877) por ejemplo, teorizaba, sustentando que los grupos humanos durante el salvajismo, empujados por la carencia de alimentos tuvieron que recurrir a la antropofagia, hasta devenir el salto salvador y con ello la producción y el desarrollo de su economía cazadora recolectora.

Otros la califican, simplemente, de actividad parasitaria con instrumentos de apropiación. A señalar como incorrecto este enfoque nos orientan la Arqueología, Etnología, Ecología y otras disciplinas, las que para esta época o modo sobreviviente, registran datos de los que se deduce una relativa suficiencia de alimentos. Para el caso de los Andes Centrales, tenemos como ejemplo las cuevas de Lauricocha de las que Augusto Cardich, su investigador, nos dice:

“... en los estratos más antiguos, los correspondientes a Lauricocha I, que se puede adscribir al Paleolítico Americano, y los de Lauricocha II y Lauricocha III al Epipaleolítico, aparecen abundantes desechos de alimentación conformados por huesos de camélidos y cérvidos principalmente. Por la humedad se han conservado muy escasos restos de vegetales. Lo que es notorio es que casi no aparecen entre los restos óseos, huesos de aves, que habrían existido en forma numerosas en los ríos y lagos cercanos, y de otros animales de escasa edad...” (Cardich 1971:6)

El autor sugiere que gracias a un medio favorable, aquellos cazadores no tuvieron dificultades en procurarse alimentos, considerando que aparte de los productos de recolección, la riqueza de la fauna les había permitido a aquellos hombres aprovechar en forma selectiva, con suficiencia hasta para un comportamiento lúdico en la cacería de grandes y medianos herbívoros andinos; agreguemos las posibilidades alimentarias de la costa, con las magníficas posibilidades que brinda el mar, la fauna y flora silvestre de los numerosos valles y oasis, y las cuencas abrigadas de las hoyas amazónicas y del Madre de Dios.

La Etnología en torno a los cazadores y recolectores actuales nos orienta a comprender mejor esta formación social. Los Yaghan, nómadas del

Cabo de Hornos, por ejemplo, se sacian con la carne y grasa de alguna ballena encontrada en la playa, y para evitar que los residuos se descompongan entierran la grasa en alguna turbera cercana; la persecución eficaz de los mamíferos marinos reposa sobre profundas observaciones: concientes del peligro de acercarse en una frágil canoa a una gran ballena, observan cuando las ballenas jóvenes son perseguidas por la ballena espada (*Orca magellánica*), sabiendo que ellas buscarán refugio en alguna ensenada, donde podrán arponearla con un mínimo de riesgo; sería grotesco considerar que tales gentes son “puros parásitos”.

Los indios de las llanuras norteamericanas, secaban los mejores trozos del búfalo, añadiéndoles grasa y guindas silvestres para modificar el sabor, almacenando el “*pemnikan*” en sacos de cuero para los tiempos en que no disponían de carne fresca. El almacenamiento de alimentos ha sido igualmente común entre las tribus de California y en este sentido no debe ser considerado como privativo de los agricultores. Ejemplos similares se registran para los grupos nativos de la amazonía.

Una de las conclusiones más importantes de la vida de los cazadores y recolectores actuales, ha sido demostrar que la caza y recolección aún en los sitios bastante pobres y menos productivos, desde nuestro punto de vista, como el que en la actualidad ocupan grupos humanos arrinconados en el desierto de Kalahari de Africa, no corresponden a una economía precaria como estamos acostumbrados a considerar. Esos grupos humanos desarrollan una economía que les permite sin mayores apremios llevar una vida que no es ni desesperada ni brutal, sin desplegar para ello mayúsculo esfuerzo y tiempo.

En cuanto a la flora y fauna, hemos visto las grandes posibilidades de criar miles de cabezas de ganado en las praderas post evento de El Niño en la costa norte del Perú. Las sabanas o llanuras de Africa pueden sustentar un peso vivo de gacelas, antílopes, búfalos y otros mamíferos vegetarianos superior al ganado doméstico con el cual podría sustituirse los, la biomasa puede alcanzar en el caso de los ungulados salvajes cerca de 40 toneladas por kilómetro cuadrado en las llanuras gramíneas del Congo y Uganda, hábitat que por kilómetro cuadrado, no puede soportar mas de cinco toneladas y medio de ganado corriente. Este es un ejemplo de lo que significa el equilibrio natural que los hombres prehistóricos, tan adscritos a los hechos ecológicos han aprovechado (aprovechan racionalmente los grupos que conservan formaciones sociales primitivas) permitiéndose una economía sin mayores apremios. Tal equilibrio con la naturaleza, que alcanzó el hombre, en la mayor parte de su historia, debe haber contribuido para que esta etapa del proceso



humano haya durado tanto tiempo. No habiendo urgencia ni falencia generalizada como hemos creído equivocadamente desde nuestro punto de vista etnocentrista.

El hombre paleolítico, particularmente en los Andes Centrales, desarrolló una cultura adecuada a su tiempo y espacio, no fue una suerte de microbandas deambulando aisladas, cuya solidaridad estaba basada en los mismos principios que los de una manada de lobos.

Cuando los primeros hombres llegaron a América, lo hicieron formando grupos cuyo desarrollo cultural aún está en discusión; pero que nos han dejado sus huellas de más de diez mil años, con las que permiten reconocerlos en grandes áreas con restos culturales similares. “Culturas líticas” que abarcan verdaderos horizontes, lo que nos obliga a pensar en la interconexión de grandes unidades étnicas, reparándose en el significado de las parciales conexiones de estos grupos menores, en periódicas reuniones o ceremonias. Aglomeraciones que es una forma común de contacto, significativas en grupos de primitivos actuales.

En síntesis, hace diez mil años, los Andes Centrales encontrábase ya ocupados por pequeños grupos o bandas de dolicocefalos, que conservaban cierta independencia, interconectadas a grandes unidades étnicas, manteniendo cierta pureza dentro de su respectiva tradición. Que cambiaban de residencia siguiendo las estaciones climáticas; que al nacer nuevas exigencias en la caza, desarrollaron otros tipos de herramientas especializadas. Grupos cuya economía cazadora - recolectora les permitió desarrollar un comportamiento social plenamente satisfactorio y equilibrado entre la biomasa, habitantes y medio. Grupos que de la simple recolección y entrapamiento asentados en zonas óptimas, lograron el enfrentamiento con los herbívoros andinos, enriqueciendo su dieta, desarrollando la estructura de sus relaciones, mejorando sus condiciones de vida y hasta aprovechando y manejando racionalmente su economía, que reflejó una superestructura jurídica y política instituida en la conducción de una banda y sus actividades diarias por líderes ocasionales, dirección no traducida en poder y acaparamiento, cuya interpretación del medio estuvo inmersa en el plano animista.

Finalmente, su relación con la muerte es a través de un primario mundo mágico, apenas estructurándose, donde es frecuente la posición de esqueletos en cúbico dorsal con extremidades inferiores flexionadas, especial cuidado en el enterramiento de los niños, posibles ritos funerarios y aprovisionamiento de alimentos constituyendo parte del ajuar funerario; lo mismo que pendientes de piedra escogida como la turquesa, lapislázuli, perla, para los collares (Lauricocha, Paiján) uso del ocre para colorear, entre otros.







CAPÍTULO 4: LOS PUEBLOS DEL PALEOLÍTICO ANDINO

Los estudios paleo climáticos y arqueológicos no se han realizado de manera similar en el área Andina. Algunos sitios apenas han sido arañados con el pincel; en otros los estudios intensivos iniciales se han detenido; otros no han abarcado áreas aledañas, y casi todos han comprendido especialmente la descripción de los artefactos y su ubicación cronológica, como si ésta fuera el objetivo principal de la investigación. De ahí que los lugares que presentamos lo hacemos no en orden de importancia, puesto que todos lo son, sino de acuerdo a la intensidad de estudios realizados en ellos.

En los Andes Centrales son dos las áreas de mayor concentración de investigaciones: La costa norte y central (Paijanense), y la sierra central comprendida entre las regiones Ancash, Ayacucho, Huánuco, Junín y Pasco. Estas dos grandes áreas presentan industrias líticas, puntas de lanzas básicamente, de similares características, que les dan unidad cultural y que consideramos como “culturas”. A la primera, caracterizan las hojas talladas a partir de un núcleo, de bordes escamados, convergentes, rectos o ligeramente convexos y con distal muy agudo y base pedunculada o en media luna, de doce a dieciocho centímetros de largo. A la segunda, hojas romboidales, talladas en lascas, de base en media luna, con hombros laterales en el tercio medio o superior y distal de bordes rectos convergentes, de tres a cinco centímetros de largo.

En otras regiones se han encontrado también restos como en Toquepala (Tacna), Cajamarca, Sumbay (Arequipa), Ilo, Camaná; asociados a pinturas rupestres y otras industrias expresando esta actividad.

PANORÁMICA
ANTERIOR

Biombo de piedra
estriada para
una vivienda
paijanense.

El Paijanense

Los estudios más avanzados en la costa del Perú, corresponden a la cultura paleolítica Paiján, identificada como una formación social. Se

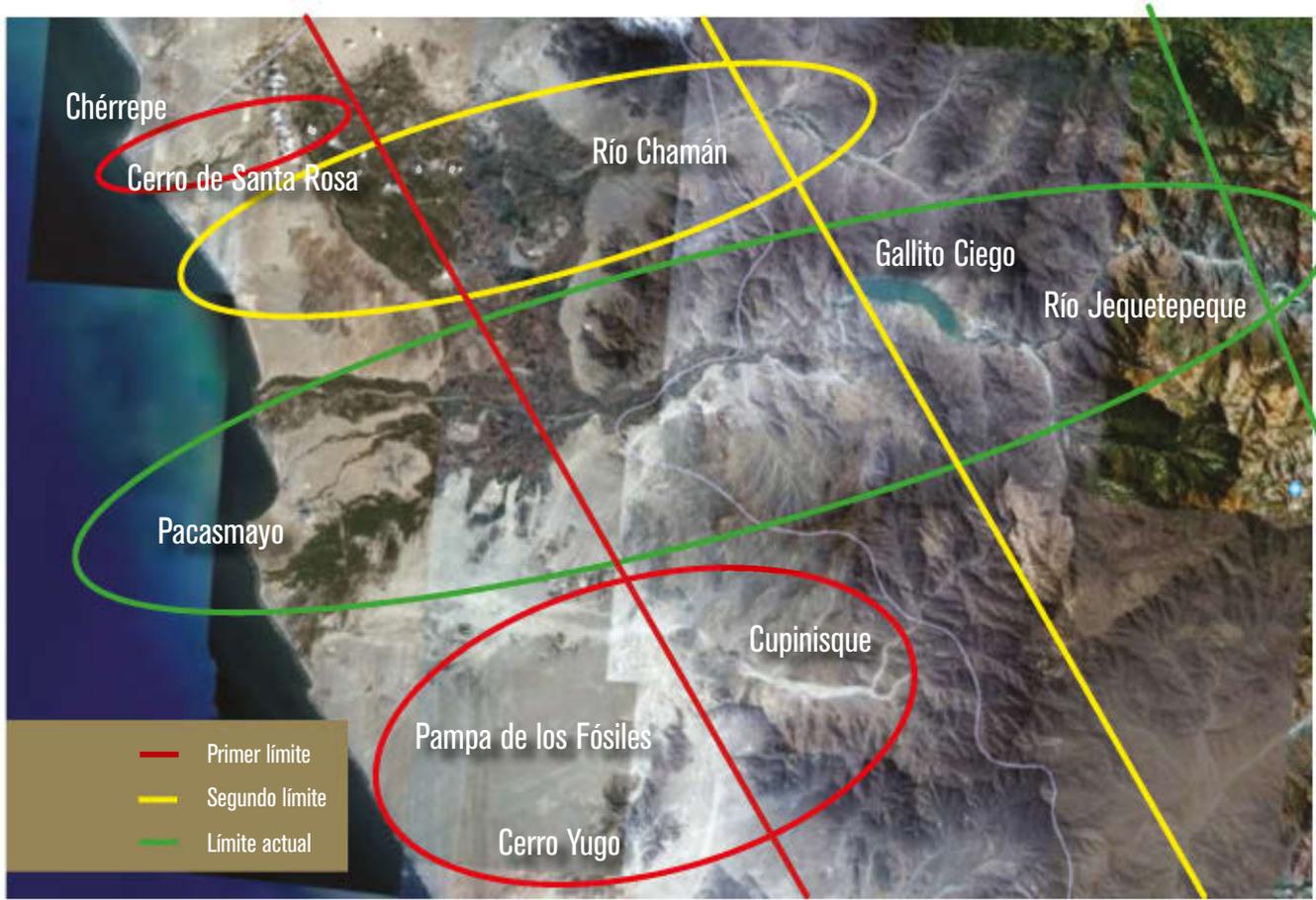
debe recordar que la arqueología define como cultura, a los restos o artefactos que repetidamente se encuentran asociados y demuestran cohesión en sus respectivos conjuntos, no solamente por que se les empleó en la misma época, sino también porque fueron utilizados con el mismo objetivo por los mismos grupos humanos.

La primera noticia del hallazgo de puntas líticas la dan unos cazadores de San Pedro de Lloc que en busca del “tesoro de los jesuitas”, que nos narra en sus tradiciones Ricardo Palma, ingresaron a las quebradas de Cupisnique y encontraron lo que denominaron “lanzas de los indios” (Tableide *El Ferrocarril*, Guadalupe, noviembre 1881). Medio siglo más tarde el arqueólogo alemán, Einrich Ubbelohde Doering (1952, 1967), estudioso de esta región, encuentra en el mismo lugar tales artefactos y en su libro “El camino real de los Incas” escribe:

“...En el año 1933, encontramos el primer artefacto, de carácter paleolítico cerca a Cupisnique ...El sitio es un desierto pedregoso, que consiste de dos valles anchos y planos divididos por el rocoso cerro Colorado... encontramos los artefactos de piedra concentrados en el lado oeste del Valle llamado “Valle del Lago” que según los estudios geológicos del Dr. Welter, tuvo su origen en el lecho del lago.... pequeñas herramientas de piedra, en el desierto de Cupisnique, o de Mocan, ubicado en la Costa Norte del Perú, las cuales tienen un pasado de 9 a 10 mil años, pertenecientes al primer hombre de América del Sur. La punta curvada ‘Diente de Tiburón’, se asemeja a los ejemplares de la caverna del Peligro (Danger Cave) de Utah, que tienen una antigüedad de 11,300 años según el C.14 ...”

‘...También huesos fosilizados del período del Pleistoceno de América del Sur, el cerdo de aguas (Neochorus) y el armadillo Pamphatherium, según el Prof. Dehm de Munich, y artefactos del tipo paleolítico, fueron encontrados juntamente sobre la terraza superior... las herramientas de piedra y los fósiles estaban cubiertos con laca del desierto... todos hallados en superficie... Ninguno de nuestros hallazgos fueron encontrados enterrados solo estaban cubiertos por una capa de arena debido a la fuerza del viento, el que habría llevado las primeras capas; un corte exploratorio de 18 pulgadas por debajo de los huesos y los artefactos, confirmaron que no había nada más en el lecho del terreno...”

“...En 1937 encontré un depósito de huesos humanos... sería posible que estos restos humanos pertenezcan a cazadores que



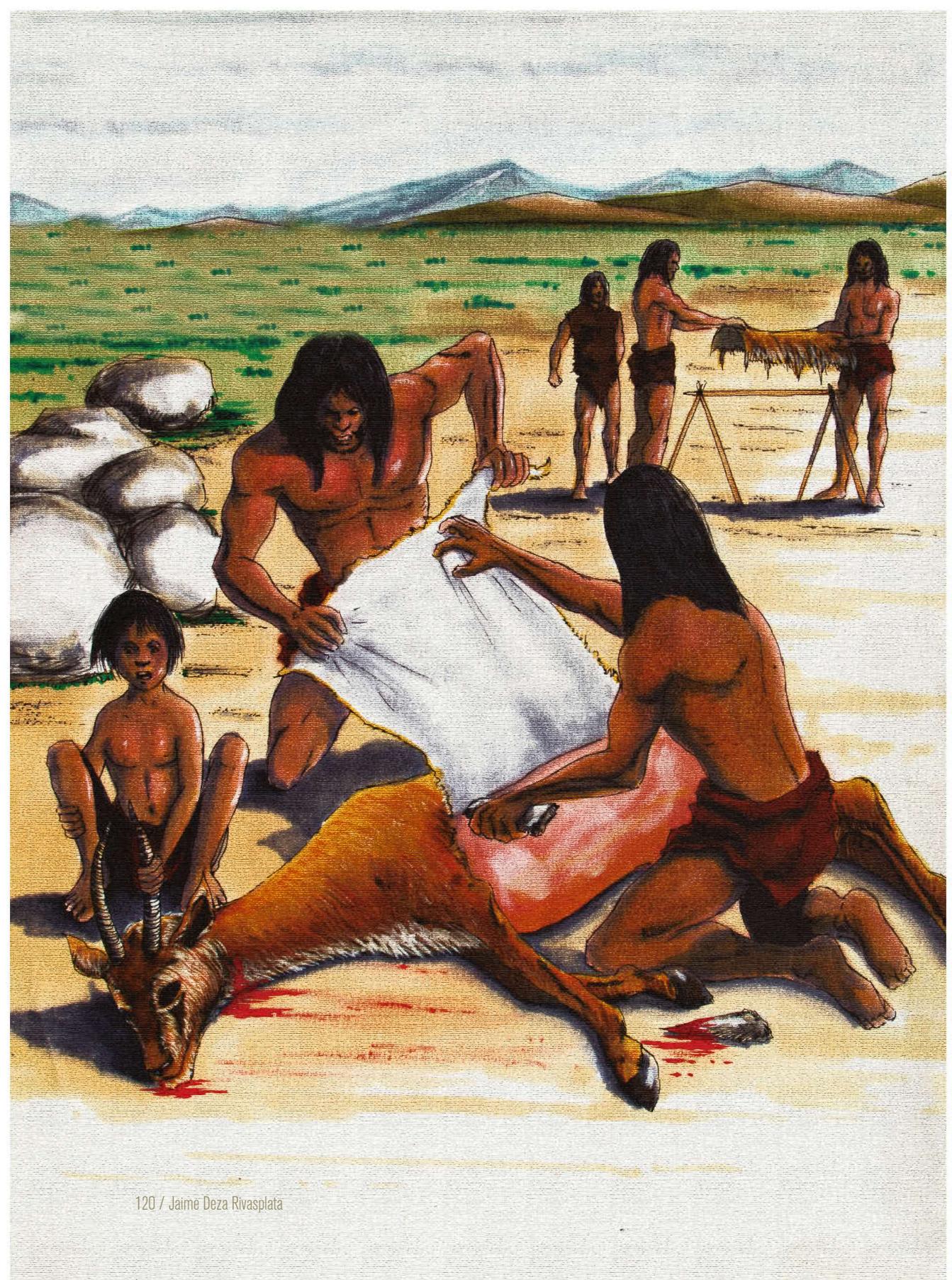
↑ Vista satelital del área de los ríos secos Cupinisque y de Cerro Yugo. Al centro la Pampa de los Fósiles. Límites de lluvias, basados en los restos arqueológicos de cronologías sucesivas en la región.

vivieron en los valles boscosos durante el Pleistoceno de la temporada más benigna de las fuertes lluvias que azotaron el Norte Peruano... El profesor Millison de la Universidad de Munich afirmó que pertenecieron a tipos anormalmente delgados que puede ser un adolescente, de una raza más delicada de las que no son comunes en América del Sur.” (Doering 1952: 123 - 126).

Otto Welter (1947) informa su hallazgo de un caparazón de armadillo (*Armadillo phampatherium*) gigante asociado a instrumentos, que él califica, similares al paleolítico superior europeo, que envió a Alemania y lo da por perdido en la segunda guerra mundial.

A fines de la década de los cuarenta, Junius Bird (1963) observa algunos fragmentos encontrados por don Rafael Larco en la Pampa de los Fósiles; pero descarta su antigüedad señalándolos de posible factura tardía, por la perfección de la talla, y que supone fueron arrastrados al lugar.

El primer intento de clasificar estos restos dentro de una columna del desarrollo cultural de la costa norte, lo hace don Rafael Larco Hoyle (1948) al proponer algunas preformas encontradas en la Pampa de los



Fósiles (Paiján – San Pedro de Lloc) como documentos del paleolítico superior o restos más tempranos en los Andes, motivando el escepticismo de Julio C Tello, pues contradecía la teoría que él sostenía de Chavín como cultura matriz de los Andes y el poblamiento del país desde la selva a la sierra y finalmente a la costa.

Edward Lanning en 1961 halla un millar de restos líticos en las pampas de Pasamayo, Lima (digamos de paso que veinte años más tarde el viento y derrumbes de la duna que corta la carretera Panamericana dejarían al descubierto el esqueleto incompleto de un mastodonte (*Mammuthus*), el que ha sido llevado a Huaura), consistente en lascas y preformas del tipo Chivateros; pero es notoria una punta, por ser del tipo de una de las encontradas en Cupisnique, como se le decía por aquel entonces, con pedúnculo y de material riolita, que denominó Luz Arenal por encontrarla casualmente en un sector que se llama La Luz.

Es Emilio Choy Ma quien partiendo de escasas evidencias, con visión panóptica y en un ensayo incluye a estas huellas en un cuadro del desarrollo de la cultura peruana y las denomina *Paijanense* (E. Choy 1960a), ubicándolas con una antigüedad tentativa de siete mil años; aunque no es explícito en su propuesta.

La mayor información y descubrimiento de más de medio centenar de talleres, con áreas que van desde sesenta a dos mil metros cuadrados cada uno y por consiguiente un estimado de un millón de restos, consistentes en preformas, lascas para instrumentos, fragmentos quebrados en el proceso de talla, instrumentos y puntas completas, despellejadores, núcleos, percutores, yunques, cuchillas, buriles, piedras perforadas para hacer fuego por fricción, etc. en una sola capa o nivel de superficie, restos completamente limpios y con la laca del desierto, a orillas de tres ríos secos que nacen en las faldas del Cerro Yugo (7°35'10" latitud sur y 79°19'35" longitud oeste), es decir de cuenca costeña, y además las viviendas, la hace el autor en 1968-70, siguiendo la fotografía aérea de Cupisnique-Paiján (diario La Industria de Trujillo, Deza 1969, 1970, 1972, 1975, 1989, 1991, Diario El Comercio agosto 1971) tras dos años de exploración en el desierto como estudiante de arqueología y luego como docente en la Universidad Nacional de Trujillo.

Desde entonces los estudios adquieren nuevas dimensiones, ya no se tenía información aislada, se tenía una relación de los restos con los ríos secos y relictos; es decir ambiental, iniciándose un proceso de interpretación asociado a los restos de fauna y la reconstrucción paleo climática de la región. De ello el diario El Comercio sería su principal divulgador, como lo comenta el periodista e historiador Herman Busse



de la Guerra en su página editorial (25 agosto 1971), contribuyendo a despertar el interés por los estudios del paleolítico andino.

Años más tarde se desarrollaron nuevos estudios en el lugar y el área del Paijanense fue ampliándose, descubriéndose nuevas evidencias. Se hacen presentes Paul Ossa (1972) Claude Chauchat (1975), Carlos Deza (1980), Santiago Uceda (1986), Michael Malpass (1986), César Gálvez (1990), Rosario Becerra (1992), Rocío Esquerre (1992), Jesús Briceño (1993), José Carcelén (1994) entre otros, aumentando el número de publicaciones.

El Paijanense corresponde a la región costeña de pampas y cuencas próximas al litoral y se caracteriza por el empleo de diversos instrumentos, como las grandes puntas de lanza de doce a veinte centímetros, talladas a partir de un núcleo. Si queremos compararlo con otros lugares, a Lauricocha corresponden pequeños restos de caza como cuchillas, pequeñas preformas y puntas (3 cm) talladas en lascas, y a Cumbe Augusto Cardich sustenta una industria sin puntas líticas, como también propone Richardson para Amotape.

Los restos paijanenses caracterizan a la región centro y nor costeña, los mismos que se encuentran en cantidades significativas desde Olmos por el norte (Deza 1974, 1991) hasta Casma (Uceda 1992) por el sur. Huellas que van siendo más escasas a medida que avanzamos al sur, se registran en Lima (Lanning 1961), en Tablada de Lurín (Deza 1985, 1994) y pozo Santo, Ica (Bonavía 1990). Tenemos información personal de restos importantes en Ilo y Contumazá, Cajamarca.

Artefactos líticos en los que se emplearon las mismas técnicas de talla y material similar (es casi exclusiva la riolita), que se hallan próximos a canteras y están asociados a piedras para hacer fuego por fricción con maderas duras y a viviendas, dentro de condiciones de hábitat similares;

↑ Pampa y cerros
de Cupisnique,
La Piedra
Escrita.

En el área señalada originalmente encontramos, en cambio, cientos de miles de artefactos y material de desecho, en seis lugares principales, como escenario de esta cultura el que se propone.

mas al sur; pues mientras no tengamos mayor elemento, preferimos dar pertenecer a bandas aisladas, que en determinados momentos avanzaron que caracterizan los emplazamientos principales, estimamos que podrían pajajanses; por ser éstas solo unas escasas muestras fuera del contexto Pajaján, y Engel en el año 1965 encontró en Pozo Santo (Ica) restos Muerto, en Supe (Deza, 1996) registramos puntas similares a las de y en nuestras exploraciones en las quebradas de Taita Laynes y Venado en nuestras excavaciones en Tablada de Lurin el año 1977 (Deza, 1985) un tipo de los que se registran en Pajaján, a la que denominó Luz-Arenal, Si bien en Ancón, Laming encontró una punta pedunculada, similar a

Niño inundando gran parte de los desiertos actuales. distribuciones andinas y que tienen caudal durante los eventos de El y 30 kilómetros del litoral actual; es decir en las laderas de las primeras veinticinco cuencas muertas de pequeños ríos que nacieron entre los 15 por catorce ríos con caudal irregular, con sus afluentes costeros secos y una unidad geomorfológica denominada *Pampa Costanera*, cruzada región donde se encuentran artefactos líticos de esta cultura constituye hacia el oeste, llegando hasta el mar formando un amplio delta. La geomorfológico, los valles actuales y los muertos nacen en la cordillera a determinada distancia del litoral, ampliándose a medida que corren homogeneidad cultural a través de su historia. Desde el punto de vista En esta extensa región, las evidencias arqueológicas señalan cierta

de los ríos de cuenca costera actualmente secos. es decir en pequeñas terrazas con vista a la pampa y a orillas de cauces

↓ Pampa de Los Fósiles y cerro Yugo, Pajaján.



todos con una paleo ecología similar:

- a) Olmos – Ñaupe.
- b) Río Zaña - Río Chamán (Mocupe - Chepén).
- c) Cupisnique (San Pedro de Lloc) - Cerro Yugo (Paiján).
- d) Mocan - Cuculicote (Ascope).
- e) Salaverry – Virú.
- f) Las Zorras - Bandurria (Huarney).

Además de los lugares trabajados por Paul Ossa (La Cumbre y Quirihuac, Trujillo), Lorenzo Samaniego, Santiago Uceda y Michael Malpass en Casma.

En los alrededores de estos emplazamientos, en las antiguas llanuras entre el litoral y las primeras estribaciones andinas, se ubican distintos asentamientos secundarios y abrigos de tránsito, que serían una evidencia de grupos locales divididos en subgrupos que realizaban tareas diferentes a lo largo del ciclo anual, tarea fundamental según la disponibilidad de animales y plantas. En otras palabras emplazamientos utilizados para las distintas actividades.

El lugar más intensamente estudiado es Cupisnique - Paiján, área que comprende una extensión aproximada de dos mil kilómetros cuadrados, desde Paiján, el alto Chicama y Ascope por el sur, a San Pedro de Lloc por el norte (Región La Libertad), las primeras estribaciones andinas al este, hasta el mar al oeste.

En esta área, se encuentran dos ríos secos que suelen tener caudal en épocas de lluvias pronunciadas: el río Cupisnique y el río Mocan. Además existen tres pequeños ríos muertos que tenían su cuenca en la falda norte de Cerro Yugo cortando la Pampa de los Fósiles.

El cerro Yugo constituye la estribación más occidental de la cordillera de los Andes. Se encuentra a 16 kilómetros del mar y su cumbre tiene 847 metros de altura, ubicándose a $7^{\circ}35'10''$ latitud sur y $79^{\circ}19'35''$ longitud oeste. Por la margen occidental dicho cerro está cubierto hasta una altura de 350 metros de terrazas aluviales con suelo de textura ligera y fértil y al margen oriental por depósitos eólicos constituidos de arena transportada. En su cara norte se encuentran canteras en forma de estratos en el cerro. También existen pequeños afloramientos rocosos, los que han servido al hombre paleolítico para extraer de ellos la materia prima deseada y transportarla a los talleres cercanos.

Cupisnique abarca toda la cuenca del río, hoy seco, que lleva su nombre, en cuyas orillas se encuentran los grandes asentamientos de Caña Brava,



↑ Río seco de Cupisnique, al centro un algarrobo solitario, relicto de los bosques del holoceno costeño.

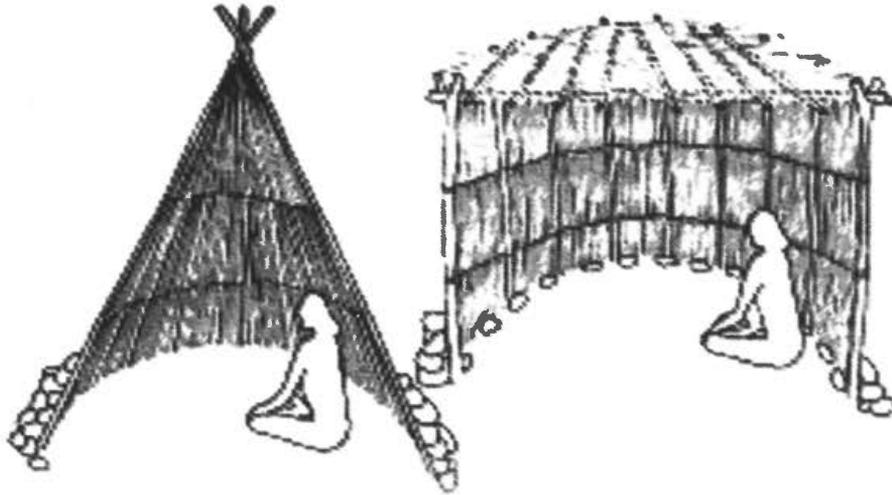
La Laguna, y Piedra Escrita ($7^{\circ}28'25.60''$ latitud sur y $79^{\circ}20'4.93''$ longitud oeste), que ocupa esta última un área de veinte hectáreas, aproximadamente, y que contiene en superficie restos de artefactos líticos semienterrados en la actualidad.

La presencia de estratos arcillosos que se observan en las orillas del río, cortando las faldas de las colinas que lo circundan, nos indican una fuerte avenida de caudal y la formación de lagunas.

Los numerosos restos de talleres, campamentos, viviendas a orillas de los ríos secos y frente a canteras intensamente explotadas, indican que aquí el hombre tuvo claramente una gran estación o varias reocupaciones a lo largo del tiempo.

A orillas de los ríos, en las partes altas de las cuencas, cerca a las canteras, sobre los conos de deyección, en pequeñas plataformas abrigadas se encuentran los talleres, que son lugares donde los cazadores fabricaban sus instrumentos y otras herramientas domésticas.

El patrón de asentamiento está dado por campamentos al aire libre, con viviendas en forma de media luna, cuyas bases son de piedra estriada, levantada a un metro de altura y en la que estarían adosadas cañas y otras ramas a manera de “biombos”. Además de abrigos estacionales que les



dan características de nomadismo o bandas nucleadas alrededor de un asentamiento principal, ya que no todas las actividades se desarrollaron en un mismo lugar.

Estos espacios se caracterizan por una gran concentración de lascas de desecho y artefactos quebrados en el proceso de talla, metates, viviendas y otros restos, lo que permite señalarlos como asentamientos base o emplazamientos principales con actividades de mantenimiento, asociados además con restos fósiles de vegetales como el zapote (*Capparis angulata*) y el algarrobo (*Prosopis pallida*), que hacen suponer áreas de gran concentración vegetal.

Los emplazamientos principales señalados para la región pueden explicarse por el evento de “El Niño”, el mismo que episódicamente tiene tres zonas críticas o centros con sus respectivas periferias. Es decir, zonas de intensa precipitación con sus consiguientes anillos de menor intensidad. Centros que se han ido moviendo afectando indistintamente diversos sectores, que se pueden señalar a: Tumbes - Piura, Lambayeque y Trujillo - Casma.

Estas zonas críticas en épocas de lluvias intensas, favorecían el desarrollo de mayor vegetación y por consiguiente, la reproducción de la biomasa, momento que aprovechaban los cazadores.

Siguiendo el curso de los ríos secos, hacia el mar y de manera significativa en las pampas y cerca a relictos vegetales, se encuentran otros emplazamientos secundarios que parecen estar relacionados con distintas actividades, que se pueden calificar como actividades

↑ Posible vivienda. Propuesta de César Gálvez Mora. 1990.

extractivas (consecución directa de alimentos, combustible, material para herramientas y otros). Se caracterizan por presentar en superficie restos de talla, núcleos, raederas, percutores, etc. y debieron estar ocupados con determinada frecuencia o periodicidad por grupos pequeños. Además se registran campamentos de paso, en los que encontramos pocas herramientas y restos de actividades de mantenimiento y extracción, que nos llevan a deducir que fueron lugares ocupados por pequeños grupos, en temporadas cortas, posiblemente durante sus movimientos de recolección o en busca de la presa de caza.

Al respecto, hay quienes señalan que los restos de Paiján corresponden a gente adscrita a la pesca, porque se ha encontrado en un entierro, casi en superficie, en la Pampa de los Fósiles, vértebras de peces y huesos de cañanes. Uno de los que propone esta teoría es el francés Claude Chauchat en su tesis doctoral (1986), traducida más tarde por Santiago Uceda y publicada con el título de “El Paijanense” (1990). Es un trabajo, al parecer, más dedicado a desconocer el valor y el aporte de todos los investigadores que le antecedieron, sin considerar el nivel técnico en el momento de la investigación y las experiencias en su contexto histórico. Así señala, por ejemplo:

“Larco Hoyle...tampoco es muy explícito, y su descripción sería aún más sumaria sino fuese por una mala fotografía de algunas piezas líticas...” (Chauchat,1990:13).

Este comentario se refiere a un trabajo publicado por don Rafael Larco en el año 1948; es decir, lo culpa por las deficiencias fotográficas y de impresión de hace más de setenta años.

Su crítica se dirige también a la aplicación de las diversas metodologías de estudio empleadas; sin embargo no vacila en culpar de los errores cometidos en su tesis a los estudiantes de arqueología de la Universidad Nacional de Trujillo que colaboraron con él:

“...la débil formación de alguno de los ayudantes en el trabajo no permitiera observar las uniones (se refiere a los instrumentos quebrados) que sí las habría visto un ojo más entrenado” (Ob. Cit.1986:26).

Un experto, como se considera él, pudo suplir la inexperiencia de sus colaboradores; al no hacerlo, con esta sorprendente declaración muestra su capacidad personal para dirigir su propio equipo de investigación y colaboradores entre otras consideraciones. Como no es este el lugar para observar su trabajo, baste mencionar que no sustenta sus conclusiones (a excepción de la propuesta de una tipología) y para explicar la función de las puntas de lanza, dice:

“Esto nos ha obligado a interesarnos en los peces, algunos de las cuales en particular los Sciaenidae, pueden alcanzar un gran tamaño, superior a los 50 cm de largo. La carne de un pez es más suave que la de un animal terrestre y su piel, en la mayoría de los casos, igualmente es poco resistente. La penetración puede asegurarse pues sin dificultad mayor. Pero está fuera de cuestión el matar un pez alcanzando un órgano vital, así como el ensarte para impedir que escape el pez. Tal pudo ser probablemente el fin destinado a la penetración de la punta de Paiján, tan importante: lo ideal fue empeler al pez hasta atravesarlo. Entonces, debemos imaginar el uso de la punta de Paiján como un arpón...” (Ob. Cit.1986: 104).

Conclusión sin que haya sido sustentada mínimamente la función de las puntas y fuera del contexto de su tesis. Sólo doce líneas el autor referido dedica a sustentar la función de las puntas de Paiján, en un texto de más de doscientas páginas... No obstante esta propuesta ligera, sin mayor análisis, ha sido y es repetida como un dogma por algunos autores.

En el año 1993 publica un corto artículo en el que se reafirma:

“La megafauna pleistocénica está totalmente ausente, los demás animales terrestres son principalmente lagartijas consumidas en gran abundancia pero muy pequeñas para tan grandes y complejas. Nos llama la atención, entonces, la presencia de peces marinos de los cuales varias especies son de gran tamaño, superior a 50 cm de largo (Micropogon altipinnis, Paralanchurus sp., Mugil cephalus, en menor grado). (*Peces marinos: Corvina dorada, suco y liza respectivamente, aclaración nuestra)... Concluimos que estas puntas fueron concebidas para vulnerar profundamente y retener una presa muy movediza, pero de carne blanda, para lo cual el riesgo de escape es alto si la punta no atraviesa el animal. Con estas características morfológicas de las puntas y dada la ausencia de grandes mamíferos terrestres o marinos en la subsistencia, la pesca de peces de gran tamaño, nos parece la única posibilidad de función de esas puntas... La pobreza del medio ambiente terrestre en recursos animales hizo trasladar la actividad de cacería hacia un tipo de presa completamente diferente - el pez marino”.* (Chauchat,1993:380).

Contrariamente, los restos de fauna en el lugar son numerosos, algunos de los cuales tienen relación cronológica como el camélido (*Paleo llama*) fechado por Frederic Engel en 10 000 años, el cerdo de

aguas (*Neochoerus*) o “ronsoco” hallado por Ubbelohde – Doering en Cupisnique, el mastodonte de La Cumbre fechado con 12 000 años y asociado a artefactos líticos en superficie, fragmentos de astas de venado, gliptodonte, ¿Tarucas? (*Fam. Cervidae*) dentro del área de los talleres, molares de caballos (*Equus andium*) dispersos en las faldas del Cerro Yugo (Paiján), el armadillo *Pampatherium gigante* (*gliptodonte*) que Welter encontró en relación a artefactos líticos antes de la segunda guerra mundial y desgraciadamente perdido, el venado de cola blanca (*Odocoileus virginianus*) entre otros.

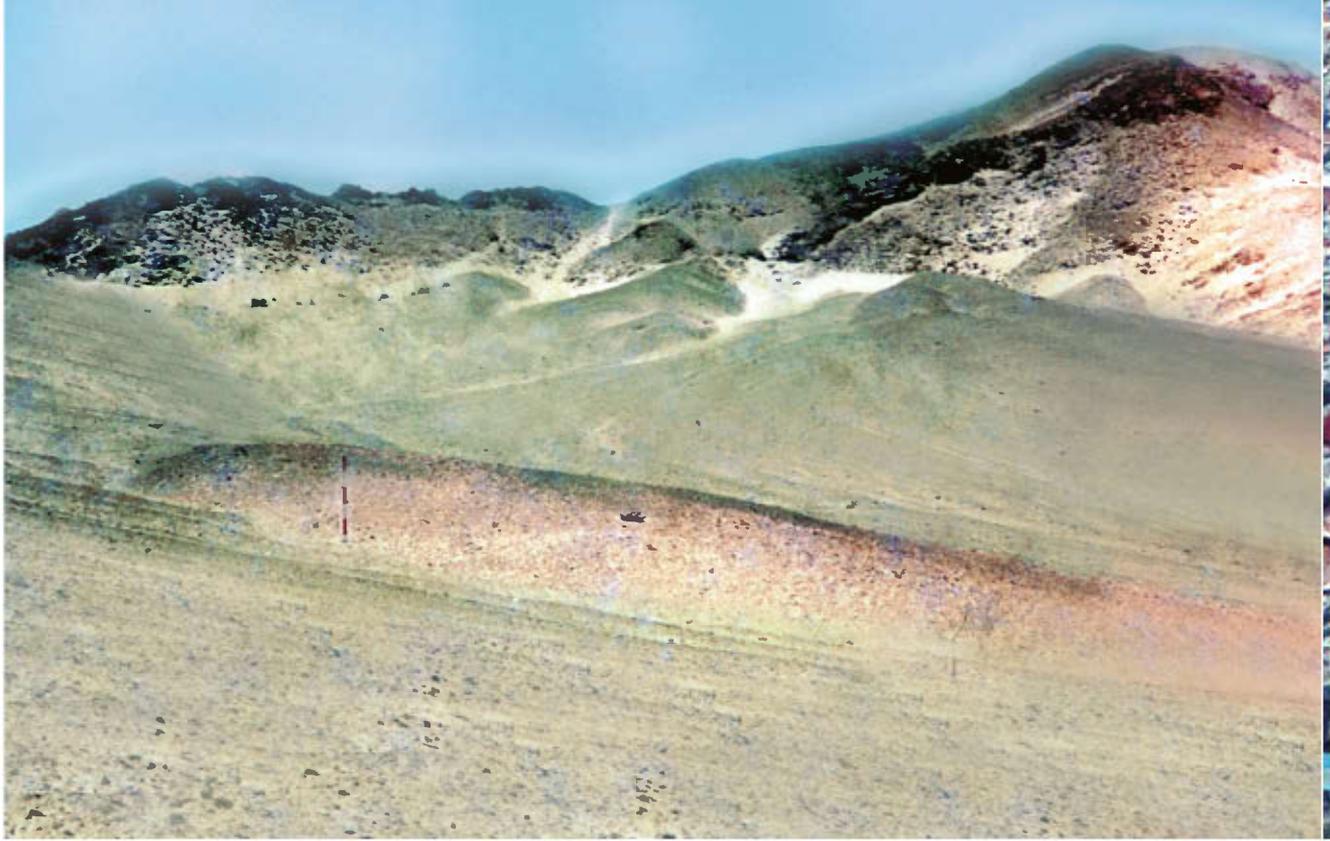
Plantear que los dolococéfalos “cazaban” corvinas doradas, sucos y lizas, es no conocer el mar y por lo tanto el hábitat de estas especies demersales, que no viven en la zona de influencia de las mareas. La corvina es un pez enérgico, a pesar de su aspecto tranquilo en su nadar por el fondo, lo que la hace junto con el gran tamaño que puede llegar a alcanzar, que sea una presa muy preciada para cualquier pescador submarino. Además de desconocer el fenómeno de las “mareas rojas” como se le denomina a la presencia de fitoplancton de origen tropical, o de la llegada de corrientes marinas de temperaturas distintas, que originan varazones de miles de peces en la orilla de la playa, como es frecuente en la costa peruana.

El autor mencionado piensa que todas las formas de puntas que se encuentran en Paiján son fases de un proceso cuyo final invariablemente concluye en una forma predeterminada, arquetipo único de punta, aquella de base con pedúnculo y extremo distal largo y muy agudo, logrado inclusive por frotación (que en nuestra tipología lo denominamos: Tipo 2.5, Base Alabardada, Extremo Distal Agudo, Grande).

Una punta de proyectil típica es una punta simétrica siguiendo el eje formado por su largo, con bordes regularizados por un fino retoque y cuya parte perforante cuando se presenta es aguda...todas las puntas conocidas y que se les pueden considerar como terminadas tienen estos dos rasgos comunes un pedúnculo estrecho y alargado, y una extremidad perforante muy aguda... (Chauchat 2006: 75 – 78)

Se puede asegurar un apresuramiento, de desconocer la diversidad de formas concluidas (no preformas de puntas que es distinto) existentes en colecciones particulares y en otros sitios a lo largo de la costa norte, a excepción de las de Cerro Yugo, que es el lugar donde trabajó por algunos meses en distintas temporadas.

La experiencia demuestra que resulta imposible pescar lisas (*Mugil cephalus*), sucos (*Paralonchurus peruanus*) y corvinas (*Familia Sciaenidae*) con estas armas. La salinidad (3.5‰) y el movimiento del agua en el

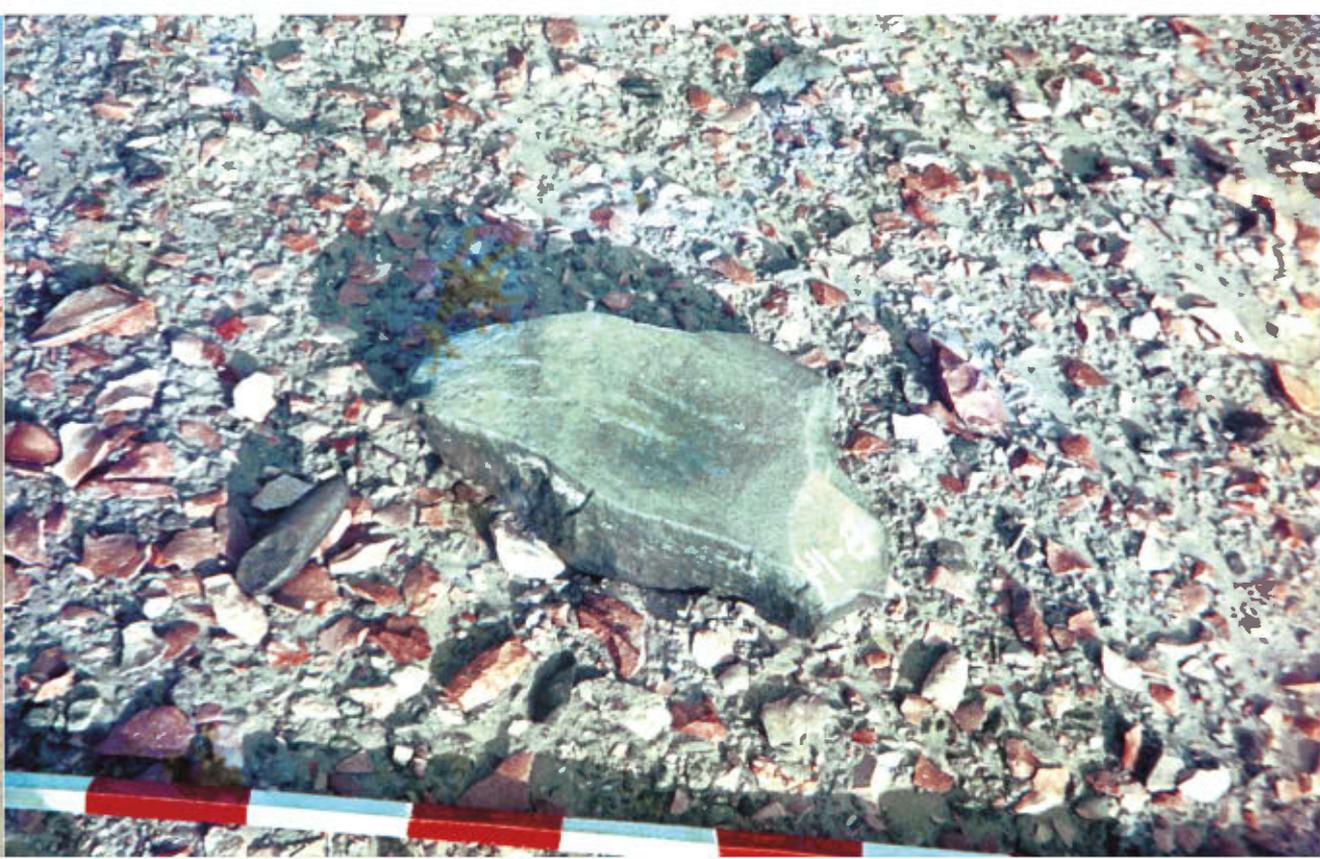


litoral norteño, no permite visibilidad mayor a veinte centímetros. de profundidad, cuando el mar está en plena “baja” y quieto; la velocidad de locomoción de estos peces hace que sean muy difíciles de arponear. Además de ser especies cuyo hábitat se encuentra a más de cien metros, promedio, mar afuera, al que se puede llegar con botes o con un sistema de pesca con anzuelo o buceando. Finalmente la lanza pierde totalmente su fuerza de penetración a un máximo de 30 – 40 centímetros de profundidad cuando es arrojada al agua, experiencia que hemos realizado en repetidas oportunidades con docentes de la Facultad de Pesquería de la Universidad Nacional Agraria La Molina.

Actualmente, en la amazonía se pesca con flechas; pero el equipo y el medio es diferente. Se emplea la canoa para ingresar a las partes hondas donde el agua está quieta, tiene visibilidad o poca corriente (cochas) y las especies son de locomoción más lenta.

Por supuesto que los pajjanenses han aprovechado los peces y los mariscos por recolección de playa y que éstos constituyeron parte de su dieta; pero de ahí a generalizar y considerarlos sólo “cazadores de peces” es incurrir en grave error; más aún si los establecimientos se encuentran entre los 15 a 25 kilómetros del actual litoral, y a los campamentos de

↑ Taller en Cerro Yugo frente a la Pampa de Los Fósiles. Pajján. Foto del año 1970.



↑ Yunque, percutor, lascas, preformas y otros encontrados al centro de un taller de Cerro Yugo.

paso se les registra en un radio de 40 kilómetros tomando como eje los asentamientos de Cupisnique y Cerro Yugo respectivamente.

Al respecto César Gálvez opina:

No hay explicación razonable para entender cómo poblaciones relativamente estables en el interior del valle pudieron haber elaborado puntas de proyectil Paiján para cazar peces de gran tamaño en el litoral... Más aún si no se han encontrado osamentas de estos peces en los basurales de los campamentos excavados en el valle medio. Por contrario, el reporte de puntas de proyectil Paiján convencionales en el valle medio y alto alude a su utilización in situ para la caza terrestre... (1999:52)

En el sector oriental del fondo de la quebrada de La Camotera y en la ladera oeste del cerro Cuculicote se registran puntas Paiján aisladas con el tipo de rotura producida por el choque, lo cual permite interpretar este sector como un área de caza... (Ob. Cit. 53)

Se debe indicar a aquellos que no han tenido la oportunidad de conocer los asentamientos paleolíticos de Paiján y en general de toda la costa

norte, que esta zona presenta actualmente en un sólo nivel (0-5 cm de la superficie) todos los restos arqueológicos. Es decir, no existe estratigrafía. No porque la ocupación corresponda a un solo momento, sino porque los fuertes vientos y las lluvias la han erosionado, dejando todos los contenidos pesados sobre el nivel duro del suelo natural. Al parecer, se han sucedido asentamientos de grandes dunas sobre los talleres, luego el cambio de dirección de los vientos arrastró la arena, dejando los restos líticos limpios, con la clásica laca del desierto en superficie, a manera de mantos rojizos sobre el suelo duro.

Hemos observado fotografías aéreas de las décadas de 1940 y en especial fotografías de don Rafael Larco tomadas en Cerro Yugo y Pampa de los Fósiles, anotando que los sitios de mayor concentración de restos líticos que encontramos en el año 1968, se hallaban cubiertos por grandes dunas (7°34'44.48" latitud sur y 79°20'55.85" longitud oeste), (7°34'35.86" latitud sur y 79°20'43.35" longitud oeste). Esto nos explica por qué don Rafael no halló los campamentos de cerro Yugo pudiendo recoger sólo pocos bifaces incompletos en la Pampa de los Fósiles; de ahí que su primera colección no contara con alguna punta de las que abundan en el sector por nosotros descubierto. Lo mismo debió ocurrir en Cupisnique, con Ubbelohde – Doering, que no registró el área de grandes talleres en Piedra Escrita. Ello nos permite sustentar que estas características eólicas recortan las posibilidades de encontrar secuencias y asociaciones estratigráficas precisas.

A este fenómeno se debe sumar los eventos de El Niño con sus periódicas lluvias intensas. El factor climático y El Niño son variables de intensos disturbios estratigráficos y de sedimentación en la región. Ambos deben tomarse en cuenta muy seriamente. La crónica de Antonio de Ulloa transcrita en el capítulo III (pag 79) confirma esta idea.

Nosotros hemos sido testigos de los fuertes vientos que soplan en los meses de junio - octubre en estos desiertos, arrastrando arena con tal intensidad, como las actuales paracas del sur peruano.

Si las posibilidades de hallar asociación directa de restos óseos con instrumentos líticos en estratos son remotas, queda la alternativa de establecerla entre los restos de superficie por asociación de actividades. Es decir, la presencia de relictos, algarrobales especialmente, y de grandes despellejadores, raederas, puntas foliáceas, no puede estar asociada a la caza de lagartijas y zorros del desierto que es la fauna actual; sino a herbívoros y carnívoros que se desarrollaron en un contexto de sabana o llanura, que se movilizaron paralelos al mar y también subiendo y bajando periódicamente de los Andes, como en



↑ Despellejadores
en las Pampas
de Paiján.
Colección
Jaime Deza
Rivasplata,
Museo de
Arqueología de
la Universidad
Nacional de
Trujillo.

la actualidad lo hacen los cérvidos y osos de lo que dan fe muchos cazadores del lugar.

Ello no descarta que algunos instrumentos hayan sido utilizados en determinadas circunstancias como arpón, como también pudo ser una varilla de sauce (*Salicáceas*) o una piedra ante la oportunidad de hacerse de una presa; pero de ahí a calificarlo como pescador con arpón exclusivamente es otra cosa. El hecho de desconocer esta realidad y basar toda interpretación sólo en la descripción morfológica de los restos, sin un estudio paleo ecológico, sistémico, de su ubicación, ha llevado a lamentables errores.

El hallazgo en superficie de una diversidad de herramientas, de osamentas animales y humanas, y restos de fuego, con fechados semejantes, nos permiten plantear su asociación espacio - temporal.

Las exploraciones en esta extensa zona descubren que el hombre cazó en la región, acampando a orillas de los ríos entonces vigentes y cerca de buenas canteras para trabajar los instrumentos que necesitó. Este hombre se ubicó de preferencia en las partes elevadas del terreno, ya sea en las partes abrigadas de los cerros o en pequeñas prominencias de la pampa, y vivió improvisando campamentos al aire libre o en habitaciones pequeñas, por debajo del nivel del suelo, defendidas con biombos de piedra estriada.



Los fechados más conocidos que dan unidad cronológica a los restos (antes de Cristo) de esta cultura son:

↑ "Río seco" que
nace en Cerro
Yugo. Paján.

La Cumbre (P. Ossa)	8535 ± 280,	10630 ± 700
Quirihuac (P. Ossa)	10400±700	10795±350
Cerro Yugo (C. Chauchat)	7020 ± 650	7930 ± 820
Cupisnique (F. Engel)	7950 ± 135	
Tablada de Lurín (J. Deza)	7437 ± 100	
Tablada de Lurín (P. Weiss 1970)	7150 ± 200	
Ancón (E. Lanning)	6470 ± 160	6490 ± 160

El análisis de colecciones particulares y material de campo, aunque muchos artefactos quebrados en la etapa final de retoque con percutor blando, nos permite clasificar la parafernalia del Paijanense, basándose en criterios tecnológicos, en: hojas de base redonda, con pedúnculo, bifaces, cuchillos, navajas, morteros, percutores, instrumentos para producir fuego, núcleos, lascas, piedras esféricas u ovoides (¿hondas?) y otras formas.

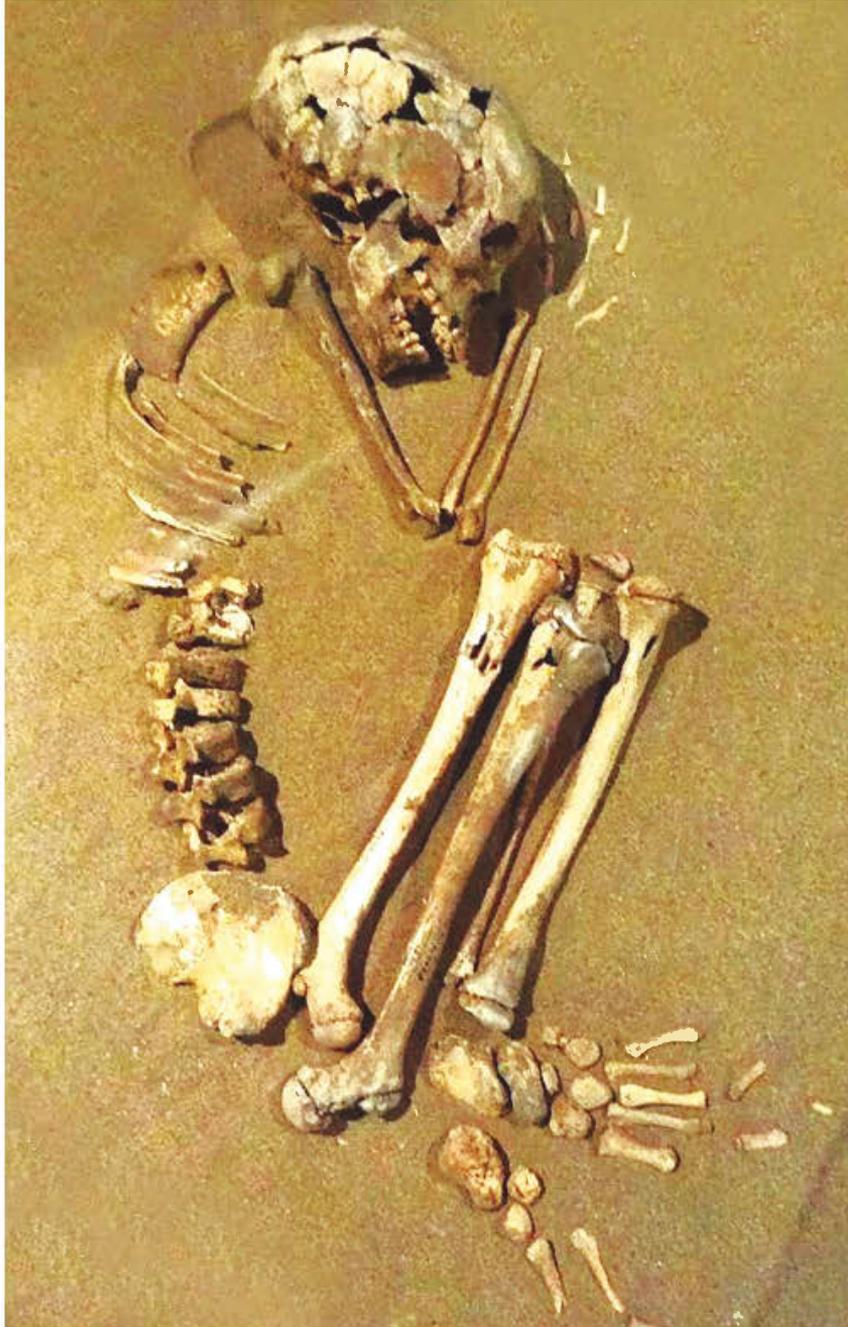


↑ Talleres a orillas
del "río seco"
que nace en
Cerro Yugo.
Paiján.

Tal vez la equivocación, de proponer un tipo de dardo único, parte del concepto de "pescador especializado", al suponer que ello lo llevó al dominio de una técnica eficaz con un instrumento de mayor precisión con la que obtuvo el menor margen de fallas, se refiere a un modelo único de puntas de distal muy agudo y base pedunculada.

Cacería especializada, contrariamente significa la destreza y habilidad del hombre para aprovechar la biomasa de su hábitat, incluso con selección de edades y preferencias, que lo llevó a inventar una parafernalia de caza variada, eficaz y con técnicas de cacería o entrapamiento específicas, con las que atrapó también una variedad de especies en diferentes momentos, según las cíclicas migraciones.

Ello nos estaría explicando la diversidad de puntas de proyectil y otros artefactos, reconocidas por sus características (material, distal, bordes, base, peso) en asociación al conocimiento de las zonas vulnerables, velocidad y respuestas al dardo por el animal a cazar. Ejemplos se tienen muchos en la conducta de estos pueblos estudiados por la Antropología. En la actualidad podemos observar a los mitayos (cazadores) de nuestra amazonía como emplean según determinada especie a cazar diversas armas: lanceoladas, con dientes de arpón, de bodequera, punzantes, para



← El Hombre de Paiján. Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de Trujillo.



↑ Bases de puntas halladas en las pampas de Paiján y Cupisnique.

golpear con una pequeña punta que desangre, etc. No existe la forma única predeterminada, sino la diversidad de dardos que hace eficiente la apropiación de las especies con las que convive en enfrentamientos constantes.

Pretender el empleo sólo de un tipo de proyectil, por muy desarrollado que éste sea, es reducir su capacidad de observación y creatividad a un comportamiento monótono, que no se dio siquiera con el *Pithecanthropus*; peor aún, interpretar desde nuestra experiencia, la conducta del cazador, tan lejana, tan distante, tan plena de creatividad.

La diversidad en la tipología paijanense debió estar en relación a las especies a cazar. A cada forma o tipo de punta correspondería una o varias especies determinadas, de ahí su gran desarrollo como cazador. Una punta grande corresponde a animales grandes, fauna que debió ser en determinadas épocas procedente de las alturas andinas en su recorrido cíclico hacia la costa, siguiendo ambientes climáticos o alimentos. La punta de distal agudo y prolongado debería corresponder a animales de movimiento lento, lo que no significa que en determinados momentos hayan sido empleadas para dar muerte o enfrentar a cualquier presa que encontraran en su camino. Que esto ha ocurrido lo están demostrando las recientes investigaciones a las que se sumarán nuevos descubrimientos, pues apenas estamos investigando tal formación social.

La tipología de sus artefactos que proponemos, está documentada con frecuencias estadísticas, por lo tanto no son formas casuales en el proceso de talla, pues desde el inicio de ésta ya se observa la búsqueda de un tipo determinado; así los pedúnculos y los extremos distales van apareciendo progresivamente, luego tallarían las vulvas centrales y las no pedunculadas terminan con bordes acerrados de golpe suave, alterno, por presión. Como herramientas cortantes son abundantes las navajas y raspadores de diferentes tamaños, contrariamente los cuchillos lenticulares obtenidos por un golpe a percusión sobre un canto rodado no existen, estas formas de obtener instrumentos cortantes simples aparecerían miles de años después.

Planteada nuestra hipótesis, sin más variables que las condiciones ambientales, la biomasa que existiría y las técnicas de caza desarrolladas por los paijanenses, propongo la siguiente clasificación de las puntas de lanza, fruto de la frecuencia estadística, que corrige mis propuestas empíricas anteriores (Deza 1972,1974, 1991), considerando que el método científico avanza de corrección – error – corrección y más aún en la ciencia arqueológica, que es justamente este proceso la que la califica como ciencia y la pone a un paso delante de los anticuarios.

- a) Foliáceas: Hojas de laurel con puntas de base semi redonda, de extremo distal formado por lados ligeramente convexos, acerrados y convergentes.
- b) Pedunculadas: Con puntas de base alabardada con pedúnculo y extremo distal, agudo a muy agudo, largo con una inflexión pronunciada en el tercio superior, o de lados rectos, paralelos y convergentes.
- c) Un posible grupo de foliáceas que presentan una ligera hendidura en los extremos laterales de la base.

En el primer grupo se registran cinco subtipos y en el segundo diez subtipos; diversidad de formas y tamaños que indudablemente, como se ha dicho, debieron estar asociadas a las especies y técnicas de caza.

La información obtenida nos orienta a imaginarlos en momentos de descanso, en sus noches con fogata defensiva o asando el alimento común, donde el concepto “mío” no tiene aún pronunciación. Siendo la manera más correcta de definirlos, como la armonía de sus miembros y de ésta con el medio ambiente. Así vivieron miles de años, estos antepasados nuestros de cuyas experiencias somos aún legatarios.

TIPOLOGÍA DEL PAIJANENSE

Colección Jaime Deza Rivasplata
Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de Trujillo.

1. HOJAS DE LAUREL



Tipo 1.1

Hoja de laurel
"gigante"

↑
25 cm



← 8.1 cm →

↙ 1.1 cm ↗

Tipo 1.2

Hoja de laurel
"grande"

↑
18 cm
↓

← 4.3 cm →

↙ 1.1 cm ↗





Tipo 1.3

Hoja de laurel
"mediana"

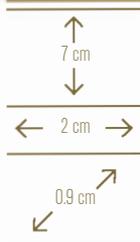
↑
11.6 cm
↓

← 4.3 cm →

↙ 1 cm ↗

Tipo 1.4

Hoja de laurel
"pequeña"



Tipo 1.4

Hoja de laurel
"pequeña"



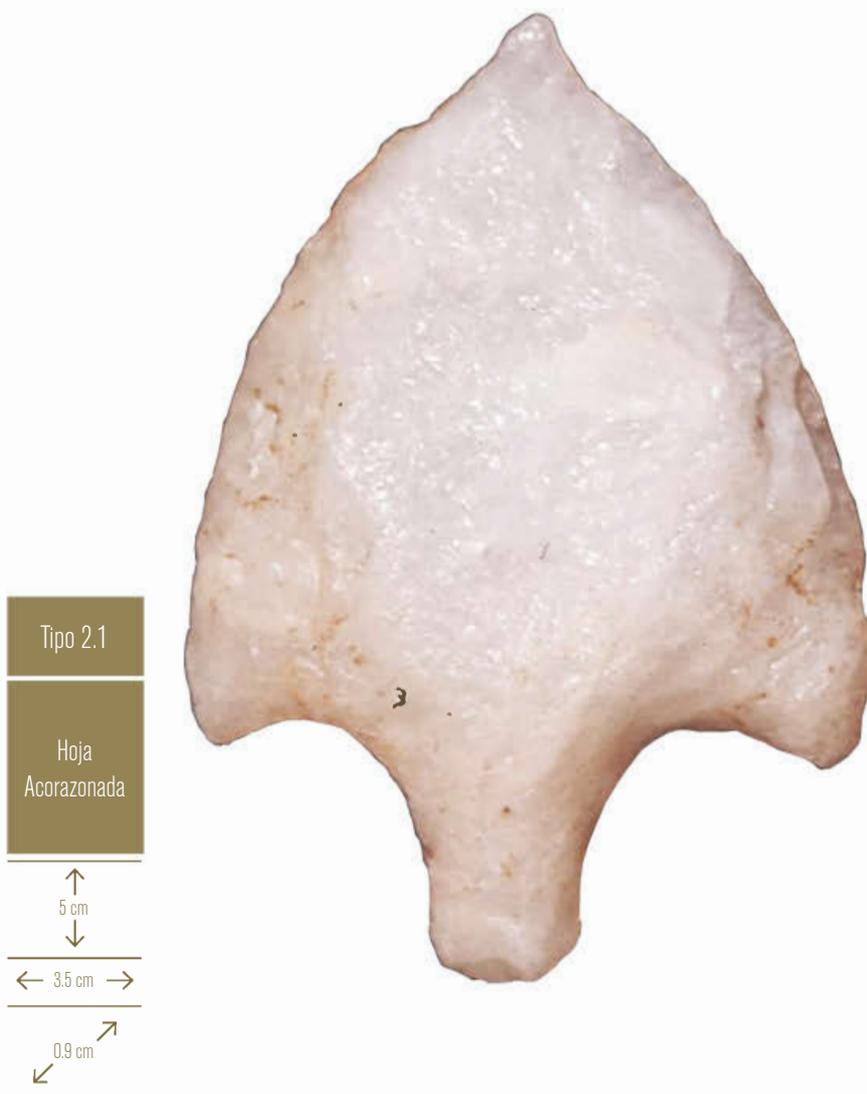


Sin Frecuencia Estadística

Hoja de Rosa



2. HOJAS PEDUNCULADAS





Tipo 2.1

Hoja
Acorazonada

↑
7.5 cm



← 2.8 cm →

↙ 0.8 cm ↗

Tipo 2.2

Hoja Aguja

↑
10.2 cm
↓

← 2.1 cm →

↙ 0.8 cm ↗





Tipo 2.2

Hoja Aguja

↑
12.3 cm
↓

← 1.7 cm →

↙ 0.8 cm ↗

Tipo 2.3

Hoja Triangulada





Tipo 2.3

Hoja Triangulada

↑
11.3 cm



← 3.3 cm →

↙ 0.8 cm ↗

Tipo 2.4

Hoja trapezoide,
de bordes rectos
convergentes

↑
6.5 cm



← 2.4 cm →

↗
0.7 cm





Tipo 2.4

Hoja trapezoide,
de bordes rectos
convergentes

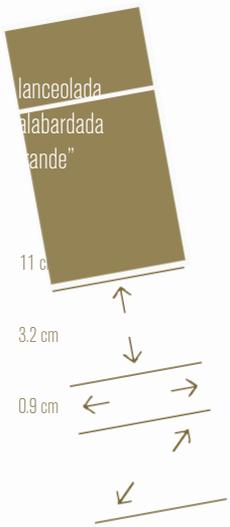
↑
5.8 cm

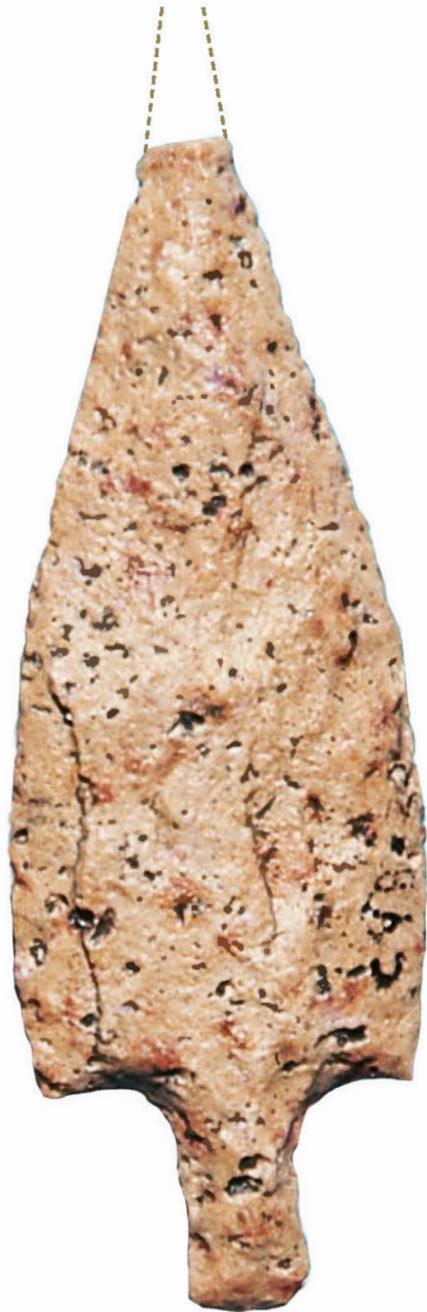


← 2.3 cm →

↗
0.8 cm







Tipo 2.6

Hoja lanceolada
base alabardada
"mediana"

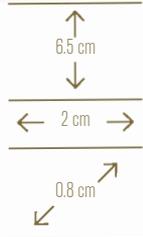
↑
8 cm
↓

← 2.2 cm →

↙ 0.9 cm ↗

Tipo 2.7

Hoja lanceolada
base alabardada
"pequeña"





Tipo 2.8

Hoja de laurel
con pedúnculo

↑
6 cm

↓

← 1.8 cm →

↗
0.8 cm

↙



Tipo 2.9

Hoja de
triángulo
equilátero

↑
3.5 cm
↓

← 3 cm →

↗
0.7 cm
↙



Tipo 2.10

Hoja
re-aprovechada

↑
4.6 cm



← 2.1 cm →

↙ 0.8 cm ↗



Dardos
triangulares de
cuarzo



El Juniense

En las punas de la Sierra Central del Perú, comprendiendo las regiones de Junín, Ayacucho, Ancash, Pasco y Huánuco, entre los 3400 y 4600 metros de altitud, caracterizadas por una eficiencia térmica muy baja, de “páramo húmedo” que sostiene una variedad de animales silvestres como cérvidos, camélidos andinos, roedores, aves, mamíferos pequeños y un tipo peculiar de rana gigante (*Batrachophrynus macrostomus*), casi en extinción, que se registra en los lagos andinos a tales alturas, se encuentran registradas más de dos centenares de cuevas y un centenar de abrigos rocosos, cuyos indicios nos muestran ocupaciones muy tempranas, lo que ha traído la atención de estudiosos, por lo que podemos decir que caracteriza a la sierra central la existencia de diversos lugares con concentración de industrias líticas, que en su mayoría han sido ubicadas en cuevas y abrigos.

En estas alturas se registran las morrenas de finales del pleistoceno “Antarragá”, fase climática fechada entre diez mil y doce mil años (Cardich 1964), que marcaron los movimientos migratorios de los cazadores.

Los principales restos culturales que han sido estudiados en estas cuevas y que tienen diez mil o más años de antigüedad son: El hombre gregario de Pachamachay, Ccorimachay, Parimachay en Ondores (Junín), que datan de 9 850 aC. (Rick 1984 y Matos 1976), el supuesto primer pastor andino de Telarmachay a 4420 m.s.n.m. en San Pedro de Cajas (Tarma) (Lavallée 1975); Uchkumachay, Panaulauca (Kaulike 1979, 1980a, 1980b, 1994); Pachacayo y Canchaillo en Jauja (Oreficso y Mota 1984; Mallma 2001; el abrigo de Tschopik a orillas del río Cunas (Chupaca, Huancayo) (Fung 1959); Piedras Gordas en Cerro de Pasco (7995 ± 55) (Hurtado de Mendoza, 1978, 1979), entre otros.

Estas industrias tienen características similares, son instrumentos que pertenecen a las actividades de caza, recolección y experimentación agrícola. La información obtenida lamentablemente no es muy amplia.

Lo cierto es que existen muchas más zonas de vida en esta región como Lomo Largo (Jauja - Tarma) o la correspondiente al río Cunas, afluente del Mantaro, donde hemos observado en cuevas restos de dolococéfalos y láminas en superficie con bordes a presión de técnica paleolítica.

También en La Oroya, en el sector de Yaros de las SAIS Túpac Amaru (11° 41,239' S / 75° 45,828' O. Altitud: 3977 m.s.n.m.) a la altura del





Las tres cuevas de Yaros. Se registra artefactos paleolíticos, con una ocupación que concluye hace cinco mil años, a decir de un batán de molienda de granos. No se registra cerámica.
Fotos: Julio 2016 Expedición de las Lanzas / 161

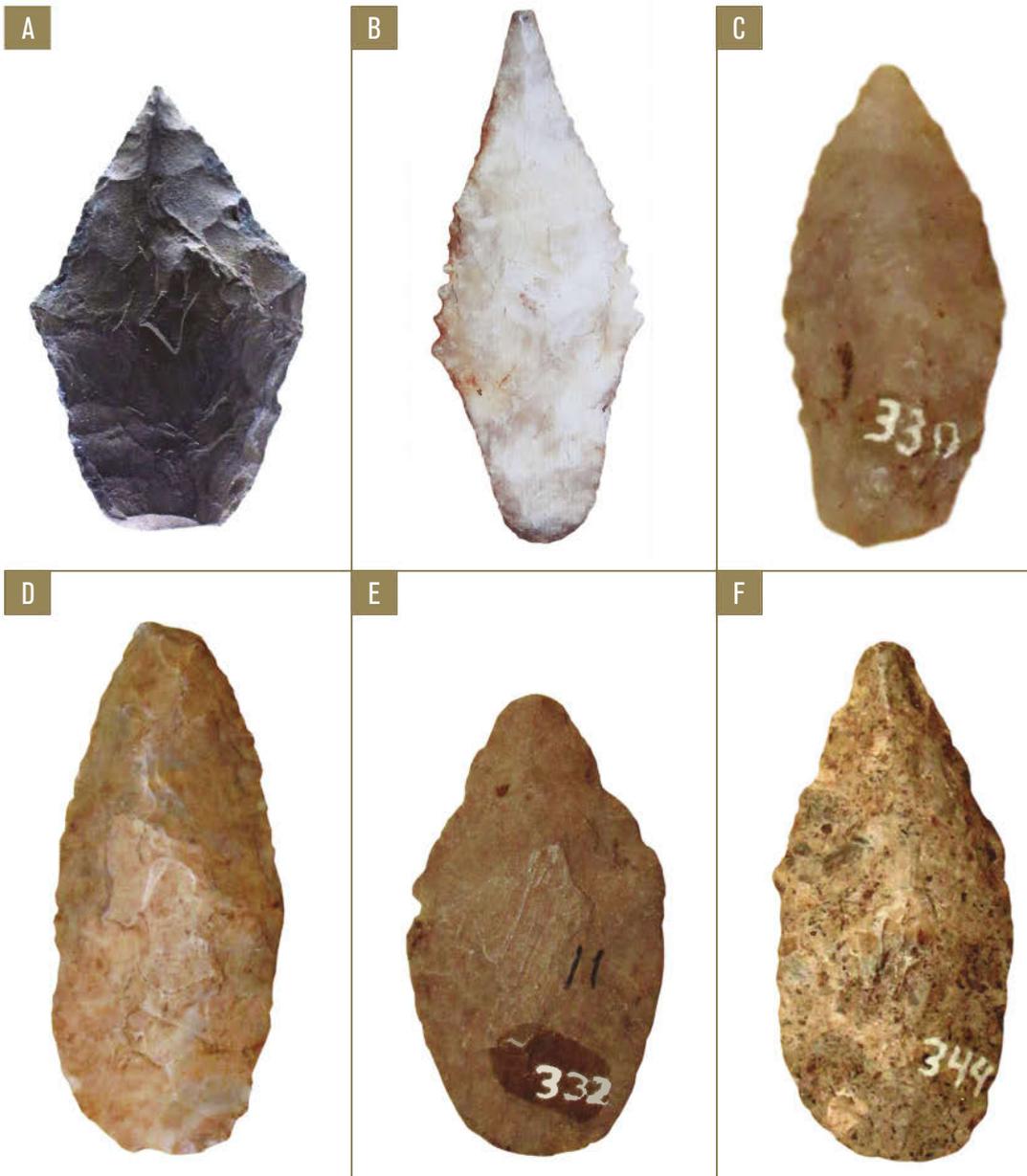
kilómetro 29,5 de la carretera La Oroya - Huancayo, el autor descubrió en el año 1974 tres cuevas de colosales dimensiones (10 metros de ancho, 3.5 metros de alto y 30 metros estimados de largo) la mayor a orillas de una pequeña laguna seca, afluente del río Mantaro en la que hemos registrado lascas de obsidiana transparente de factura paleolítica con una ocupación de diez mil a cinco mil años, a decir por la presencia de un batán.

Paseando los campos, luego de la cosecha de papas, recogíamos tanto en las chacras de San Jerónimo, Concepción y Chupaca, como en Jauja (Deza 1979) con determinada frecuencia, puntas de dardo de diversos tamaños y formas, siendo las más frecuentes y que caracterizan a la región, las talladas en lascas, de forma romboidal, de tres a cinco centímetros de largo, base semicircular, con barbas en los hombros en el tercio medio - superior, con 10 000 años de antigüedad deducida, por asociación con otras similares encontradas en excavaciones y por el autor en Tablada de Lurín.

Cerca a esta región, cuya tradición es similar, se encuentran la caverna de Huargo o Huacuamachay (11 500 ± 700 a.C.) que posiblemente estuvo pintada en toda su extensión (Cardich 1974) y *Lauricocha* (7525 ± 250 a.C.) en Huánuco (Cardich 1964), que fuera el primer hallazgo arqueológico que hizo retroceder, a decir de Hernán Buse de la Guerra, en una tarde cinco mil años de historia andina. Su fechado recibido primero con escepticismo fue siendo aprobado y repetido a medida que nuevos estudios se fueron desarrollando en los Andes. Fue la primera noticia de la presencia del hombre cazador de camélidos, que Augusto Cardich sustentó en la famosa Mesa Redonda de Arqueología organizada el año 1958 por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Se trata de cazadores cuyo material lítico está representado por cuchillas y preformas de puntas pues no se registraron formas definidas, lamentablemente este material ha desaparecido del Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia, siendo ya imposible su revisión.

El hombre de Pikimachay

La cueva de Pikimachay se encuentra en el Distrito de Pacaycasa, Provincia de Huamanga en la margen izquierda del kilómetro 12 de la carretera Ayacucho-Huanta, a 2 850 m.s.n.m. A fines de la década de 1960 el arqueólogo Richard MacNeish de la Universidad de Calgary desarrolló un proyecto arqueológico y botánico en el departamento de Ayacucho, descubriendo más de medio millar de yacimientos; pero



↑ Tipología del Juniense. A y B, pertenecen al Museo Nacional de Antropología, Biodiversidad, Agricultura y Alimentación de la Universidad Nacional Agraria La Molina. C, D, E y F, colección Jaime Deza Rivasplata, Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de Trujillo.

sus principales investigaciones se centraron en las cuevas Piquimachay y Jayhuamachay.

En el interior de la primera, MacNeish (1968) distinguió los siguientes niveles o estratos a los que les dio estas características generales:

Pacaicasa (20 000 -13 000 a.C.): Cazadores recolectores / Lítico.

Ayacucho (13 000 -11 000 a.C.): Cazadores recolectores / Lítico.

Huanta (11 000 – 9 000 a.C.): Cazadores recolectores / Lítico.

Puente y Jaywa (8 000 – 6 000 a.C.): Cazadores recolectores / Lítico.

Piki (6 000 – 4 000 a.C.): Arcaico, Horticultores experimentadores incipientes.

Chihua y Cachi (4 000 – 2 000 a.C.): Arcaico formativo.

Esta cueva sirvió como habitación o refugio temporal a los cazadores recolectores, cuya presencia es propuesta por la existencia de artefactos de piedra asociados con restos óseos de animales, algunos ya extinguidos, instrumental lítico muy tosco, como: chancadores, despellejadores, raspadores, puntas unifaciales y algunas puntas triangulares realizadas en hueso.

El primer nivel o Pacaicasa ha sido cuestionado y no es aceptado, pues por las características de los restos líticos éstos parecen ser naturales; es decir, desprendidos de la cueva ya que todos a excepción de uno de basalto, son de toba volcánica y no tienen huellas de trabajo humano.

El segundo nivel o *complejo Ayacucho* es más convincente, en él se encontraron diversas herramientas, como cuchillos y puntas unifaciales elaboradas con distintos tipos de piedra (basalto, calcedonia, pedernal y cuarcita) aunque en su mayoría son restos de toba, del mismo material de la cueva, lo que genera dudas por su naturaleza, asociados en el mismo nivel con un fragmente de húmero de perezoso fechado en $12\,200 \pm 180$ a.C., restos de caballos, venados, camélidos, megaterios y aún en discusión mastodontes y tigres dientes de sable. Cabe destacar el hallazgo de la mandíbula con sus dientes, un radio, falanges y costillas de un niño, que serían los más antiguos restos humanos de los Andes Centrales.

Actualmente, se considera probable que la presencia humana en Ayacucho se remonte a 12 000 - 13 000 a.C., es decir a fines del Pleistoceno.

Los niveles Ayacucho y el siguiente Huanta, fueron cubiertos por toneladas de roca que cayeron del techo de la cueva, suceso que MacNeish fecha entre 9 000 y 7 000 a.C. y sobre el desplome se dieron



← Punta de Guitarrero, Callejón de Huaylas, Ancash, Perú (Lynch, 1971)

nuevas ocupaciones, que MacNeish asigna a los complejos Jayhua, Piki y Chihua, que son ya del Holoceno y corresponden al periodo de inicios de la agricultura, cuyos ocupantes cultivaban la quinua y las calabazas y fueron criadores de cuyes, como lo evidencian sus coprolitos, huesos y restos de corrales con fogones que se encontraron.

Fuera del contexto ambiental de la Sierra Central, se encuentra en el Callejón de Huaylas la cueva de *Guitarrero* al norte de Shupluy, cerca a Mancos, provincia de Yungay (Ancash) y para mayor referencia mirando al gran coloso Huascarán, ubicada a 2 580 metros de altitud y a orillas del río Santa (Lynch 1971). Este lugar muestra cuatro grandes momentos de ocupación, el primero correspondiente a la actividad de caza fechada en $10\ 560 \pm 360$ años a.C.

Como prueba, en los estratos más profundos de la cueva se encontraron restos de carbón de los fogones, así como artefactos líticos toscos: raspadores, chancadores, martillos de piedra, una punta lanceolada con pedúnculo semicircular ancho y bordes acerrados, parecida a un tipo de puntas paijanenses, así como un pequeño cuchillo bifacial. Asociados a esta primera ocupación se encontró además un premolar y una falange humana.

Por el sur, tenemos la cueva y abrigos de *Toquepala*, llamada la “Cueva del Diablo” (cueva que tiene 10 metros de profundidad, 5 metros de ancho

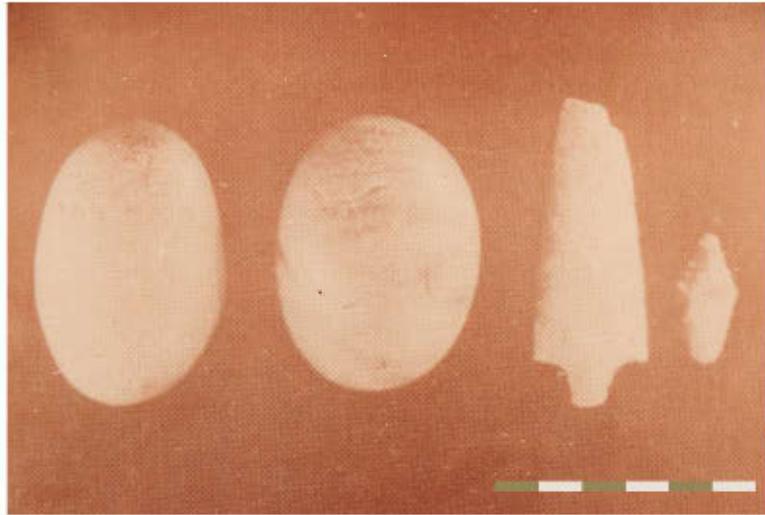
y 3 metros de altura), que se ubica a trece kilómetros del campamento de la mina de cobre de Toquepala, Tacna. En ella se realizó el primer estudio de pinturas rupestres, descubiertas en 1960. Presenta en una de sus paredes un conjunto de escenas de cacería en las que prima el color rojo. El lugar fue estudiado por Emilio Gonzales (1963) quien obtuvo el fechado de 7580 ± 160 años a.C. Años más tarde Jorge Muelle con Rogger Ravines (1971) profundizaron las investigaciones obteniendo el fechado de 7490 ± 140 años a.C. Los restos más antiguos se encuentran en el nivel inferior o estrato N°5, en él se han registrado puntas foliáceas largas y anchas de sección lenticular muy delgada de 4 mm de espesor y retoque escamoso; además, raspadores escotados y buriles o punzones, cuyo material predominante es el cuarzo, cuarcitas y jaspe.

El Hombre de Lurín

Al respecto, debemos decir que no es correcto calificar de unilateral la actividad del hombre paleolítico, él simplemente aprovechó todos los recursos de su medio, lo demuestran también nuestras excavaciones arqueológicas en la Tablada de Lurín (Lima), donde registramos en un estrato cultural, aislado y único, que corresponde al piso de una choza circular, en relación al fogón principal, una punta Paiján, una punta Junín y veinte piedras para “honda” de similares dimensiones (Deza 1985, 1994) asociadas con 3,850 valvas de macha (*Mesodesma donacium*), restos óseos de diez peces (“corvina”, *Sciaenidae sp* y “sucó” *Paralonchurus peruanus*), un cangrejo (*Homalaspiss sp*), once chanques (*Concholepas concholepas*), ocho fragmentos de huesos de aves y veinticuatro huesos quemados de tibias de cuatro ejemplares, difíciles de identificar, que podrían tratarse de venado (*Odocoileus virginianus*), abundante caracol terrestre fragmentado (*Scutalus sp*) y cuchillos de borde escamado. Todos en un área de perfil lenticular, de 45 m² y alrededor de un fogón principal de 3,5 m², de 1,6 m de diámetro y 30 cm de espesor, fechado con 7460 ± 100 años a.C.

En este lugar las investigaciones se han venido desarrollando desde la década de los sesenta del siglo pasado, gracias a la meritoria labor de la Dra. Josefina Ramos de Cox (+) como Directora del Seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú. A mí me tocó la oportunidad de participar durante los años 1976 – 1980 cuando sus discípulos continuaron la obra pionera de esta gran mujer.

Nos señalamos desde un principio localizar un sitio que se conserve no disturbado por ocupaciones culturales posteriores. Buscamos un lugar



↑ Piedras ovoide para honda, punta de lanza tipo aguja paijanense y punta romboidal del juniense, halladas en el fogón de una choza en la Tablada de Lurín, Lima.

que por sus características debió ofrecer posibilidades óptimas para acampar y éste podría encontrarse en la falda de una colina, ser fresco en verano y de aprovechamiento máximo de sol en invierno, con vista al mar y a la pampa y que descansa en terreno duro. Ello fue posible de ubicar en la falda oeste del cerro Tres Marías (latitud sur: 12°15'12", longitud oeste: 76°50'8"). Vivienda que debió estar ocupada por un tiempo no mayor de 30 días a decir de los restos de alimentos.

La presencia del mencionado fogón asociado a restos óseos y tres fogones secundarios asociados a restos marinos nos indican que los ocupantes fueron recolectores en las playas, cazadores en la loma y por las manos de mortero recolectores de gramíneas.

El hallazgo de veinte piedras ovoideas de similares proporciones, (60 mm de largo, 45 mm de diámetro) halladas en paquete, juntas, obliga a reconocerlas como piedras para hondas, instrumento registrado también por Frederic Engel en Chilca con nueve mil años de antigüedad. Lo que indica que estamos en presencia de un tipo de instrumentos de caza tan antiguo como las puntas de lanza.

El registro de una punta (tipo aguja alargada) con pedúnculo tipo Paiján, hallada cerca al fogón principal de la vivienda, fracturada en el extremo distal, de 67 mm, que por proyección debió tener 160 mm de largo, 25 mm de ancho máximo a la altura de los hombros y 9 mm de espesor, de lados rectos y convergentes, pedúnculo de lados convexos, junto a una punta tipo Junín, romboidal de 29 mm de largo, 14 mm de



← Cerro Tres Ventanas. Ilustración Bernardino Ojeda. Museo Nacional de Antropología, Biodiversidad, Agricultura y Alimentación de la Universidad Nacional Agraria La Molina.

ancho a la altura de los hombros, 4 mm de espesor, de sección biconvexa con bordes obtenidos por presión regular alterna y continua, registrada en el mismo fogón, nos hace suponer la presencia o gran relación de cazadores costeros serranos en la costa central.

El hombre de Lurín empleó artefactos de tradiciones distintas para cazar, además de la intensa actividad recolectora en la orilla del mar. Este registro nos ofrece la esperanza de continuar hallando asociaciones estratigráficas que nos muestren las relaciones de los instrumentos pajjanenses con la fauna aprovechada.

La Morada de Tres Ventanas

En las alturas de Lima, en Huarochirí donde se forma la cuenca del río Lurín, en la década de los años sesenta del siglo pasado, Frédéric Engel con su gran compañero Bernardino Ojeda ubicaron en la cueva conocida como Tres Ventanas, a 3925 m.s.n.m., consistente en tres cavidades cilíndricas que penetran en forma horizontal en la cara sur del cerro del mismo nombre, restos humanos del primer periodo de ocupación con 11608 ± 170 años a.P. En el último estrato de la cueva se registraron dos tumbas, una de un adolescente de 12 a 15 años con el cuerpo pintado de líneas azules y cubierto por un manto de piel de vicuña fechado en 8896 ± 120 años a.P.; la segunda era la de un adulto con el cuerpo flexionado a un costado y las manos unidas sobre la cara,

Hombre de 25 años con honda de cuero que le rodea el cráneo. (Cerro Tres Ventanas. Fardo Nº2, Cueva II, 8896 ± 120 años a.P.). Cortesía: Foto Frédéric Engel. Museo Nacional de Antropología, Biodiversidad, Agricultura y Alimentación de la Universidad Nacional Agraria La Molina.

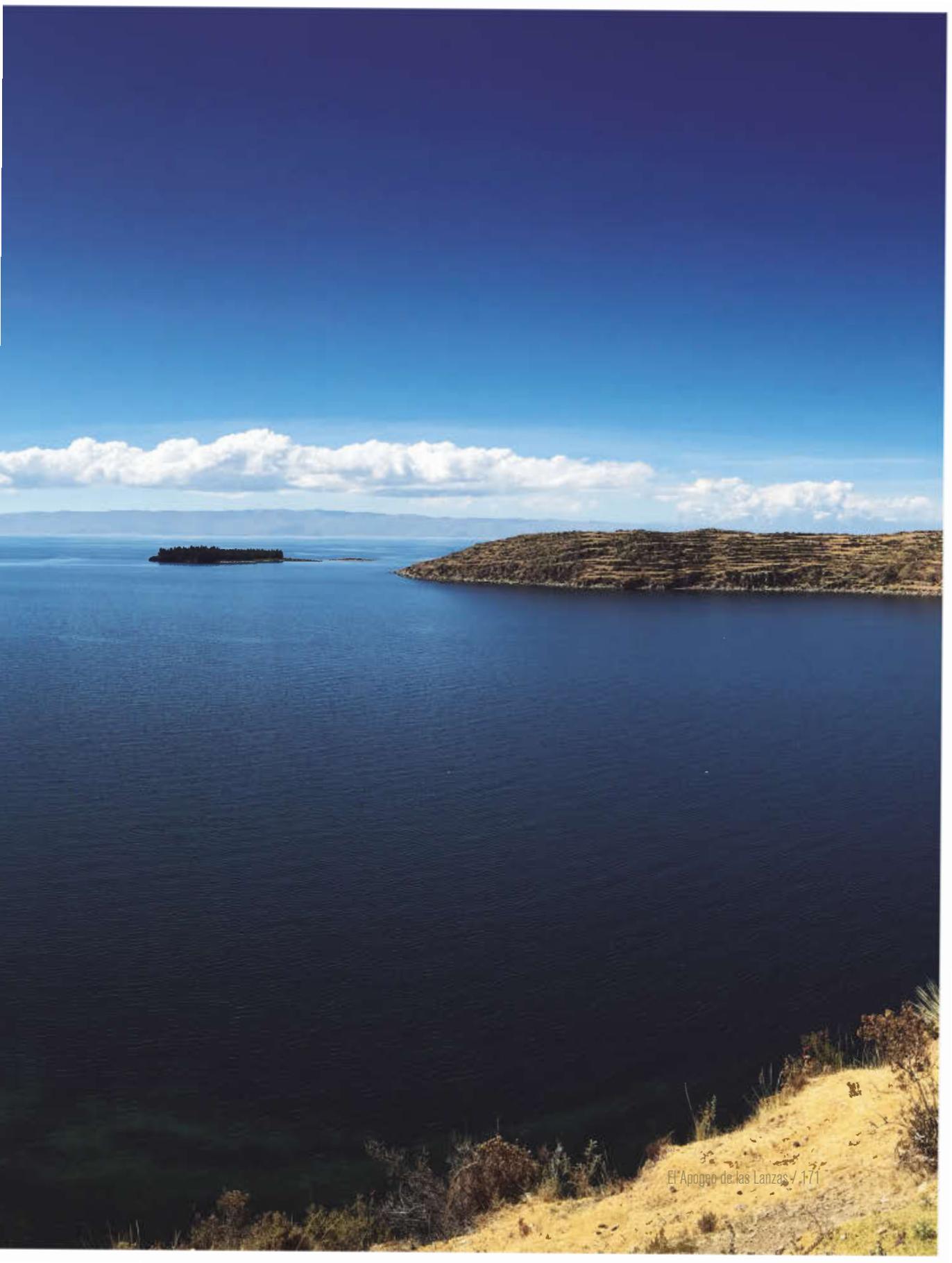


que vestía un envoltorio de piel de vicuña con una honda de cuero dando vueltas al cráneo, evidenciando la presencia de este artefacto desde hace más de nueve mil años. Más tarde encontraríamos las piedras ovoides para la honda en Tablada de Lurín.

Además de los sitios mencionados, tenemos al hombre del Cumbe o Cajamarca (8505 ± 115 a.C.) para el que Augusto Cardich, su investigador, propone diez mil años y representa una corriente del paleolítico sin puntas, tan sólo con navajas y otros artefactos de lascas. También los restos de Amotape, Tumbes (9250 ± 15 y 6175 ± 80 a.C.); Siches o Sicchez al norte de Piura con 6050 ± 140 años a.C. (James Richardson III 1978); Lomas de Ocoña, Playa Chira en Mariscal Cáceres y Sumbay a espaldas del Misti, Arequipa (8000 a 6000 años a.C.); el marisquero y pescador con redes de la Quebrada de Tacahuay que David K. Keefer descubrió en Ilo, Moquegua, con una antigüedad de 11 mil años a.C. y es propuesto como el primer pescador en la región; la quebrada de Jaguay (Camaná) con 8200 ± 140 a.C. (Engel 1987:29), Playa Honda, Chilca con 7700 años a.C. (Engel 1991:27); Quishqui Puncu, Ancash (Lynch 1970); Ranracancha (Huánuco); las cuevas y abrigos con pinturas rupestres en Huayllay (Cerro de Pasco) y Viscachani (La Paz) con sus dardos tipo hoja de Laurel descubierto en el año 1954 por Dick Edgard Ibarra, entre otros, pero que merecen mayores investigaciones.



© Jaime Deza Rivasofata





CAPÍTULO 5: LAS FORMACIONES AUTÁRQUICAS

Las condiciones del medio

A inicios del Holoceno o post glacial temprano, hace nueve mil años, tal parece, nuestro dolicocefalo ancestral se va extinguiendo, dejando el espacio a los meso y braquicefalos, quienes desarrollan una nueva economía que respondería de manera eficaz a las condiciones ambientales e innovadoras. Este estadio corresponde al Interglacial Medio o Lauricocha II y III (8000 – 4000 a.P.), caracterizado en líneas generales por ser un clima cálido con incremento del cauce de las aguas superficiales.

Pero las condiciones climáticas en el área andina no fueron similares ni en el espacio ni tiempo. En la costa se observa hace nueve mil años el inicio de un proceso de desertización, las lluvias se hicieron cada vez más espaciadas, el límite de descargas avanzó hacia las primeras estribaciones andinas a treinta o treinta y cinco kilómetros aproximadamente del actual litoral. Fueron años de grandes cambios ambientales (que propongo a manera de hipótesis) para retornar hace seis mil años, sino un clima similar al del paleolítico, sí un periodo de lluvias y renacimiento de las cuencas costeñas, que hicieron posible el asentamiento de pueblos pescadores experimentadores en el litoral, que construyeron edificios centrales y aldeas dispersas, hasta que hace cuatro mil años, las características desérticas costeñas se enseñorearon nuevamente dejando para el evento de El Niño los cíclicos cambios temporales de las actuales zonas de vida.

Es evidente la ocupación de la región por razas con economía nueva, manifiesta en numerosos restos óseos y en su instrumental lítico, construcción de edificios públicos complejos unos y funcionales otros, así como en una variada tipología de aparejos de pesca. Bandas braquicefalas de vida semi sedentaria, cuya actividad prioritaria fue el aprovechamiento de las lomas para la recolección silvestre, la experimentación agrícola y

← PANORÁMICA ANTERIOR

La gran pacarina andina, el magestuoso lago Titicaca, que alimentó a las comunidades horticultoras del altiplano. Isla del Sol, Bolivia, 2015. (Foto Jaime Deza Santibáñez).

el aprovechamiento de los recursos lacustres, de ríos y marinos, de pesca con anzuelo o simple recolección de peces varados por el mar, en el caso de la costa norte y centro, como consecuencia de las mareas rojas.

Establecidos en las lomas del litoral, en las desembocaduras de los actuales ríos de cuenca andina y en los costeros que episódicamente tenían caudal, o en las áreas húmedas de los valles interandinos, especialmente en terrenos abrigados cercanos a las lagunas y ríos, los pobladores se ocuparon de experimentar una nueva economía y adaptar instrumentos de producción, desarrollando nuevas tradiciones, de acuerdo a los diversos ambientes, oportunidades, descubrimientos e invenciones.

El hombre en el litoral desarrolló la pesca y recolección mientras que en los sitios húmedos, por filtración o desbordes y en especial en las partes altas, en las primeras estribaciones, donde los cauces secundarios se unen al río, los hombres experimentaron la siembra y observando los hábitos de los animales los domesticaron. Actitud frente al ambiente que aceleró la producción de nuevos alimentos.

A lo anterior se añade que, la diversidad de ecosistemas ayudó a desarrollar otras formaciones sociales; unas, cuyo sustento se basó en la caza y crianza de los camélidos, ubicadas en las partes altas de los Andes sureños principalmente; otras, que debieron desarrollarse aprovechando la diversidad de flora y fauna en los valles amazónicos. En la costa, las aldeas crecieron en las cabeceras de cuencas temporales en épocas de lluvias intensas, en las cercanías al mar y a orillas de las lagunas, para aprovechar la pesca y recolección.

Tales adaptaciones desarrollaron economías distintas, de las cuales la pesca y recolección condicionaron el primer nivel sedentario registrado, de aldeas dispersas alrededor de un edificio público de carácter religioso, y un proceso continuo de acumulación de experiencias, que culmina con el surgimiento de la agricultura como sustento económico principal hace poco menos de 3200 años.

Por aquel entonces el litoral ofrecía buenas posibilidades para la subsistencia, sobresaliendo la pesca como economía principal, mientras que en el interior del valle y en los valles interandinos, además de la recolección, pesca y caza, las aldeas experimentaban la producción de alimentos vegetales y la domesticación de camélidos y del cuy.

En consecuencia, el clima debió ser abrigado en la costa. Hace cinco mil años ya se hilaba el algodón silvestre o marrón (*Gossypium raimundii*) y la inea (*Typha angustifolia* L.) que además de su empleo en la elaboración de papas, debió ser aprovechada para la vestimenta (debe aclararse que

hace ocho mil años el hombre de chilca descubierto en la Cueva de Tres Ventanas, a 4000 metros de altura, se cubría con piel de camélido), no se han registrado vestimentas que demuestren lo contrario.

El territorio estaba constituido por todo el espacio que usufructuaba la aldea, que era propiedad colectiva del linaje, la nueva formación social que lo aprovechaba. No es posible señalar su extensión pero pudo ocupar varios sitios de pesca y recolección, en los cuales además por “roza” o quema del bosque que se enseñoreaba en las márgenes de los ríos y lagunas, se experimentaba la siembra.

Son en estos lugares húmedos, donde los aldeanos fueron domesticando plantas como la papa (*Solanum sp.*), ají (*Capsicum sp.*), calabaza (*Lagenaria sp.*), rocoto (*Capsicum pubescens*), nabo (*Brassica rapa*), pallar (*Phaseolus runatus*), frejol (*Phaseolus vulgaris*), maní (*Arachis hypogaea*), zapallo (*Cucurbita moschata*), camote (*Ipomea batata*), arracacha (*Arracacia xanthorrhiza*), achira (*Canna sp.*), pepino (*Solanum muricatum*), sachatomate (*Cyphomandra batatea*), caigua (*Cyclanthera pedata*), quinua (*Chenopodium sp.*), aguaymanto (*Physalis Peruviana*) entre otras; o experimentando la siembra y observando el proceso de nacimiento y maduración de una diversidad de frutas como la “cansaboca” o “ciruela del fraile” (*Bunchosia armeniaca*), lúcuma (*Lúcuma obovata*), tumbo (*Passiflora mollissima*), palta (*Persea sp.*), chirimoya (*Annona cherimoia*), guanábana (*Annona muricata*), pitahaya (*Hylocereus undatus*), paca (*Inga feuillei*), tuna (*Opuntia ficus indica*), guayaba (*Inga edulis*), limón (*Citrus limoni*), níspero (*Eryobotrya japonica*), granadilla (*Passiflora ligularis*), papayita (*Carica pubeasceits*), tin tin (*Passiflora pinnatistipula*) entre otras; y hace 4 500 años, señalando la etapa superior de los horticultores, el algodón (*Gossypium sp.*) en su variedad de colores.

Este territorio estaba comprendido por:

- a) Los ojos de agua dulce o puquios.
- b) Lagunas y lagos formados por los glaciares y el acuífero.
- c) Las salinas.
- d) Las playas con fosas, aquellos desniveles a las orillas del mar que permiten la acumulación de crustáceos, bivalvos, gasterópodos y peces, fáciles de recoger cuando las aguas se retiran “bajamar”.
- e) Los esteros, en las desembocaduras de los ríos, conocidos también como “bocanas”, con fauna característica y de fácil explotación.
- f) Las albuferas, lagunas a orillas del mar formadas por

filtración de agua dulce y salada que tienen fauna y flora propia.

g) Los bosques y matorrales en el trayecto a la vera del río.

h) Las lomas con su vegetación de neblina, y

i) Los manglares (*Rizophora mangle* L.)

En esta formación social la propiedad se manifestó en dos niveles: individual, de los instrumentos; y comunal, del medio ambiente (lomas, lugares de pesca, totorales, bosques naturales) que favorecía un control sobre la recolección y producción, orientando el desarrollo de las aldeas dispersas.

Los instrumentos

Un instrumento, el **anzuelo**, revolucionó la conducta de los hombres, de manera tal que modificó su sistema de vida, convirtiéndolos de nómadas recolectores, en sedentarios observadores de los recursos de su ambiente, de los misterios marinos o lacustres y su relación con el espacio celeste. Su vida ya no dependía de la suerte del hallazgo ocasional de frutos, de peces y de la recolección de mariscos; sino de nuevas habilidades cuyo sincretismo se representa en el anzuelo.

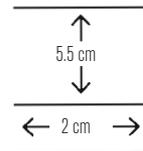
El anzuelo fue el instrumento más importante en aquella época, no se puede precisar aún su evolución; pero se registran desde el quebradizo instrumento de concha, tallado en hueso con púa cuadrada a redonda y de algarrobo o de espina, anudado al cordel de cabuya (*Fourcraea andina*) y con flotadores de calabazas (*Lagenaria sp.*). Tales técnicas de pesca demandaban pocas horas de actividad al día, para obtener suficiente carne con qué alimentar a la familia.

Sus instrumentos eran simples y funcionales, parafernalia constituida además del anzuelo y diversos aparejos de pesca, por guijarros cortantes cuyo filo se obtuvo con unos cuantos golpes de percutor duro, pesas para pesca, cangrejas, lascas y navajas discoidales desprendidas por un golpe en un núcleo o un canto rodado; también el bastón de sembrar y las azadas de mano, y por supuesto los metates y sus manos de moler que nos indican el aprovechamiento de granos en la alimentación.

Son notables también los tejidos de fibra vegetal, bolsas y redes para caza con trampa, que al igual que los anzuelos y aparejos de pesca eran



Anzuelo hallado
en Las Salinas de
Chao. (1600 a.C.)
Mercedes Cárdenas,
1978, Tomo II. Deza,
1988.





Cantos rodados con muesca tallada al medio para facilitar la amarra. "Plomos" para pesca ballados en los campamentos de la quebrada de Chorrillos, Illescas, Sechura. (5590 a.C.) Deza, 1978.



de propiedad individual; por ello su elaboración obligó al cuidado y aprovechamiento de los “juncales” o “totoraes” (*Scirpus californicus*), conservados colectivamente, que se desarrollaban en las orillas de las lagunas, fosas playeras y a la vera de los ríos.

Sus relaciones

El lento proceso de domesticación de plantas y animales, debió modificar el instinto natural de los animales como el perro (*Cannis familiaris*) que se registra hace 4 000 años (Deza 2000), la llama (*Lama glama*), la alpaca (*Lama pacos*), de algunas aves como el pato (*Anas sp*) posiblemente el “joque” cuya representación años más tarde es abundante en las tempranas culturas con cerámica (Vicus, Chavín, Moche) y del cuy, a su vez que contribuyeron con el sedentarismo. Aunque esta propuesta es relativa, como se observa en los grupos aborígenes de la amazonia, que pese a tener chacras comunes es constante el cambio de residencia; ya que a la muerte de uno de sus miembros queman todas sus pertenencias y abandonan el lugar, al que volverán después de varios años cuando hechos similares hayan sucedido en otros lugares de su territorialidad.

La crianza de animales, además de formar parte de la actividad diaria, desarrolló un nuevo valor: **el ahorro**, manifiesto en el ganado, recurso animal que se obtenía con esfuerzo individual o colectivo, conservándose el producto por un tiempo con el pastoreo. El valor de este “ahorro” se traduce en la obtención de energía para el transporte, la disposición programada para el sacrificio del animal y el aprovechamiento de subproductos de manera regular.

Este ahorro no constituyó aún propiedad privada individual, ya que la familia extensa era propietaria de todos los bienes. Familia extensa o linaje que se consideraba descendiente de un dios común o tótem, el que es su padre creador, conceptos que responden de manera adecuada a las implicancias prelógicas del débil desarrollo de su economía.

La pesca, en cambio, si bien permitía identificar de manera inmediata el producto con la habilidad de uno o de todos los participantes, no desarrolló el ahorro. La pesca depende de la naturaleza andina y del litoral y, como se sabe, históricamente estas zonas de vida han sido benévolas. De ahí que esta actividad haya sido diaria.

La pesca sí ofrecía un valor que se puede traducir en excedente de tiempo libre, que permitió experimentar cultivos, posibilitando el paso de la comunidad primitiva nómada a la sedentaria y con ello el nacimiento de los “especialistas” en la medición del tiempo, los responsables del oráculo totémico y la estructuración de una nueva organización social, que se observa en la construcción de edificios para el rito y vivienda de los servidores.

Estos linajes cuyas estructuras de dirección y de control originales son poco desarrolladas, sin mayor representación en el plano político; pero con relaciones de autoridad permanentes de los mayores, favorecían el surgimiento de nuevos medios de producción y especialistas.

El depender de las bondades de la naturaleza en una región de lluvias irregulares, influenciada por los eventos de El Niño, con periodos de grandes sequías, de friajes y avenidas torrenciales, creó necesariamente especialistas en la observación del tiempo, que lo vincularon con las fuerzas naturales que regían y gobernaban la vida. Esta nueva economía exigió que algunos miembros de la aldea se convirtieran en especialistas en la observación de los fenómenos naturales; fenómenos a los que no se les encontró relación causal sino mítica. Por lo tanto, el conocimiento agrícola, de pesca, crianza de animales, en otras palabras la producción de alimentos exigió un calendario, el que parte de la interpretación mítica de los cambios estacionales y sus características correspondientes.

A falta de escritura los especialistas necesitaron registrar mentalmente todas las experiencias durante generaciones, el conocimiento se convirtió en atributo de un grupo que residió en los edificios públicos, en cuyas salas interiores se observan espacios que debieron albergar a pocas personas.

Estos especialistas formaron parte importante en la organización de la aldea y su saber se convirtió en un acelerador de la producción, y en consecuencia en un agente productivo.

Por sus conocimientos, los especialistas se convirtieron en conductores de los cambios y aceleraron el mejoramiento de los niveles de vida en su comunidad, por lo que tal conocimiento se entendió como atribución divina y en consecuencia fueron los sacerdotes del tótem de cada linaje o de los linajes, los que prestigiaron a tales regiones alcanzando grandes influencias.

La pesca y la recolección fue abundante, lo atestiguan los basurales y conchales a lo largo del litoral, e inclusive la presencia de valvas y otros restos marinos en la sierra nos hablan de la importancia del recurso y su traslado. En las cochas, el hombre encontró su más importante

fFuente de alimentación, su mundo supra terreno se nutrió de este medio; pero ¿cuáles fueron sus mitos de origen, cuáles sus leyendas, cuáles sus dioses? En estas interrogantes se encuentra la génesis de su religiosidad, la hierofanía, los mitos y gran parte de la iconografía que miles de años después aparecen en la cerámica.

Su dieta rica en proteínas era complementada con frutas, raíces, gramíneas y menestras recolectadas en las lomas y sembradas a orillas de los ríos u obtenidas por canje con los otros equipos de producción de la aldea dispersa, formando pequeñas comunidades autárquicas, en las que cada una no solamente se subvenía de todo lo necesario (siendo la unidad productora al mismo tiempo la unidad de consumo), sino que a su vez logró la reproducción de todas las experiencias de manera directa, elaborando un cuerpo de normas propias y un sistema de organización que permitía la participación de sus miembros en la producción y distribución colectiva de los alimentos, en un contexto de relación animista con el mundo circundante.

La experimentación hortícola de plantas alimenticias silvestres, con el gradual traslado de su hábitat natural a uno nuevo, creado y recreado constantemente con mayor esmero, afectó la organización social que en un principio debió corresponder a un pequeño linaje o familia extensa local; pero cuando los horticultores en su etapa superior alcanzaron una producción controlada, compleja, en forma de cooperación ampliada, los equipos de producción (sembradores, recolectores, pescadores, tejedores, cazadores, etc.) se reforzaron creciendo en diáspora las aldeas, dentro de un territorio propio, manteniéndose unidas por la idea de una descendencia común, de un dios o tótem, la etnia.

En este contexto de linaje, de autarquía, en el que la comunidad es un todo, una unidad no solo económica y social sino de vínculos de origen mítico, la expresión artística también representó una inspiración colectiva, si bien se da en pequeños objetos tallados de uso individual, es la arquitectura su mejor expresión. Desarrollaron una arquitectura monumental, con cierto grado de complejidad, la que se inicia de manera muy simple hace seis mil quinientos años y alcanza su máximo desarrollo dos mil años después.

La arquitectura fue consecuencia del trabajo comunal constante, la expresión artística se entendía de manera colectiva. La comunidad trasladó miles de toneladas de piedra y barro y levantó terrazas sólidas unas sobre otras y sobre ellas construyó patios, vestíbulos y salas para el servicio del rito con los “especialistas sacerdotes”. Edificios

constantemente remodelados, sin una planificación original, que crecieron respondiendo funcionalmente.

Estas obras fueron levantadas durante generaciones. Cada generación hacia un aporte a su engrandecimiento con nuevas experiencias, ya reformándolas, adosando muros, ampliando o sobreponiendo nuevas terrazas, restaurando las dañadas por fenómenos telúricos, enluciendo sus paredes con arcilla y barro y pintándolas de color rojo, amarillo e inclusive con murales, o embelleciéndolas con hornacinas.

En todos los Andes existen estos vestigios, con diferencias propias de cada región, pero con un común denominador: su monumentalidad, el origen de sus íconos totémicos, su color crema y rojo, un lugar especial para el fuego y miles de horas hombre de trabajo colectivo, en los que cada linaje, tal vez, quiso expresar la belleza de manera colectiva, ya que fue esta la forma de vida que conocían.

Los primeros edificios se construyeron preferentemente a orillas del litoral, en la cabecera de los valles interandinos y en la cuenca y márgenes de las desembocaduras del cauce principal y secundario de los ríos cuyas cuencas nacen a treinta o treinta y cinco kilómetros del actual litoral, los mismos que han quedado abandonados hace cuatro mil años. El hombre se concentraría luego en los valles de mayor recorrido.

La vivienda consistía en juncos (*Scirpus sp.*) anudados tomando la forma cónica y de planta no mayor de treinta metros cuadrados, pues en la parte externa quedaba el lugar para la cocina y el desarrollo de otras actividades donde, además, sepultar a sus muertos.

En este período de construcción de templos y viviendas para los sacerdotes, se observan dos tradiciones arquitectónicas: la costeña y la serrana. La primera, construyó en las faldas de pequeñas colinas o en montículos comprendiendo plataformas, vestíbulos, patios, plazas circulares hundidas con dos escaleras convergentes y banquetas. La segunda, también conocida como tradición "Mito", construyó cámaras con pisos a doble nivel, fogones en el interior con o sin ductos de ventilación, escalinatas de acceso y nichos asociados a banquetas o poyos. La interacción de estas dos tendencias de arquitectura contribuiría a definir más tarde la arquitectura del período formativo o Chavín.

Hasta el momento se han descubierto más de medio centenar de edificios, en la cuenca del Callejón de Huaylas, en la parte alta del río Marañón, en la cuenca del río Huallaga y en las cuencas secas de la costa norte, centro y nororiental especialmente, con las características señaladas.



Edificio El Paraiso, valle Chillón, Lima.



Entre las aldeas y templos más conocidos tenemos:

a) Pescadores - recolectores - horticultores

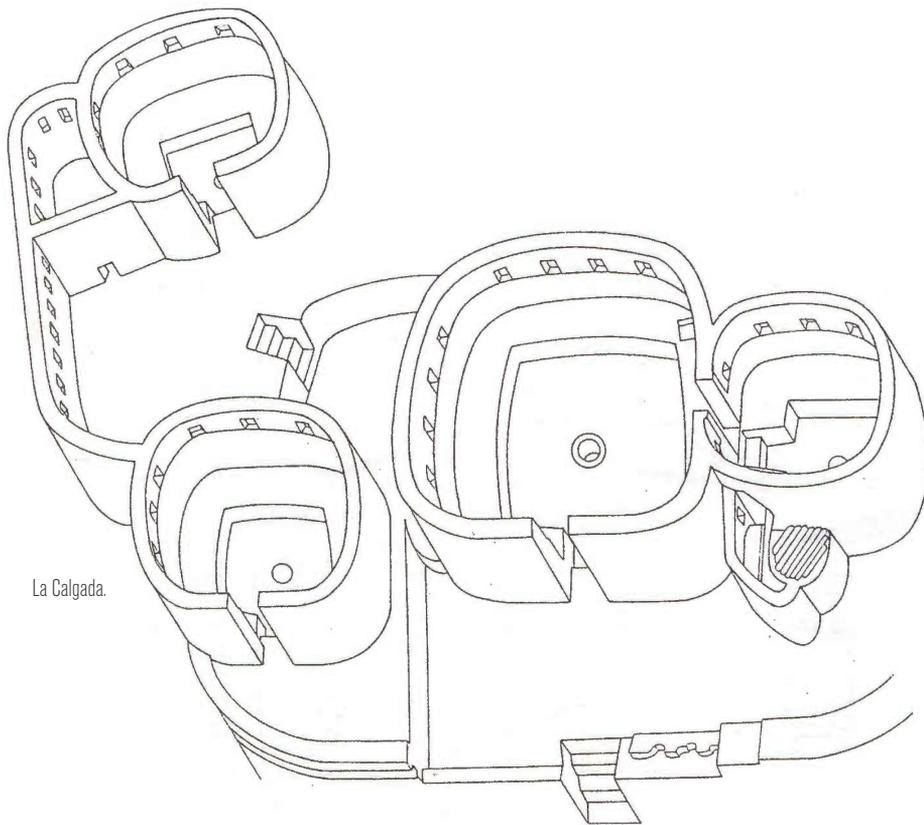
(6 000 a 2500 a.C.)

Quebrada de Chorrillos (Illescas)	5590 ± 90 / 5020 ± 140
Avic (Illescas, Piura)	3230 ± 90 / 2980 ± 70
Las Salinas de Chao (La Libertad)	4150 ± 90 / 3240 ± 150
Pucusana	4970 ± 300
Chilca	3760 ± 136 / 5770 ± 120
Paraíso (Lima)	3000
Haldas (Casma)	4680 ± 120 / 2770 ± 120
Hualmay (Huacho)	3330 ± 110 / 2640 ± 80
Huacapieta (Chicama, La Libertad)	2500
Paloma (Lima)	5735 ± 100 / 4030 ± 180
Cerro Sechín (Casma)	5570 ± 65 / 5610 ± 70
Cementerio de Nanchoc (Zaña)	4730 ± 110 / 4859 ± 80
Caral	3000
Santo Domingo, Paracas.	6885

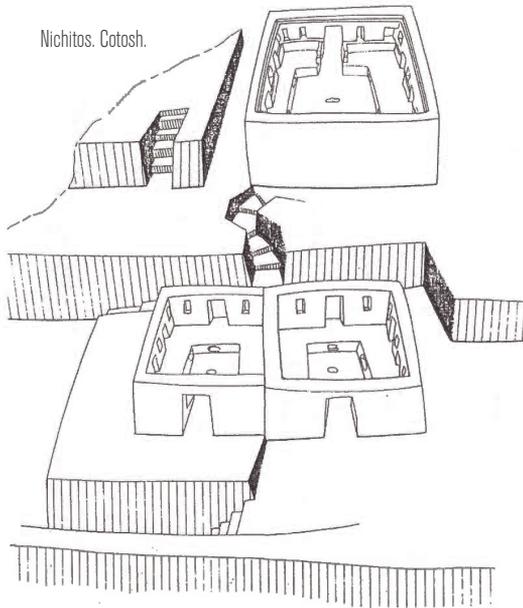
b) Pescadores - horticultores - recolectores

(2500 a 1500 a.C.)

Las Salinas de Chao (La Libertad)	1600 ± 70 / 1540 ± 80 / 1360 ± 60
Hualmay (Huacho)	2020 ± 160
Áspero (Supe)	2275/ 1850
La Galgada	1930 ± 100 / 1650 ± 100
Kotosh Mito	1900 ± 300
Paraíso (Lima)	1500
Buena Vista (Chillón)	1700
Haldas	1870 ± 110 / 1645 ± 40
Paloma	2090 ± 130
Sechín	1870 ± 50 / 1790 ± 40
Caral (Supe)	1800
Santo Domingo, Paracas.	1850 ± 80

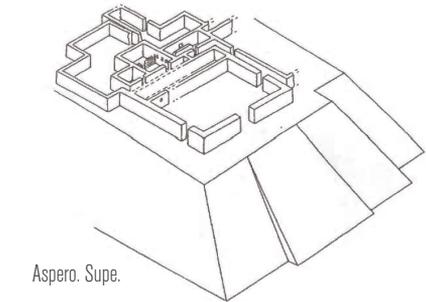


La Calgada.

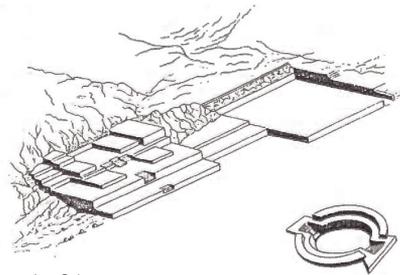


Nichitos. Cotosh.

Manos Cruzadas. Cotosh.



Aspero. Supe.



Las Salinas.

Como se observa, la región norte y central del Perú presenta notables investigaciones en los últimos cuarenta años, entre los que destacan los aportes del Seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en los años de 1960 a 1985, iniciados por Josefina Ramos de Cox (+) y continuados por Mercedes Cárdenas Martín (+), y los trabajos del Centro de Investigaciones de Zonas Áridas (CIZA) de la Universidad Nacional Agraria La Molina que dirigiera Frederic Engel.

Entre las aldeas y templos más conocidos que pertenecen a este periodo tenemos:

Illescas

El macizo de Illescas, corriendo entre el mar y el desierto de Sechura, fue ocupado por pescadores que lo habitaron en toda su extensión, encontrándose en la quebrada de Avic uno de los templos más tempranos del país (3230 ± 90 a.C.); pero dos mil años antes las faldas y pampas al este del macizo ($6^{\circ}5.230'$ latitud sur y $80^{\circ}58,468'$ longitud oeste) estaban ya pobladas por recolectores de “concha negra” (*Anadara tuberculosa*) y pescadores (quebrada Chorrillos 5590 ± 90 a.C.) a decir de las piedras o cantos rodados con “cintura” empleados como pesas para pesca, desolladores, perforadores, cuchillas, lascas y otros restos que se encuentran en las quebradas de las faldas orientales del macizo (Chorrillos, Negra, El Loro, El Cardo, San Antonio, Satuyo y Nuche) es decir, las pampas de Chorrillos, Los Hornitos y San Antonio, frente al actual desierto de Sechura.

Se trata de aldeas cuyos pobladores han dejado sus instrumentos de piedra transportada desde la orilla del mar y de canteras de cuarzo y pizarra que se encuentran en los alrededores.

No hemos hallado instrumentos asociados directamente a restos óseos de animales terrestres, lo que puede explicarse por la fuerte erosión eólica del lugar; sin embargo se encuentran en superficie hasta los 5 centímetros de profundidad, asociados con especies de recolección playera como valvas de almejas (*Protothaca thaca*), pata de burro (*Anadara grandis*), almeja blanca (*Mactra Sp*), concha de abanico (*Chlamys purpurate*), concha corazón (*Trachycardium procerum*) y valvas de concha negra (*Anadara tuberculosa*), esta última representa el ochenta por ciento de los restos (Deza 1991:229).

“Llama la atención encontrar en este lugar del desierto, en mayor proporción a la concha negra (30 o más ejemplares en un metro cuadrado) tan lejos de su rango actual de distribución,

pues es una especie que se desarrolla en manglares, los que actualmente se encuentran en Tumbes y un área que ha renacido en Sechura y Vice.” (Blanca Huapaya 1991,1993).

Además de los instrumentos percutados, registramos fragmentos de morteros semiesféricos y manos cilíndricas, que nos indican aprovechamiento de semillas en el lugar, actividad complementaria de recolección de gramíneas silvestres.

Todo ello nos dice que los mangles tumbesinos debieron llegar más al sur, hasta el desierto de Sechura, no de otra forma se explica la presencia de concha negra en el lugar, condiciones ambientales favorecidas por los periódicos eventos de El Niño que permitía la formación del inmenso lago en el centro del desierto, como el que actualmente registramos.

Al respecto el ingeniero Petersen nos dice:

“Los depósitos de los Tablazos de Máncora conservan todavía sus rasgos de típico clima húmedo tropical que debe compararse con el que en la actualidad favorece el desarrollo de la vegetación ecuatorial de manglares del golfo de Guayaquil y río Tumbes... Pantanos de manglares posterciarios pleistocénicos se extienden hasta Sechura, de manera que por esta y otras razones puede decirse que el clima húmedo tropical que hoy caracteriza la región de Guayaquil y Tumbes se extendió hasta Sechura, o sea 400 kilómetros más al sur que en la actualidad” (G. Petersen 1956:4).

Las Salinas de Chao

Este espacio comprende numerosos lugares ubicados en una antigua plataforma continental alejada actualmente a tres kilómetros del mar. Abarca un área desértica de aproximadamente 25 kilómetros cuadrados, con una prolongada ocupación humana, al parecer de tres mil años.

En este lugar se encuentran las aldeas de pescadores cuyos pobladores no conocieron el algodón, fechadas en 4150 ± 90 años a.C.; con algodón 2610 ± 160 años a.C.; cementerios con entierros de cenizas funerarias 2590 ± 100 años a.C. y 2240 ± 110 a.C.; edificios precerámicos 2020 ± 160 años a.C. y 1900 ± 180 años a.C.; tumbas con costillas de ballenas, dardos de tipo hoja de laurel en superficie, cientos de bases de chozas de plantas circulares (Deza 1978), el ya famoso geoglifo de la “Cruz del Sur” (Milla 1980) y representando el momento culminante del desarrollo local los edificios acerámicos con plazas circulares hundidas con graderías de acceso y plataformas rectangulares 1620 ± 60 y 1350 ± 60 a.C. (Alva 1986).



Edificios precerámicos, sitio 138, Las Salinas. Chao, La Libertad. 2020 ± 160 años a.C. y 1900 ± 180 años a.C.





Cementerios con entierros de cenizas funerarias, sitio 138, Las Salinas. Chao, La Libertad. 2590 ± 100 años a.C. y 2240 ± 110 a.C.





A una distancia de dos kilómetros con dirección sur oeste del lugar anterior, se encuentra una aldea de pescadores que ocupa un área de ochenta mil metros cuadrados. En ella se observa en superficie paravientos de hasta nueve salas o habitaciones cada uno, cuyas bases son de piedra, tienen una altura de 0,50 m a partir del piso original y su antigüedad corresponde a los 2 000 años A.C. (Deza, 1978)

↑ Aldea de pescadores.
Las Salinas de Chao. Región La Libertad.

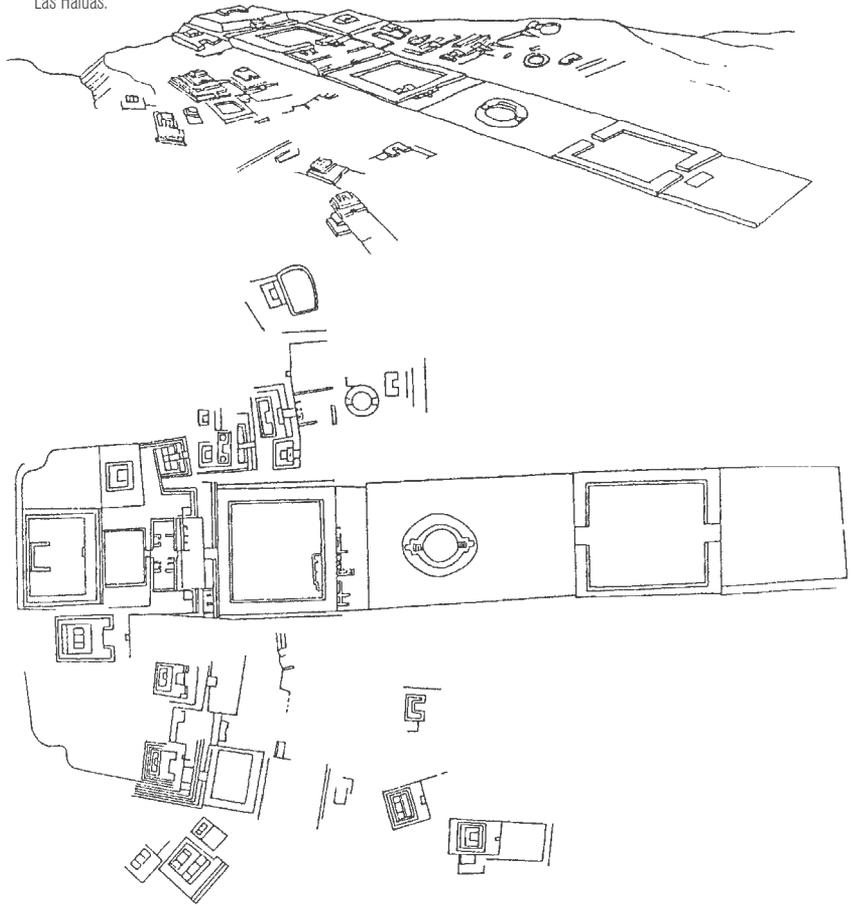
Guañape

Era una pequeña aldea de pescadores y recolectores de mariscos, encontrada en Cero Prieto, cerca del mar en Virú (La Libertad) con una antigüedad estimada en dos mil años antes de Cristo.

Los habitantes además de sus actividades marinas, se dedicaban al cuidado de la calabaza, del frejol, del pimiento; así como al aprovechamiento de algunas raíces como la achira (*Canna edulis*), semillas y frutas de monte en su alimentación.

El modelo de su vivienda consistía en habitaciones semi subterráneas, estrechas, con paredes de piedras redondas o canto rodado, formando grupos habitacionales conectados entre sí.

Las Haldas.



Haldas

La pampa de Haldas (Casma) que en la actualidad es un desierto de siete kilómetros de largo por kilómetro y medio de ancho, se extiende desde la orilla del mar hasta la carretera Panamericana. En este lugar la ocupación humana ha sido muy intensa. Frederic Engel registró más de trescientos sitios (basurales, conjunto de habitaciones, edificios). Ocupación favorecido por los recursos marinos, la espesa vegetación de lomas que debió existir, y los posos de agua dulce excavados a orillas del mar.

Las huellas más tempranas han sido fechadas en 4660 ± 120 años a.C. y se trata de restos de chozas con entierros humanos dentro de las



viviendas, lo que indica una relativa permanencia en el lugar. Veamos una síntesis de lo que nos dice Frederic Engel, su descubridor y quien más ha investigado el lugar:

Haldas se encuentra a mitad del desierto, a mitad del camino entre el valle del Huarmey y el de Casma... existen dos categorías de asentamientos: pueblos que existieron en diversos periodos y un gran conjunto monumental... es probable que el paisaje fue muy diferente hasta hace 3000 años, con más neblina, más condensación y más agua en el subsuelo, por la presencia de un bosque extenso... no se encontraron vestigios muy antiguos. Los primeros en llegar fueron gente que vivía en pequeñas chozas circulares hechas de vegetales de 2,50 metros de diámetro (4680 ± 120 a. C.).

La siguiente ocupación, luego de un abandono del lugar sucedió hace cinco mil años (2770 ± 120 a.C.)... Según algunas piezas óseas hemos podido comprobar que los habitantes eran hombres fuertes, de buen tamaño, con maxilar prognato y ancho. Algunos cráneos parecen haber sido deformados y los dientes limados hasta las encías.

La tercera ocupación tiene varios fechados coincidentes (1870 ± 110 años a.C.)... desaparecieron de un día a otro, no sabemos a dónde se fueron... Más tarde llegarían de tránsito hacia el mar gente adscrita a la cultura Chavín ...” (Engel 1987:99).

↑ Edificio el
Templo de la
Boa, Guayaquil,
Cayaltí, Valle
Zaña.



El desierto de Guayaquil, El Templo a la Boa

En mis años de experiencia estudiando los desiertos peruanos, no he visto un espacio con tanta información en apenas cuatro kilómetros cuadrados, como lo que descubrí en este desierto.

Sabemos que el río Zaña (Chiclayo) tiene una serie de afluentes temporales, que cuando las lluvias caen en la región yunga le dan sus aguas por una serie de quebradas colectoras de gran amplitud, y durante los eventos de El Niño inundan poblaciones actuales. Pues bien, en este sector se observan tres colectores que a decir de la profundidad y amplitud del cauce, mayor de cien metros, han tenido caudal y es posible que durante algunas épocas este haya sido frecuente.

Comprende diez sitios muy definidos:

- Edificio de cuatro terrazas continuas de clara factura precerámica, con edad tentativa de cinco mil años, en perfectas condiciones de conservación, con figuras en superficie hechas con piedras estriadas formando espirales. Está relacionado a talleres de superficie de elaboración de cuchillas y otros artefactos. Ubicación coordenadas UTM S 06° 55 3101" O 078° 28 29,39"
- Talleres de superficie con lascas de areniscas, cuchillas y otros. Ubicación: Taller 1: S 06° 56 018" O 079° 28 693" .Taller 2: S 06° 56 560" O 079° 28 201"



- Construcciones rectangulares de piedra. Sitio “El Águila”. Posibles viviendas a orillas del río seco. De 10 por 6 metros y 0,70 de alto. De piedra estriada sin pegamento, no se registra cerámica. Ubicación S06° 56 378” O 079° 28 269”
- Escultura en alto relieve de dos boas con las cabezas cruzadas, esculpidas una roca de 1,40 m de largo. Ubicación: S 06° 55 7,96” O 079° 30 2,84” 121 m.s.n.m.
- Piedra con dos boas entrelazadas en plano relieve en una quebrada. Ubicación: S 06° 55 9,55” O 079° 30 1,71” 176 m.s.n.m.
- Sitio, talleres de puntas de lanzas. Ubicación: S 06° 55 5,42” O 079° 30 1,26”. 121 n.s.n.m.
- Petroglifos: de figuras propias de la cultura chavín en una sola roca de granodiorita. Ubicación S 06° 56 729” O 079° 28 009”.
- La piedra de tres huecos, Ubicación: S 06° 55 852” O 079° 29 661”.
- Sitio Las Tinajas, sector en superficie con una piedra plana con once hoyos cónicos circulares de hasta 0,40 m de diámetro y profundidad, asociadas a petroglifos de la época Chavín y una piedra plana a manera de altar de 4 metros de largo por 3 de ancho. Ubicación: S 06° 55 797” O 079° 30 142”.

↑ Plano del edificio del Templo de la Boa, Guayaquil, Cayaltí, Valle Zaña.



↑ Monolito de la Boa. Guayaquil, Cayaltí, Valle Zaña.

- Geoglifo que baja de una colina próxima y se une al sitio Las Tinajas, de 50 m de largo, es una figura zigzagueante que remeda el desplazamiento de la boa, diseñada con dos líneas paralelas de piedra estriada.
- Edificio de barro con adobes denticulares de 20 metros de alto, al centro del desierto actual, de clara construcción Chavín.

Uno de estos ríos secos justamente se forma en la falda sur del cerro Las Culebras, en cuya orilla se encuentra el edificio compuesto de cuatro terrazas superpuestas en cuyas plazas se observan alegorías, en espiral, que por sus características se refieren a la boa, figuras que además se repiten en diversas lomas del sector.

Creemos que este edificio es el origen de la arquitectura planificada en la región, ya que tiene medidas que se repiten de 83 metros por lado y con ángulos rectos, dos plantas con nueve gradas de acceso, construido con una concepción final del edificio, sin reacomodos ni ampliaciones y no como contrariamente se observan construcciones funcionales que se han ido acoplado a la planta original.

Este edificio de 10 000 m² con sus cuatro terrazas artificiales, tiene un estimado de quinientos mil metros cúbicos de material, lo que demandó una intensa mano de obra para su construcción, y fue abandonado sin disturbar, lo que se explicaría por una sequía prolongada, abandono similar ha ocurrido con otros edificios hace cuatro mil años en la costa como el de Illescas, Queneto, Chao, Haldas, Paraíso y otros.



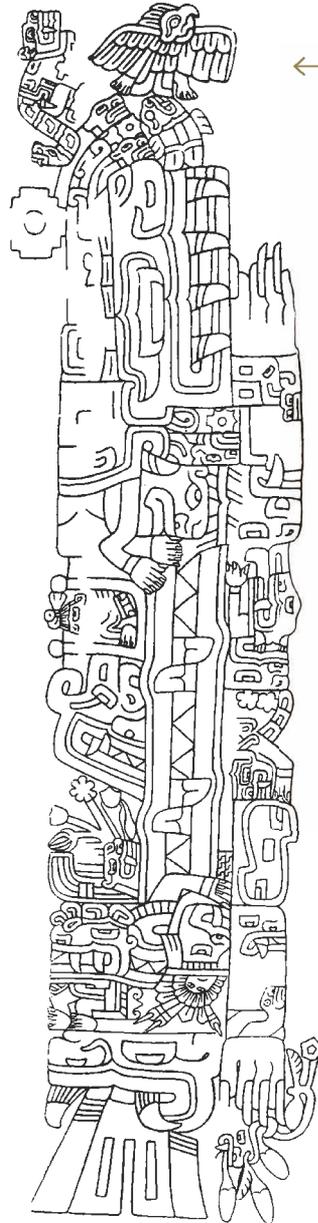
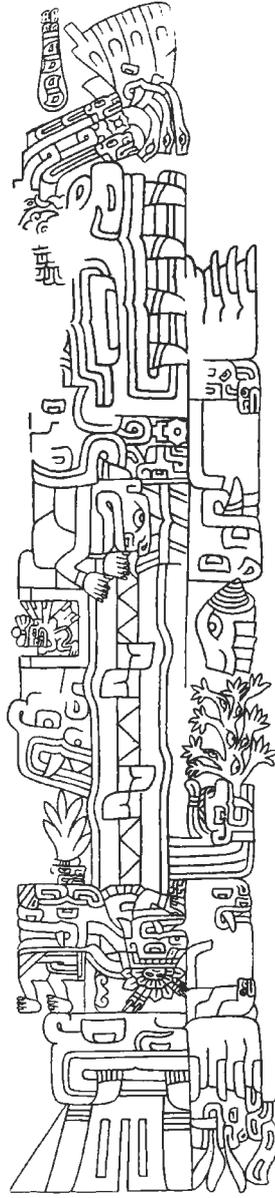
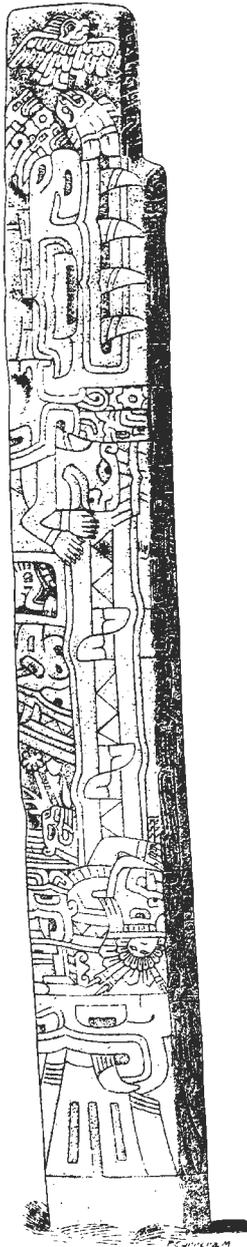
Caral

Denominada “Ciudad Sagrada de Caral” por sus investigadores (Shady 1999), está ubicada en el desierto de Supe, a la altura del valle medio. Con una extensión mayor a las cincuenta hectáreas, con edificios distribuidos siguiendo un patrón determinado. Se registran seis grandes complejos piramidales y otras construcciones menores (plazas abiertas, dos plazas circulares hundidas adosadas a pirámides, plataformas, conjuntos residenciales de diversas dimensiones, tecnología y material de construcción). Ruth Shady su principal investigadora nos señala: “Para la sociedad



Supe, Caral, más que un centro ceremonial, había sido una ciudad sagrada, con rol protagónico en la vida y en las actividades económicas y religiosas de las comunidades de ese valle y de su área de influencias: la costa y la sierra colindante del área norcentral del Perú.”





La variedad de concepciones teológicas y mitos tenían similitudes y diferencias en los distintos territorios. Tenían sus dioses locales y diferentes cultos; pero al producirse la unificación en estados teocráticos mayores, los cultos locales siguieron coexistiendo provocando con ellos una interacción por préstamos de unos con otros. Obelisco Tello. Detalles de íconos andinos dando forma a una silueta totémica.

La Boa. El Tótem del lugar

La frecuencia de la figura de la boa, nos hace suponer la representación del dios totémico del pueblo que habitó en lo que ahora es un desierto.

La existencia de boas en el lugar no es novedad. Existen documentos de ello y el más temprano con nueve mil años en excavaciones en Nanchoc. Además de informantes que nos describen sus experiencias y del pueblo de Carahuasi, que se traduce como “casa donde habitan culebras grandes”. Todo ello nos orienta a pensar que los habitantes del lugar tenían por tótem creador a la boa constrictor, no de otra manera entenderíamos la constante representación de tal figura.

La Quebrada del Mandínguez

En este lugar que es el afluente izquierdo del río Zaña (800 m.s.n.m.) se registra un centenar de sitios que evidencian una intensa ocupación precerámica. Uno de los sitios mejor estudiados es el “Cementerio de Nanchoc” (4730 años a.C.) donde los arqueólogos Netherly y Dillehay en el año 1985 recuperaron muestras de piedra caldeada, cal quemada, tierra con ceniza y artefactos líticos, por los cuales sugieren que se trata de un área para la producción de cal.

Es interesante anotar que se registra a todo lo largo del río Mandínguez (afluente izquierdo del río Zaña), desde Nanchoc hasta sus nacientes en El Diamante, Bolívar (San Miguel, Cajamarca) y a las espaldas nor este de estos lugares, en Carahuasi, una homogénea ocupación precerámica. Más de una veintena de sitios habitacionales ubicados en las partes medias de las quebradas junto a los riachuelos, cuyas aguas van al colector común, nos estarían señalando la ocupación del lugar por linajes iniciales establecidos.

Otros sitios

A los lugares citados debemos mencionar: La Galgada, Ventarrón, Paraíso, Cotosh, Áspero, Los chinos, Caral y otros, de los cuales se tiene buena descripción de sus características y asociaciones cronológicas.

Con las nuevas formas sociales de economías recolectoras experimentadoras que se desarrollan a lo largo y ancho de Los Andes, fueron apareciendo las *hierofanías*, (del griego hieros = sagrado y faneia = manifestar) término definido por Mircea Eliade (1974, I:29-33) como la modalidad de lo sagrado en un momento de su historia. Hierofanías en un principio, tal vez cósmicas y míticas, que explican la cosmovisión de un

espacio cargado de energía, en la que el todo que observa y hasta siente, tiene fuerzas y cualidades que se equilibran, construyendo su mundo con una cosmovisión de unidad terrena cósmica y social.

La idea central de atribuir una esencia espiritual a todas las cosas, con más o menos poderes que las diferencian, desarrolló un conjunto de hierofanías que se representan en íconos, aún difíciles de decodificar. Tal vez si cada uno es la expresión totémica o simbólica de una aldea autárquica, que se desarrolló domesticando su espacio y maximizando su producción; por consiguiente tuvo respuestas culturales diferentes a las demás sociedades espacio temporales de su época.

En las estelas Chavín, se observan las más tempranas representaciones de hierofanías, con las que crean una mayor, a medida de la expansión de esta religión, abarcando mayor amplitud en una estela. Era un tótem principal con la fuerza de todos los tótems locales.

La variedad de concepciones teológicas con sus mitos, hierofanías, debieron tener similitudes y diferencias en las distintas comarcas autárquicas. Tenían sus dioses locales y cultos; pero al producirse la unificación en estados teocráticos mayores, los cultos locales continuaron, coexistiendo, provocando entre ellos una interacción, creando una nueva y mayor religión con los mitos y sus íconos originales, dando forma a una nueva expresión religiosa, manifiesta en las figuras totémicas de la siguiente hierofanía que se expande expresada en las estelas.

La economía autárquica, de esta manera llega a su fin, la nueva religión y la unificación de sus mitos permitieron acelerar la interculturalidad; y lo que en el inicio fue una debilidad con sus pequeñas economías y comportamientos culturales focalizados, se convirtió en una fortaleza al intercambiar las economías locales en una región más amplia.

El nexa entre ésta y la nueva economía de proyección más revolucionaria, la agrícola, sería la pesca con la recolección temporal, que permitió alimentar a las aldeas innovadoras mientras se esperaba la cosecha.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta-Solís, Misael
1973
El Paisaje y la cubierta vegetal del Reino de Quito al Arribo de los Conquistadores. Instituto Ecuatoriano de Ciencias Naturales. **Boletín de Información Científica del Ecuador**. Volumen 1 pags. 105 - 106. Enero - junio. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito.
- Alcócer, Francisco
1987
Probanza de indios y españoles referentes a las catastróficas lluvias en 1578, en los corregimientos de Trujillo y Zaña. Versión paleográfica de Lorenzo Huertas. Edit. C.E.S. Solidaridad. Chiclayo, Perú.
- Alva Alva, Walter
1986
Las Salinas de Chao: Asentamiento temprano en el norte del Perú. Materialien ZurAllgemeinen ind Vergleichendem Archáologie Munchen.
- Alva Meneses, Ignacio
2014
Ventarrón y Collud. Proyecto Especial Naylamp. Lambayeque. Edic. Ministerio de Cultura del Perú. Lima.
- Angulo Valdeiglesias, Lucero y Quispe Choque, Shirley
2016
Análisis del material cultural del sector IX Pikiwasi - Choquequirao: Uso y función de espacios - Tesis de Arqueología. Universidad Nacional San Antonio Abad. Cusco.
- Balta Hugues, José
1934
Estratigrafía de Lobitos y El Alto y su relación con la megafauna local. **Boletín de la Sociedad Geológica de Lima**. T. IV, fasc 3.
- Becerra, Rosario
2000
La ocupación pajanense en el intervalle Virrú Moche. Instituto Nacional de Cultura. La Libertad, Trujillo.
- Bell, Robert E.
1965
Investigaciones arqueológicas en el sitio de El Inga, Ecuador. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito.
- Binford, Lewis
1975
Utensilios de piedra y conducta humana. **Selecciones de Scientific American**. Biología y Cultura Introducción a la Antropología Biológica y Social. (Versión española). Primera edición. Hermann Blume Ediciones. Rosario 17, Madrid 5.
- Bindoff, NL et al.,
2007
Observations: Oceanic Climate Change and Sea Level, Climate 2007 Change 2007: The Physical Science Basis. Contribution of Working Group I to the Fourth Assessment Report of the Intergovernmental. **Panel on Climate Change, Cambridge University Press**.
- Bird, Junius
1948
Preceramic cultures in Chicama and Virú. **American Antiquity**, VolXIII :N4 Part 2:21 - 28.
- Briceño Rosario, Juan
1995
El recurso agua y el establecimiento de los

- cazadores recolectores en el valle de Chicama. Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia* N° 5:143 v- 161, Universidad Nacional de Trujillo.
- Broggi, Jorge
1952
Migraciones de arena a lo largo de la costa peruana. Boletín de la Sociedad Geográfica del Perú. T.24. Lima.
- Bocek, Bárbara y Rick, Jhon
1984
La época precerámica en la puna de Junín, investigaciones en la zona de Panaulauca. Rev. **Chungará** N° 13: 109 – 127. Noviembre. Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.
- Bórmida, Marcelo
1964
Los esqueletos de la cueva de Lauricocha. Acta Prehistórica V - VI. Centro de Estudios Prehistóricos. Buenos Aires. Argentina.
- Bonavía, Duccio
1982
El Complejo Chivateros: Una aproximación tecnológica **Revista del Museo Nacional** Tomo XLVI: 19 - 38. Lima, Perú.
- 1982
Los Gavilanes. Mar, desierto y oasis en la historia precerámica del hombre peruano. Ediciones COFIDE-IAA. Edubanco, Lima.
- 1990
Presencia del paijanense en el desierto de Ica **Bulletin del Institut Francais d Etudes Andines** 19 (2):399 – 412 Lima.
- Bonifaz, Emilio
1977
Dating of Obsidian Artefacts of the Ilaló Region of the Ecuador According to their Hydration. Quito.
- Briceño, Jesús
1994
Investigaciones recientes sobre el paleolítico superior en la parte media alta del Valle de Chicama. **Rev. Investigar** N° 1:5-18. Trujillo.
- Buse de la Guerra, Herman
1962
Perú 10 000 años. Lima Ed. Villanueva.
- Cárdenas Martin, Mercedes
1978
Columna Estratigráfica para los valles de Piura, Chao, Santa, Huaura y Lurín. Tomos I,II,III,IV,V. **Seminario de Arqueología. Instituto Riva Agüero.** Pontificia Universidad Católica. Lima.
- 1991
Arqueología del Macizo de Illescas. Dirección Académica de Investigación PUC.
- Cardich, Augusto
1964
Lauricocha. Fundamentos para una Prehistoria de los Andes Centrales **Studia Prehistórica III.** Centro Argentino de Estudios Prehistóricos, Buenos Aires.
- 1973
Excavaciones en la Caverna de Huargo, Perú. **Revista del Museo Nacional.** T. XXXIX: 11 – 39 Lima.
- 1991
Descubrimientos en un complejo precerámico en Cajamarca, Perú. **Antropología** T XXI N. 83: 39 – 51 Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Argentina.
- 2003
Ranracancha, un sitio precerámico en el departamento de Pasco. En **Hacia una prehistoria de Sudamérica** pags. 116 - 130. Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- 2003
¿Fueron los australianos los primeros americanos? En **Hacia una prehistoria de Sudamérica** pags. 680 – 690. Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

- 2003
Algunas consideraciones sobre la prehistoria de Sudamérica. La Patagonia y un probable arribo del hombre de Australia. En **Hacia una prehistoria de Sudamérica** pags. 658 – 679. Universidad Nacional de La Plata.
- Carluci, Ana María
1967
Puntas de proyectil, tipos, técnicas y áreas de distribución en el Ecuador Andino. **Humanitas Boletín.** Escuela de Antropología. T. IV. 1. Universidad Central del Ecuador. Quito.
- Caviedes, César y Waylen, Peter
1987
El Niño y las crecidas anuales en los ríos del norte del Perú. **Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos.** T XVI N°. 1 - 2: 1 - 19, Lima.
- Collin Delevaud, Claude
1984
Las regiones costeñas del Perú septentrional. Ocupación humana, desarrollo regional. CIPCA. PUCP. Fondo Editorial, Lima.
- Cornejo García, Miguel
1992
La Antigüedad del hombre americano. Aproximaciones a la verdad. **Revista de Ciencias Sociales** N°2: 79 – 94 UNT.
- Chauchat, Claude
1973
Ensayo en Tipología Lítica del Prececerámico Peruano. **Revista del Museo Nacional** T. XXXVIII: 125 - 132, Lima.
- 1990
El pajanense de Cupisnique. Lecturas de arqueología N° 1 Universidad Nacional de Trujillo. Fac. de Ciencias Sociales. Escuela de Arqueología. Tesis doctoral. Universidad de Burdeaux.
- Chauchat, Claude y Jean Dricot
1974
Descubrimiento de una tumba en el sitio lítico de la pampa de los fósiles, zona de Cupisnique y sus aplicaciones. **Bulletin de l'IFEA** 3(3): 51-54.
- 1993
Tecnología y función de las puntas de Paiján. El aporte de la experimentación. **Latin American Antiquity** 4 (4): 367 - 382.
- Chauchat, Claude, Jacques Pelegrin, César Gálvez, Rosario Becerra y Rocío Esquerre
2004
Projectile Point Technology and conomy, a Case Study from Paiján, North Coastal Peru. **A Peopling of Americas Publication.** Texas A & M University, Texas.
- 2006
Prehistoria de la costa norte del Perú. El Pajajense de Cupisnique. Travaux de l'Institut Français d'Études Andines 211 y Patronato Huacas del valle de Moche. Trujillo.
- Chauchat, Claude, César Gálvez, Jesús Briceño y Santiago Uceda
1998
Sitios Arqueológicos de la Zona de Cupisnique y Margen Derecha del Valle de Chicama. Patrimonio Arqueológico Zona Norte, Travaux de l'Institut Français d'Études Andines Vol. 113. Instituto Nacional de Cultura-La Libertad – Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.
- Chaud G. Carlos y Ríos S, Rómulo
1978
Waraq Machay: un complejo preagrícola y de arte rupestre en el distrito de Vilca, Huancaavelica. En: III Congreso **El Hombre y la Cultura Andina**, Tomo IV, pp. 571-583. Editor R. Matos M. Lima.
- Churcher, C.S.
1959
Fossil Canis from the Tar Pits of La Brea, Perú. **Science New Series** Vol 130, N° 3375: 564 - 565.
- Choy Ma, Emilio
1960a

- La revolución neolítica y los orígenes de la civilización peruana.* En **Antropología e historia** Tomo I Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Ediciones 1979, 1988).
- 1960b
La revolución neolítica en los orígenes de la civilización americana. En: **Antiguo Perú, Espacio y Tiempo.** Trabajos presentados a la Semana de Arqueología Peruana (9-14 de noviembre de 1959), pp. 149-198. Lima: Librería Editorial Juan Mejía Baca.
- Cuche, Denys
1999
La noción de cultura en las ciencias sociales. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Deza Rivasplata, Jaime
1974
La Comunidad Primitiva en el Norte Peruano. Revista **Anales Científicos** N1 89-134. Universidad Nacional del Centro del Perú.
- 1977
El Excedente en la Economía Marina del Arcaico Tardío. Anales III Congreso Peruano El Hombre y la Cultura Andina. Tomo I: 251 - 256. Lima.
- 1978
La Comunidad Primitiva en los Andes Septentrionales. Rev. **Investigación Arqueológica** N° 01: 3-7. Trujillo.
- 1979
La Comunidad Primitiva en el Valle Mantaro. **Rev. Inca.** Segunda Época. Vol. VI N° 3:18 - 32, UNMSM. Lima, Junio.
- 1985
El Hombre Temprano de Lurín. Actas y Trabajos VI Congreso Peruano: Hombre y Cultura Andina. Tomo I: 65-80. Lima.
- 1985
La Cultura del Paijanense. Actas y Trabajos VI Congreso Peruano: Hombre y Cultura Andina. Tomo I: 81-88 Lima.
- 1985
El hombre de Lurín. Anales del VI Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina. Tomo I: 65 – 80. Lima.
- 1988
Pescadores y Recolectores Arcaicos del Valle de Chao, La Libertad. **Rev. Yunga** N° 3: 6-12. Facultad. de Ciencias Sociales U.N.T. Trujillo.
- 1989
Un taller Paijanense en Santa Rosa, río Chamán. Jequetepeque. **Informes CONCYTEC,** Lima.
- 1991
El Apogeo de las Lanzas. 1ra. Edición. Asociación Peruana de Arqueología. Lima.
- 1994
El hombre de la Tablada de Lurín **Rev SEQUILAO N°7,** año III: 83 – 90. Julio - diciembre. Lima.
- 2000
Cuando los desiertos eran bosques. Universidad Alas Peruanas. Lima.
- 2001
¿Se seca la costa? Universidad Alas Peruanas. Lima.
- 2005
El agua de los Incas. Universidad Alas Peruanas. Lima.
- 2008
Los dioses de la economía. Universidad Alas Peruanas. Lima.
- Deza Jaime, Tume Juan, Alarcón Juan
2010
Cambios ambientales en el desierto e Sechura y alternativas para su aprovechamiento. **En Ciencia y Desarrollo** Vol.12 N° 2:11 – 28.
- Deza Jaime, Tume Juan, Alarcón Juan y otros

- 2012
Sechura, Mar y Desierto. Fondo Editorial de la Universidad Alas Peruanas. Lima.
- Deza Medina, Carlos
2004
Subsistencia del hombre paijanense en el sitio N° 3 de la cumbre, valle de Moche. Ediciones SIAN. Desarrollo Arqueológico de la Costa Norte del Perú, T I: 45 – 56. Trujillo.
- Deza Medina, Carlos; Uceda, Santiago
1979
Estudio de dos talleres líticos en superficie. Un aporte metodológico. Tesis, Universidad Nacional de Trujillo. Escuela de Arqueología.
- De Ulloa, Antonio y De Ulloa, Jorge Juan
1740
Relación histórica del viaje a América Meridional. Citado por Antonio Raimondi en **El Perú** Cap. XXIII:282 Edit. La Confianza S.A. Lima 1962
- Diario La Unión
1938
Conversando con el arqueólogo alemán Ubbelohde-Doering, Heinrich. Pacasmayo 29 de noviembre de 1938.
- 1943
El agua ha destruido la Panamericana – Cerro Chilco. Pacasmayo, 24 de febrero de 1943.
- Dillehay, j ; Rossen,J; Netherly,P.
1992
Ocupación del precerámico medio en la zona alta del valle de Zaña: innovación o aculturación. En **Estudios de Arqueología Peruana.** Bonavía editor, Pag: 69 – 82 FOMCIENCIAS, Lima.
- Dillehay, Tom D.; Rossen, Jack; Andres, Thomas; Williams, David
2007
Preceramic Adoption of Peanut, Squash, and Cotton in Northern Perú. **SCIENCE** Vol. 316 29 June 2007.
- Dillehay, Tom; Kolata, Alan; Swenson, Edward.
2009
Paisajes culturales en el valle del Jequetepeque. Los yacimientos arqueológicos. Ediciones **SIAN**, Trujillo.
- Dollfus, Oliver
1964
Cambios climáticos en los Andes Peruanas. **Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima.** Tomos 40 y 41 Lima.
- Eliade, Mircea
1974
Tratado de Historia de las religiones. 2 tomos. Ediciones Cristiandad, Madrid.
- Engel, Frederic.
1966a
Paracas. Cien siglos de cultura peruana. Edic. graficolor. Buenos Aires.
- 1966b
Geografía humana prehistórica y agricultura precolombina de la quebrada de Chilca. Lima: Universidad Agraria La Molina.
- 1967
El complejo El Paraíso en el valle Chillón. Rev. **Anales Científicos.** UNALM Vol N°3 – 4.
- 1970
Las lomas de Iguanil y el complejo de Haldas. CIZA UNALM Lima.
- 1987
De las begonias al maíz. CIZA. Universidad Nacional Agraria La Molina.
- 1988
Ecología Prehistórica Andina. Chilca, Pueblo 1. Implementos de hueso. Edit. Universidad Nacional Agraria La Molina, CIZA, Lima.
- 1991
Un desierto en tiempos prehispanicos. Río

- Pisco, Paracas, Río Ica.** Fondation pour L'Etude des Problemes de Terres Arides, FEPTA. CIZA Universidad Nacional Agraria La Molina, UNALM. 1992b
Evaluación de evidencias paijanenses en tres zonas de Ascope, valle de Chicama. Revista del Museo de Arqueología 3:31 - 50.
- Feldman, Robert
1978
Informe sobre excavaciones en El Áspero y sus implicancias teóricas. Revista Investigación Arqueológica N°2: 20 - 26. Trujillo.
- Fung Pineda, Rosa
1959
Informe preliminar de las excavaciones efectuadas en el abrigo rocoso N° 1 de Tschoptk. Actas y Trabajos del II Congreso Nacional de Historia del Perú, (Época prehispánica) 4-9 de agosto 1958. Vol. 1: 253-274. Lima.
- 1969
Las Haldas su ubicación dentro del proceso histórico del Perú antiguo, DEDALO 5. Sao Paulo. Museo de Arte y Arqueología.
- Gálvez Mora, César
1999
Nuevos datos y problemas sobre el Paijanense en el Chicama: aportes para una evaluación de la ocupación temprana en el norte del Perú. Boletín de Arqueología PUCP N° 3: 41 -54. Fondo Editorial Universidad PUCP.
- Gálvez Mora, César; Quiroz Moreno, Carlos
1990
*Estructuras Evidentes en Dos Campamentos Paijanenses de Quebrada Cuculicote, Valle de Chicama. Rev. del Museo de Arqueología UNT*1: 24-36.
- 1992a
Un Estudio de Campamentos Paijanenses en la Quebrada Cuculicote, Valle de Chicama. En: *Estudios de Arqueología Peruana*, Editado por Duccio Bonavia, pp. 21-43. Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, Lima.
- 1995
Propuestas para la reconstrucción hipotética de paravientos arqueológicos en la costa norte del Perú. Rev. del Museo de Arqueología, Antropología e Histporia. N°5: 127 - 142. Universidad Nacional de Trujillo.
- 1996
Materias Primas y Ocupación Paijanense en el Valle de Chicama, Perú. Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia 6: 31-48.
- Gálvez, César y Quiroz, Carlos
2008
En torno a la hipótesis del uso de puntas de proyectil para capturar peces en el paijanense (11 000a.P) Rev. Archaeobios. Trujillo.
- González del Río y Gil, Concepción
1969
Horticultores en Tablada de Lurín: estudio de los entierros anteriores al horizonte temprano hallados en Tablada de Lurín. Tesis para optar el grado de Bachiller en Historia. PUCP. Lima
- Gordon Childe, Vere
1992
¿Qué sucedió en la historia? Instituto Cubano del Libro. La Habana, Cuba.
- 1996
Los orígenes de la civilización. EFE. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- Grieder, Terence: Bueno, Alberto y otros
1980
La Galgada:Perú before pottery. Archaeology. March - April.
- 1987
La Galgada, Perú:a preseramic cultura

- in transition.** Universidad de Texas Press Austin.
- Huapaya Cabrera, Blanca y Álamo Vásquez 1993
Estudio malacológico de yacimientos arqueológicos del Macizo de Illescas y Bajo Piura, En: **Materiales Arqueológicos del Macizo de Illescas**. Pags.: 50 - 1109. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Hurtado de Mendoza, Luis 1971
Industrias líticas del valle de Palcomayo. Actas y memorias del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas, Vol 3: 28 - 40 Lima.
- 1975
Industrias líticas del valle de Palcamayo, Actas y Trabajos del II Congreso Nacional de Historia del Perú, (Época prehispánica) 4-9 de agosto 1958. Vol. 1: 28 - 40.
- 1978
Excavations al Piedras Gordas, Perú. Progress Report of the 1978 Field Season in the Cerro de Pasco-Junín region. Department of Anthropology. Smithsonian Institution, Washington DC.
- 1987
Cazadores de las punas de Junín y Cerro de Pasco, Perú **Estudios Atacameños** N°8: 195 - 245.
- 1978
Clasificación de sitios precerámicos en Junín y Cerro de Pasco. Primer Simposio Antropológico de la Sierra Central. Instituto Nacional de Cultura, Huancayo. Perú.
- 1979
Puntas de proyectil en Piedras Gordas, Cerro de Pasco. Revista **Ciencia Social** 4.
- Hurtado de Mendoza, Luis; Chaud, Carlos 1978
Reconocimiento superficial y excavación en Piedras Gordas, Cerro de Pasco. Actas de **Primer Simposio Antropológico de la Sierra central**, I.N.C. Huancayo.
- Ibarra Grasso, Dick 2012
30000 años de Prehistoria en Bolivia. Editor Rolando Diez Medina. La Paz.
- Imbelloni, José 1949 (1926)
El Poblamiento primitivo de América, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Argentina.
- Izumi, Seiichi; Sono, Toshihiko 1963
Andes 2. Excavations al Kotosh, Perú. Tokyo. Kadokawa Publishing Co.
- Jaramillo, Víctor 1973
El Hombre de Otavalo. Edic. Personal, Ibarra, Ecuador.
- Kaulike, Peter 1979, 1980a, 1980b, 1994
Los orígenes de la civilización andina. Tomo I de la **Historia General del Perú**, p. 194, 218. Lima, Editorial BRASA S.A.
- Keefer, David; De France, Susan; Moseley, Michael; Richardson, James; Saterlee, Denis; Day Lewis, Amy 1998
Early maritime economy and El Niño events at Quebrada Tacahuay, Perú. **Science Reports** Vol 281:1833 - 1835.
- Kroeber, Alfred 1995
Lo superorgánico. En: Kahn, J.S. (comp.): **El concepto de cultura.** Anagrama. Barcelona.
- Lanning, Edward ; Hammel, E 1961
Early lithic industries of western South America. **America Antiquity** 27 (2): 139-154.

- Lanning, Edward
1963
A pre-agricultural occupation of the central coast of Peru. **American Antiquity** 28 (3): 360-371.
- 1965
Early man in Peru. **Scientific American** 213 (4): 68-76.
- Lanning Edward y Peterson Thomas
1972
Culturas pre cerámicas en la costa central del Perú. **Revista del Museo Nacional** Tomo XXXIII, Lima.
- Lavalle Daniéle
1975
El hábitat prehistórico de San Pedro de Cajas. Junín. **Revista del Museo Nacional.** T.XLI. : 81 - 119. Lima.
- 1995
Telarmachay. Cazadores y pastores prehistóricos en los Andes. IFEA, Lima.
- Larco Hoyle, Rafael
1948
Cronología arqueológica de la costa norte del Perú. Biblioteca del Museo de Arqueología Rafael Larco Herrera. Chiclin, Trujillo.
- Le Paige, S.J., Gustavo:
1957
Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena **Anales de la Universidad Católica de Valparaíso**, números 4 y 5, 1957-1958, pp. 15 a 143.
- 1964
El precerámico en la cordillera atacameña y los cementerios del período agro-alfarero de San Pedro de Atacama. **Anales de la Universidad del Norte** 3. Chile.
- Lemon, R.H. y Churcher, C.J.
1961
Pleistocene geology and paleontology of the Talara region nor west Perú. **The American Journal of Science** N° 259: 410 - 429.
- Lévi-Strauss, Claude
2001
El pensamiento salvaje. Fondo de Cultura Económica. México.
- Lynch, Tomas F.
1967
The nature of the central Andean preceramic. Occasional Papers of the **Idaho State University Museum** 21. Pocatello: Idaho State University.
- 1970
Excavations at Quishqui Puncu in the Callejon de Huaylas, Perú. Idaho State University Museum of Natural History Vol.26 , 105 pp.
- 1971
Preceramic transhumance in the Callejón de Huaylas, Perú. **American Antiquity** Vol. 36: 136 - 148 Menasha, USA.
- 1980
Guitarrero Cave: Early man in the Andes. ACADEMIC Press, New York.
- Mac Neish, Richard
1969
First annual report of the Ayacucho Archaeological Botanical Project. Phillips Academy, Andover Mass.
- 1970
Second annual report of the Ayacucho archaeological Botanic Project. Phillips Academy. Andover Mass.
- Malpass, Michael
1983
The preceramic occupation of the Casma valley, Perú. Un published doctoral dissertation. University of Wiscosin, Madison.
- 1986
The Paiján ocupationof the Casma Valley,

- Perú. **Ñaupá Pacha 24**. Institute of Andean Studies, Berkeley.
- Matos Mendieta, Ramiro
1976
Prehistoria y ecología humana en las punas de Junín. **Revista del Museo Nacional** T. XLI. Lima.
- 1976
Estudios Arqueológicos en Junín, Perú. Actas del **XLI Congreso Internacional de Americanistas**, Vol 3:553 – 563 México D.F.
- Maggard, Greg y Dillehay, Tom
2011
El Palto phase. From fraging tu farming in the Andes. New perspectives on food production and social organization Pp. 77 – 94 **Cambridge University Press. New York**.
- Medina De La Cruz, Lucía
1992
Un campamento paijanense en el velle de Moche, norte del Perú. **Gaceta Arqueológica Andina** 21:17–31 Instituto Andino de Estudios Arqueológicos. Lima.
- Meltzer, David J.
1997
Monte Verde and the Pleistocene Peopling of the Americas. **American Association for the Advancement of Science**, Volume 276, pp 754 – 755.
- Mosterín, Jesús
1993
Filosofía de la cultura. Alianza Editorial, Madrid.
- 1998
¡Vivan los animales! Alianza Editorial, pag: 146-7, 151-2) Madrid.
- Moseley, Michael E.; Gordon R. Willey
1973
Aspero, Peru: A Reexamination of the Site and Its mplications. **American Antiquity** 38 (4): 452–468.
- Muelle, Jorge C.
1969
Las cuevas y pinturas de Toquepala. Mesa Redonda de Ciencias Prehistóricas y Antropológicas. Pontificia Universidad Católica del Perú. Instituto Riva Agüero, **Seminario de Arqueología**. T. II: 186 - 196.
- Neves Walter
1996
Antropología Ecológica Sao Paulo CORTEZ V.1.
- Novoa Goicochea, Zaniel
1998
Las lagunas de Las Salinas. Síntesis Ecogeográfica y Potencial de Gestión Ambiental. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
- Olivera Núñez, Quirino
2014
Arqueología del Alto Amazonas. Edición Español/Inglés. Edic. Apus Graph Ediciones S.A.C. Lima.
- Orellana, Mario
1996
Historia de la arqueología en Chile. Universidad de Chile, Colección Ciencias Sociales, Bravo y Allende Editores, Santiago, Chile.
- Ossa, Poul
1973
A survey of the lithic preceramic occupation of the Moche valley. North coast of Perú; with an overview of some problems in the study of the early human occupation of West Andean South America. **Tesis doctoral. Department of Anthropology**, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- Petersen, Georg
1956
Estudios climatológicos en el noroeste peruano. **Boletín de la Sociedad Nacional de Minería y Petróleo** N° 49, Lima.

- Pozorski, Thomas
1979
Alto de Salaverry: sitio precerámico de la costa peruana. **Rev. del Museo Nacional** T XLI: 211-250, Lima.
- Quilter, Jeffrey; Stocker, Terry
1986
Las economías de subsistencia y los orígenes de las sociedades andinas complejas. **Boletín de Lima** N 46: 15 – 26. Año 8, julio 1986.
- Ramos de Cox, Josefina
1969
Implementos de agricultura incipiente (Lima, Tablada de Lurín 5880 a.C. 4500 a.C.) **Bol. Del Seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero** PUC N°8: 129 – 140, Lima.
- 1972
Estratos marcadores y niveles de ocupación en la Tablada de Lurín. **Arqueología** N° 13. PUCP. Lima.
- Ravines, Roger
1972
Secuencia y cambios en los artefactos líticos del sur del Perú. **Revista del Museo Nacional** T XXXVIII, Lima.
- 1971
Toquepala estratigrafía y secuencia (tesis doctoral, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1971, Lima.
- Richardson III, J.
1978
Early man on the Peruvian North Coast, en Early Man in America From a Circum – Pacific Perspective (ed. A.L. Bryan) pp: 274 – 289 **Archaeological Research International.** Edmonton, Alberta.
- Rick, Jhon
1983
Cronología, climas y subsistencia en el precerámico Peruano. Edic. Indea. Lima.
- Rick, Jhon; Moore, Katherine
1999
El precerámico de las punas de Junín: El punto de vista de Panaulauca. **Boletín de Arqueología.** PUCP 3: 263 – 296, Lima.
- Rossen, Jack y Dillehay, Tom D.
1996
Ancient cultigens or modern intrusions: Evaluating Plant Remains in a Andean Case Study. **Journal of Archaeological Science:** 391–407.
- 1997
The Nanchoc tradition: the beginning of Andean Civilization. **American Scientist** Vol 85 (Enero-febrero) The Megazine of Zigma XI. The Scientific Research Society.
- Ruiz Estrada, Arturo
2000
Quillamachay: un centro de arte rupestre en Acobamba, Huancavelica. **Arqueología y Sociedad** N° 13. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Museo de Arqueología y Antropología. Lima.
- Ruiz-Linares, Andrés
2012
Native American populations descend from three key migrations, scientists say. **Revista NATURE** (International Weekly Journal of Science). 11 de julio del 2012. University College de Londres.
- 2013
Aqomachay: Arte rupestre de Congalla, Huancavelica (Perú). **Instituto de Investigaciones Histórico Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima.**
- Shady, Ruth; Machacuay, Marco; Novoa, Pedro; Quispe, Edna; Leyva, Carlos
2015
Centros Urbanos de Civilización. Caral. Edic. Ministerio de Cultura del Perú. Lima Diciembre del 2015.
- Steward, Julian
1992
El concepto y el método de la ecología cultural. En: Bohannon, P y Glazer, M.

- (comp): **Antropología. Lecturas.** McGraw-Hill. Madrid.
- Schweigger, Erwin
1964
El litoral peruano. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal. 2da edición.
- Ubbelohde-Doering, Heinrich.
1952
El Camino Real de los Incas. Edit. Gustavo Gill. Madrid.
- 1959
Bericht über archäologische Feldarbeiten in Perú,
II **Ethnos** 24 (1 ,2): 1-32 Bonn. Traducc. Oscar Lostaunau, Guadalupe, Perú.
- 1967
On the Royal Highways of the Inca
Editorial: Thames and Hudson, Barnsley, South Yorkshire, United Kingdom.
- Uceda, Santiago
1992
La ocupación Paijanense en la región de Casma,
Perú. **Revista de la Facultad de Ciencias Sociales** 2: 1 – 78. Trujillo.
- Usselman, Pierre y otros
1999
Estabilidad y rupturas dinámicas en el Holoceno de la costa sur peruana: El valle de La Quebrada de los Burros (Tacna). **Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos.** 28(1): 1 – 11. Lima, Perú.
- Vallejos A., Miriam
1982
El hombre preagrícola de las Cuevas de Tres Ventanas de Chilca, Perú: Textilera. **Revista Zonas Áridas,** I(2): 18-32. CIZA (UNALM, Perú).
- Vásquez Sánchez, Víctor; Rosales Tham, Teresa
1993 – 2015
Arqueobios. Archivos de Investigaciones y Asesorías. **Centro de Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas Andinas.** Trujillo. UNT.
- Vildoso Morales, Carlos
2001
Vertebrados del Cenozoico en el departamento de Ica. Publicaciones del IPEP N° 3. Instituto Peruano de Estudios en Paleovertebrados. Lima, noviembre.
- 2004
Paleontología del tablazo de Ica y zonas aledañas. Universidad Alas Peruanas, Lima, diciembre.
- 2005
Historia de la fauna del Perú y Sudamérica, durante los últimos 570 años. Serie Difusión-Volumen Especial. Instituto Peruano de Estudios en Paleovertebrados. Lima.
- Weiss, Pedro
1969
Informe sobre el esqueleto de cara del niño de 9,150 + - 200 años de Tablada de Lurín. **Boletín del Seminario de Arqueología N° 2** Instituto Riva Agüero, P.U.C. Lima.
- Welter, Otto
1947
Sobre el levantamiento Pliocénico – Cuaternario de los Andes Peruanos. **Boletín de la Sociedad Geológica de Lima.** T 2. Lima.
- Wheeler, J.
1979
La fauna de Cuchimachay, Acomachay A, Acomachay B, Telarmachay y Utco. **Revista del Museo Nacional XLI:** 120 – 127.
- Wing, Elizabeth S.
1975
Informe preliminar acerca de los restos de fauna de la cueva de Pachamachay, en Junín, Perú. **Revista del Museo Nacional XLI** 79-80. Lima, Perú.
- Wright, H. y Bradbury, P.J.
1975
Historia ambiental del Cuaternario Tardío en el área de la planicie de Junín, Perú. **Revista del Museo Nacional XLI:** 75 – 76. Lima.

El Apogeo de las Lanzas

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de la Universidad Alas Peruanas
Los Gorriones 264 Chorrillos Lima-Perú
Agosto 2017.

